



**Universidad Nacional Autónoma de México  
Facultad de Estudios Superiores Iztacala**

---

---

**“Metonimia y metáfora del albur mexicano”**

**TESIS TEÓRICA  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA**

**P R E S E N T A:  
Juan Carlos Ortiz Contreras**

**DIRECTOR:  
Lic. José Antonio Mejía Coria  
DICTAMINADORES:  
Lic. Felipe de Jesús Nava Ranero  
Mtro. Francisco Jesús Ochoa Bautista**



**TLALNEPANTLA, ESTADO DE MÉXICO  
- 2013-**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **Agradecimientos.**

A mis padres

Que a pesar de las adversidades me brindaron su cariño y las posibilidades para emprender mi camino en la educación.

A mis abuelos y tías

Porque son mujeres en su mayoría, por alentarme, guiarme en la rectitud de ser mejor hijo.

A mis hermanas Sandra Ivonne y Jovanna

Porque son únicas, inigualables, las amo.

A mí amada Alejandra

Por compartir increíbles experiencias, porque irradas ternura, por tu apoyo y comprensión sea la naturaleza del evento.

A José Antonio Mejía

Por su apoyo, por esta oportunidad que me brindó en empezar y terminar en un tema complejo, sobre todo en la técnica psicoanalítica.

A Ramiro Sandoval y Roque Olivares

Porque sus consejos me han guiado en ser y saber quién soy en esta nueva etapa de mi formación personal y profesional, son geniales.

A mis amigos y compañeros

Por su incondicional compañía, risas por doquier y por demostrarme que las grandes aventuras empiezan con un primer paso.

A mi segunda casa la FES-I

Por admitirme tal y como soy sin cuestionar o enjuiciarme por mi historia.

# INDICE

Página

1. Introducción.....	4
2. La palabra y el lenguaje.....	7
2.1. La metonimia y metáfora.....	11
3. La psicología y la teoría psicoanalítica.....	15
3.1.El aparato psíquico.....	15
3.2.El aparato psíquico y el mundo exterior.....	17
3.3.Eros e instinto de muerte.....	18
3.4.Clínica del superyó.....	19
3.5.Lo inconsciente.....	20
3.6.Cualidades específicas del inconsciente.....	21
3.7.Teoría de los instintos.....	22
3.8.El desarrollo de la función sexual.....	24
3.9.Las cualidades psíquicas.....	27
3.10. La técnica psicoanalítica.....	29
3.11. La transferencia de Freud a Lacan.....	31
3.12. La interpretación de los sueños como modelo ilustrativo.....	36
3.13. Los procesos oníricos.....	38
3.14. La regresión.....	40
3.15. Acerca del cumplimiento del deseo.....	43
3.16. Lo inconsciente y la conciencia. La realidad.....	46
3.17. Pulsiones y destinos de pulsión.....	47
3.18. La negación.....	49
3.19. Sobre la Verwerfung.....	50
4. Psicopatología de la vida cotidiana.....	52
4.1. El olvido de los nombres propios.....	52
4.2. Recuerdos de infancia y recuerdos encubridores.....	54
4.3. El trabarse.....	55
4.4. El desliz en la lectura y en la escritura.....	56

	Página
4.5. Olvido de impresiones y designios.....	57
4.6. Olvido de impresiones y conocimientos.....	57
4.7. El olvido de designios.....	58
4.8. El trastocar las cosas lo confundido.....	59
4.9. Los errores.....	60
5. El chiste y su relación con el inconsciente.....	61
5.1. La técnica del chiste.....	65
6. La soledad del mexicano.....	68
7. La ética humanista.....	72
8. La risa en el abismo.....	73
9. La picardía mexicana.....	75
9.1. Los albures de la vida.....	78
9.2. El piropo: Psicoanálisis y lenguaje.....	86
9.3. Albures, dichos y refranes.....	90
9.4. No es lo mismo.....	92
9.5. El patrimonio del mexicano.....	94
9.6. ¿Quieres más? ¡Hay Tomas!.....	96
9.7. Hasta en la música.....	101
9.8. Vamos a jugar.....	103
9.9. Sin restricciones, donde sea y quien se deje.....	105
9.10. Idiotismos.....	114
9.11. Adivinanzas.....	115
10. El futuro de la psicología.....	122
11. Conclusiones.....	123
12. Bibliografía.....	128

## 1. INTRODUCCIÓN.

El campo del psicoanálisis ha expuesto sutilmente su descubrimiento, el inconsciente, además de su relación con el chiste queda poco por aclarar al respecto, pero que pasa con los procesos que el chiste tiene en los mexicanos, llevándolo a otro nivel, el abur que se ha llenado de polvo ocultándose por ser expresión de lo más bajo de nuestra sociedad. Cada día, desde que las personas empezaron a ver lo divertido que es jugar con las palabras para generar un acto inteligente que muy pocos pueden lograr, el hacer reír a un amigo o multitud, me refiero al chiste, solemos aclimatar el momento ya sea con la familia, en la fiesta con los amigos, durante una clase, para hablar del jefe, los temas se extienden tanto como el lenguaje puede abarcar, es decir, un sinfín de temas. Ya sea del nivel tierno o blanco, hasta el chiste grosero e hiriente. Esto nos lleva a saber que sucede y que nos lleva a escoger ciertas palabras para formar una historia que a lo mejor no existió, o hacer una parodia de políticos, homosexuales, borrachos, etc. Además, debemos conocer cada mecanismo que da origen al humor, lo cómico y por supuesto la risa. Esto me lleva a nuestro México, permeado de otras culturas como la gringa, alguna Europa, cierta Latina en su mayoría, somos un poco de aquí y de allá ¿será que buscamos nuestra identidad? Es por eso que oponemos resistencia a darnos a conocer resguardándonos en nuestro castillo del lenguaje, nombrando todo a lo que desconocemos, ocultando el cuerpo con metáforas y metonimias para hacer referencia al pene y la vagina. Nuestra picardía mexicana se especializa en hacer alusiones al respecto, han estado presentes en la revolución, en la era industrial, durante el gobierno de cualquier presidente. Ya sea que el abuelo nos mencione un refrán para orientarnos en nuestra vida, cierto tío cuente un buen chiste, o entre primos y hermanos empezamos a alburearnos. Utilizamos las adivinanzas, refranes, telones, chistes y por supuesto el albur. Pero qué pasa con aquellas personas que logran entenderlo y que pasa con otras en los que suele pasar desapercibido. ¿Es acaso una manera de sublimar nuestras represiones sexuales? ¿Por qué albureamos? ¿Cuál es la naturaleza del mexicano para llevarlo a alburear? ¿Podemos hacerlo todos? ¿Qué pasa con la persona que es sometida? Y por supuesto ¿Qué pasa con el vencedor? Es por eso que el objetivo de la presente tesis es profundizar en los procesos inconscientes (Icc) que dan formación a los albures mexicanos,

dentro de la picardía mexicana, conocer nuestro folklore que nos diferencia de cualquier otra cultura.

¿Somos los únicos en querer conocernos? Si bien esta investigación tiene como finalidad responder estas preguntas y quizás otras que surgirán al avanzar en dicho estudio. Explorando dentro del psicoanálisis al fundador Sigmund Freud y sus grandes aportaciones, para continuar con Jacques Lacan y su psicoanálisis de la lingüística. Las aportaciones serán que, en la vida cotidiana buscamos relacionarnos de la manera más saludable con otros, bromeando, riendo, sublimando, buscando, y hasta llegar a encontrar lo que queremos. Siguiendo la metodología dialéctica, la hipótesis es la siguiente: Al conocer los procesos inconscientes que crean el albur mexicano, el psicoanálisis del mexicano tendrá óptimas herramientas para saber la identidad del mismo y además el albur podría ser considerado una sublimación de las represiones sexuales que por medio del lenguaje, canalizamos dicha energía.

La actividad humana une lo subjetivo con lo objetivo. El fin subjetivo se vincula con la objetividad exterior a él, a través de un medio que es la unidad de ambos, esto es la actividad conforme al fin. Así, con sus herramientas el hombre posee poder sobre la naturaleza exterior, aunque en lo que respecta a sus fines se encuentra con frecuencia sometido a ella. Una cosa, una idea, una circunstancia histórica cualquiera, pueden ser tomada como una posición, o sea como una tesis. Como ninguna cosa ni idea es completa y perfecta, frente a esa posición surge una que se le opone, o sea la antítesis. De la confrontación o el encuentro entre estos dos opuestos surge la composición, o sea la síntesis, que supera ambas posiciones anteriores y alcanza una nueva más completa y perfecta que las incluye a las dos, con lo que la evolución de la realidad, del mundo, de la historia, de lo que sea, nunca se detiene. (Gadamer, 2000).

El materialismo dialéctico nos propone, una interpretación de la realidad concebida como un proceso material en el que se suceden una variedad infinita de fenómenos, a partir de otros anteriormente existentes. Esta sucesión, no se produce al azar o arbitrariamente, ni se encamina hacia la nada o el absurdo: todo el proceso está regulado por leyes que

determinan su evolución desde las formas más simples a las más complejas, y que afectan a toda la realidad, natural y humana.

Siguiendo los pasos de Heráclito y Hegel, Marx y Engels consideran que la realidad es esencialmente contradictoria. Todos los fenómenos que ocurren en la naturaleza son el resultado de la lucha de elementos contrarios, que se hallan unidos en el mismo ser o fenómeno, siendo la causa de todo movimiento y cambio en la naturaleza, en la sociedad y en el pensamiento. Con esta ley se explica, el origen del movimiento.

Según la ley de transición de la cantidad a la cualidad, el aumento o disminución de la cantidad de materia influye en la transformación de una cosa en otra distinta. La acumulación o disminución de la materia es progresiva, mientras que el cambio de cualidad supone una modificación radical de la cosa, una revolución. Con esta ley se explica el desarrollo de los seres y los fenómenos naturales, sociales, etc.

Una vez alcanzado este estadio del movimiento nos encontramos ante una nueva realidad que entrará de nuevo en otro ciclo de transformación dialéctica, dando lugar, al desarrollo progresivo de la naturaleza, de la sociedad humana y del pensamiento. Un desarrollo que se dirige hacia formas más completas, más perfectas, más integradoras, de la realidad (Gadamer, 2000).



## 2. LA PALABRA Y EL LENGUAJE.

*Mientras más cerca estemos del psicoanálisis divertido, más cerca estaremos del verdadero psicoanálisis*

*(Lacan, 2003).*

Los seres humanos nacen prematuramente. Librados a sí mismos, probablemente morirán. Al nacer no pueden caminar ni hablar, tienen un dominio apenas parcial de sus funciones motoras y son incompletos en el nivel biológico. Los organismos son capturados por su ambiente el mimetismo. El niño se identifica con una imagen que está fuera de él, y que puede ser una imagen real en el espejo o simplemente la imagen de otro niño. Si bien el Yo parece integro y completo, más allá sólo se halla una fragmentación y falta de coordinación del cuerpo. Opera a fin de ocultar una perturbadora desunión. Como sucede en el estadio del espejo, la tarea del yo consiste en mantener una falsa apariencia de coherencia y completación. El sujeto humano oscila entre dos polos: la imagen enajenante y el cuerpo real fragmentado. Por debajo de la fantasía de castración puede estar la fantasía de fragmentación.

La verdad del Yo surge precisamente en la locura, donde el mundo parece disolverse y es puesta en tela de juicio la diferencia entre uno mismo y el otro. El saber humano es en su propia esencia paranoico. En la paranoia vemos con claridad los elementos o pasos que conforman la relación con el mundo que la locura nos puede recordar.

*La interpretación de los sueños*, de 1895. *La psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con lo inconsciente*, se ocupan de operaciones que son, de naturaleza lingüística, desde las asociaciones de palabras hasta la propia estructura de los síntomas. En 1895 Freud había dicho que el síntoma se une a la conversación. El dolor indicará que algo quedó sin decir, y mostrará que las propias sensaciones físicas pueden ser lingüísticas y enviar un mensaje que el analista tendrá que recoger. Los síntomas y actos podrían ser, literalmente palabras atrapadas en el cuerpo. Dentro del programa de retorno de Freud a Lacan, es decisiva la diferencia entre significante y significado. El significante es una imagen acústica (como una palabra), en tanto que el significado es un concepto. Este último tiene cierta prioridad y utilizamos significantes para acceder a los significados, o sea, para

decir lo que queremos decir. Mientras la palabra nos permite aprobar al sentido. Este pasaje de la palabra al sentido parece sencillo: preguntamos por un objeto cualquiera, la persona que nos oye comprende nuestra solicitud y responde con el objeto. El lenguaje serviría para la comunicación mutua y a través de las palabras transmitiríamos sentidos e intenciones (Leader y Groves, 1995). En vez de suponer que entre el significante y el significado había transferencia, un fácil acceso de la palabra al sentido, sostuvo que existía una barrera real, una resistencia. Una palabra no revela tan simplemente su sentido. Más bien conduce a otras palabras en una cadena lingüística, así como un sentido conduce a otros. El grupo de significados se organizan a partir de los nexos existentes entre las palabras. Hay pues una prioridad del significante del elemento verbal y material, en la vida psíquica. Las palabras generan significados que trascienden la comprensión de quienes las usan. Lo que uno quiere decir y lo que dicen sus palabras no coinciden. De ahí que en la vida diaria haya tantos malentendidos y tantas veces haya que disculparse. Los significantes forman redes a las que tenemos escaso acceso consciente pero que afectan nuestra vida en su totalidad. Organizan nuestro mundo, cuya trama es simbólica.

Desde la década de los cincuenta. Lacan destacó cada vez más en sus obras. Lo simbólico como poder y principio organizador, entendido como el conjunto de redes sociales, culturales y lingüísticas en las que nace un niño. Son anteriores a su nacimiento, por lo cual Lacan afirma que el lenguaje está presente desde el momento mismo del nacimiento, en las estructuras sociales que operan en la familia y, desde luego, en la historia, ideales y objetivos de los padres. Aun antes de nacer el niño, sus padres ya han hablado sobre él o ella, le han elegido un nombre y le han trazado un futuro. Aunque el recién nacido apenas pueda captar este mundo lingüístico, afectara toda su existencia. El niño está ligado a su imagen por nombres y palabras, por representaciones lingüísticas. La identidad del niño depende de cómo asuma las palabras de los padres. Hay entonces una identificación que va más allá de la identificación con la imagen, y en cierto sentido es anterior: la identificación simbólica con un elemento significante. Lacan lo denomina identificación con el ideal, término que no pretende sugerir nada perfecto o ideal. Este ideal no es consciente. No es que el niño decida de pronto parecerse a un antepasado o miembro actual de su familia; más bien, incorpora lo que escucha hablar, creando un núcleo de insignias inconscientes, cuya existencia puede deducirse del material clínico.

La clave de la teoría de la identificación es que la simbólica con un elemento ideal evita que el sujeto quede totalmente a merced de las imágenes imaginarias que lo han capturado. Aquellos provienen de otro registro, el simbólico y sirven para enraizar al sujeto, para darle una base en esta estructura. La relación con la imagen será estructurada por el lenguaje. Las imágenes están atrapadas en una compleja red simbólica que maniobra con ellas, las combina y organiza sus relaciones. De ahí que Lacan diferencia el ideal del yo del yo ideal, términos que aparecen en diversos lugares de la obra de Freud. Según la formulación lacaniana de 1953, el yo ideal es la imagen que se asume y el ideal del yo es el elemento simbólico que otorga a cada cual su sitio y le indica el punto desde el cual es mirado por los demás.

El registro simbólico se caracteriza por algo muy especial. Los pensadores influidos por los avances lingüísticos sostenían que toda estructura es lingüística si posee la simple condición de basarse en un sistema de diferencias. Una palabra es una palabra porque es diferente de otras palabras. Su valor deriva de que es un elemento en un sistema de diferencias. Entonces, la propiedad primordial de un sistema lingüístico es la discontinuidad, la existencia de una serie de elementos diferentes. Lacan opone esta discontinuidad al registro imaginario, que procura eludir la dimensión de la falta o ausencia. Si el Yo es imaginario el inconsciente según Lacan está estructurado como un lenguaje constituido por una serie de eslabones de elementos significativos. Como una máquina interna, transforma las palabras en síntomas. Inscribe significantes en la carne o los convierte en ideas o compulsiones atormentadoras. Un síntoma puede ser, literalmente, una palabra atrapada en el cuerpo.

Una metáfora implica sustituir un elemento por otro. La misma estructura tiene el síntoma: se sustituye un término por otro, y al primero se lo mantiene reprimido. Se puede influir en el síntoma vinculado con el resto de la cadena de palabras (Benveniste, 1971).

Lacan se explayó acerca de su idea de las relaciones entre lo imaginario y lo simbólico en su famoso *Discurso de Roma* de 1953: “*La función y el campo del habla y la lengua en psicoanálisis*”. El lenguaje es considerado una estructura abstracta, un sistema formal de diferencias. Y si es una estructura, la palabra es un acto, que genera sentido a medida que se

habla y les da a los habitantes una identidad. Las palabras que utilizamos quieren decir más de lo que queremos decir al utilizarlas.

Lacan suponía que la palabra tenía un sujeto empelado en el reconocimiento de su deseo. No es un resultado trivial, porque normalmente la palabra tiene el efecto opuesto: bloquear ese reconocimiento. Y el reconocimiento, central es una teoría acerca de la palabra, supone la existencia de otro, un lugar desde el cual uno es escuchado, desde el cual es reconocido. El otro es entonces el lugar del lenguaje, externo al hablante pero al mismo tiempo interno, por condición hablante.

A lo simbólico y lo imaginario. Lacan le añade la categoría de lo real, reformulada varias veces por él. En 1953, lo real es simplemente lo que no es simbolizado, lo que es excluido del orden simbólico. A lo real, lo simbólico y lo imaginario los llama “*los tres registros de la realidad humana*”. Lo que comúnmente llamamos realidad debería definirse como una amalgama de lo simbólico y lo imaginario: es imaginario en la medida en que estamos situados en el registro especular y el Yo nos brinda racionalizaciones de nuestros actos; y es simbólico en la medida en que la mayoría de las cosas que nos rodean tienen un sentido para nosotros.

De estas teorías se desprende que un matrimonio sirve para cimentar las relaciones comunitarias y convierte al hombre y la mujer en integrantes de una organización simbólica más amplia. Un matrimonio involucra no solo a los padres y parientes cercanos sino a toda la comunidad. El hombre y la mujer se vuelven parte de una cadena simbólica. Por lo tanto, el padre biológico, debe distinguirse de las estructuras simbólicas que organizan la relación entre el hombre y la mujer. La paternidad tiene una faceta simbólica, y a esta instancia de la paternidad Lacan la llama *el nombre del padre*. No se trata de una persona real sino de una función simbólica. El falo representa lo que perdemos al ingresar en el mundo del lenguaje: el mensaje siempre nos escurrirá, lo que queremos será siempre inalcanzable por el hecho de hablar. Con su palabra, la madre establece una referencia a un padre más allá de ella, que no necesita coincidir con el padre real, en la medida en que separe a la madre del niño. Siempre existe esta disociación entre el aspecto real de la paternidad y su aspecto simbólico.

A fines de los años cincuenta, el foco de la obra de Lacan deja de ser la palabra y pasa a ser el lenguaje. Hablar es un acto que implica al sujeto y a un otro. El lenguaje, en cambio, es una estructura, y como tal no supone un sujeto. El lenguaje no tiene nada de humano, si se lo ve como un sistema formal de diferencias y se lo distingue claramente de la palabra. Las palabras nos representan. No fueran creadas pensando en uno. Surge así una nueva teoría de la alineación en Lacan. Sus primeras obras situaban la alineación en el registro de la imagen, en tanto que ahora la alineación es situada en el registro del lenguaje. Si antes se veía en el habla un factor que le daba al sujeto cierta identidad, ahora se ve que la función del lenguaje es bloquear la identidad. El sujeto ya no es reconocido sino abolido. El habla introduce una forma particular de pérdida en el mundo. Hablar es desvanecer al objeto, porque uno siempre le habla a alguien.

Más llamativo aún es el vínculo que Lacan establece entre este símbolo y el propio lenguaje. Al hablar, el niño ve desvanecerse su objeto. Hablar nos separa de lo que queremos. Al ingresar en el registro del lenguaje, del significante, no se hace esto por azar sino por necesidad: un rasgo estructural del lenguaje es el de distorsionar cualquier mensaje (Leader y Groves, 1995).

### 2.1. La metonimia y metáfora.

En los años cincuenta, Lacan aproximó los dos modos de funcionamiento del inconsciente, condensación y desplazamiento a las figuras de lenguaje que son la metáfora y la metonimia. Afirma entonces que la técnica del chiste no es otra cosa que una técnica propia del lenguaje, una técnica propia del significante. Siguiendo a Freud, considera el chiste como una puerta de acceso privilegiada a las formaciones del inconsciente y, una puerta de acceso particularmente apropiada para validar su punto de vista del inconsciente estructurado como un lenguaje (Litoral, 2006).

Usar palabras ingeniosas es, como una manera de aplicar su procedimiento al del inconsciente. Más tarde, en una época en la que va a decir que el lenguaje es algo que no existe, que no existe más que como construcción abstracta de los lingüistas, en una época

en que no considera ya más al lenguaje como una estructura preexistente. Es totalmente cierto que es en la manera en que *lalangue* ha sido hablada y también escuchada por tal o cual en su particularidad que algo saldrá de allí como sueños, en todas las maneras de formas de decir. En ese motérialisme donde reside el agarre del inconsciente, el acento de lo que un neologismo o un chiste destaca se ha desplazado. Es un momento en el que él dirá que no tenemos más que el equívoco como arma contra el síntoma. En esa época de la insistencia en el motérialisme, se trata todavía de una manera de entrar en consonancia, es también una manera de avanzar de lo mismo a no lo mismo lo que busca transmitir, de acentuar su recurrencia al equívoco y literalmente saturar su discurso de neologismos y de chistes.

Heidegger aclara el sentido de dicha diferencia diciendo que el *hablar sobre* el lenguaje transforma a éste *casi ineludiblemente* en un objeto al ponerse encima de él, mientras que *hablar de* el lenguaje significa escuchar al lenguaje poniéndose en la posición de quien recibe un *mensaje*. El *hablar de* sólo pueda llevarse a cabo como *diálogo*, es decir, como una relación en la que los hablantes se mueven en un círculo, ya que si todo *hablar de* surge de un escuchar, el escuchar es ya una respuesta al hablar.

La sonrisa angélica, es una sonrisa tonta. ¿Qué es una sonrisa? No es sino aquello que nos permite no tomar al Otro tan en serio. La sonrisa es casi nada, casi un objeto a minúscula. Dicho origen es la diferencia que se manifiesta en el lenguaje como lugar de la falta entre “todo” y “nada”. Reímos cuando el juego de los significantes nos muestra que no somos ni siquiera soberanos en casa propia. Freud habla al final de esta clase de las dos humillaciones que ha sufrido la humanidad: la de reconocer que la tierra no es el centro del universo y la de haber perdido el lugar privilegiado entre los seres vivientes. La tercera humillación es la freudiana: La cual quiere demostrarle al yo que él no es ni siquiera soberano en su propia casa, sino que depende de escasos mensajes sobre lo que sucede inconscientemente en su vida espiritual. También que la casa en la que el yo pretendía habitar autónoma y responsablemente o, tiene por así decirlo un gran sótano y altoparlantes, le envían *escasos mensajes* pero de suma importancia para lo que piensa y quiere el pretendido soberano quien es en realidad, un inquilino (Litoral, 2006).

Para que prevalezca la diferencia entre el significante y el significado por la cual el significante se ordena en una autonomía que no tiene nada que envidiar. El significado será o no será científicamente pensable, según que posea o no un campo de significante que, se distinga de cualquier campo físico obtenido por la ciencia. Un componente importante de la lingüística es el signo que, supone el alguien a quien hace signo de alguna cosa. Es el alguien cuya sombra ocultaba la entrada en la lingüística. El signo basta para que ese alguien se apropie del lenguaje, como de una herramienta; he ahí al lenguaje soporte de la abstracción, con todos los progresos del pensamiento.

El recurso a la comunicación protege, la retaguardia de lo que caduca la lingüística, cubriendo el ridículo que ahí reaparece a posteriori de su hecho. Que el sujeto no sea quien sabe lo que dice, cuando claramente alguna cosa es dicha por la palabra que le falta, del que parece servirse sobre todo puesto que duerme, he ahí evidentemente el orden de hechos que Freud llama el inconsciente. Para enunciar desde entonces que Freud se anticipa a la lingüística: el inconsciente es la condición de la lingüística. El saber, que el lenguaje es la condición del inconsciente. Otra estructura es el saber que, tanto posible cuanto imposible, junto con lo real cierne. Lo real se diferencia de la realidad. Y no es para decir que sea incognoscible, sino que no se trata de entender de algo, sino demostrarlo. Lo simbólico que de ningún modo hay que entender como metáfora. La prueba es que nada sino él aísla el cuerpo tomado en sentido ingenuo, es decir aquel cuyo ser que en él se sostiene no sabe que es el lenguaje que se lo discierne, hasta el punto de que no se constituiría si no pudiera hablar (Lacan, 1977).

La lingüística proporciona el material del análisis, incluso el aparato con el cual se opera. Pero un dominio no se domina más que con su operación. El inconsciente puede ser como la condición de la lingüística. Sin embargo no tiene el menor influjo sobre él. El inconsciente, articulado a la metáfora y la metonimia, se apoya en lo grotesco figurativo, y motivando su gusto en predicar el representante de lo representativo. La metáfora y la metonimia, procuraban el principio con el que engendraba el dinamismo del inconsciente. La condición la constituye, que no podría representar ninguna intuición de proporción, ni traducirse por una barra de fracción más que por abuso delirante, es decir saltar del

significante que flota al significado que fluye. Es lo que opera la metáfora, la cual obtiene un efecto de sentido de un significante que hace de adoquín en la ciénaga.

He ahí más de lo necesario para justificar el recurso a la metáfora de hacer apresarse cómo al operar al servicio de la represión. Razones, es decir efectos de lenguaje en cuanto son previos a la significancia del sujeto, pero que la tornan presente al no poder aún actuar como representantes. Esta materialización intransitiva, del significante al significado, es lo que se llama el inconsciente, aluvión del lenguaje. Al sujeto que actúa la metonimia, es con el goce donde el sujeto se produce como corte. Cuanto más interpretado es el discurso, más se confirma ser inconsciente. La causa del deseo se distingue de su objeto. Lo que testimonia la metonimia del lingüista, está al alcance de otros salvo del psicoanalista.

Es que no metaforizo la metáfora ni metonimizo la metonimia para decir que ellas equivalen a la condensación y al giro en el inconsciente. Sino que se desplaza con el desplazamiento de lo real en lo simbólico, y además se condensa para hacer peso de los símbolos en lo real, conviene para seguir al inconsciente. Así, el inconsciente no descalifica a nada que valga en este conocimiento de naturaleza, o en la inconsistencia a demostrarse del inconsciente. Si el inconsciente, hace sujeto de la negación, el otro saber se consagra a condicionarlo de lo que como significante más le repugna: una figura representable.

Mientras tanto, que Freud, al hablar de él, hace lingüística. Aun cuando nadie lo percibe, cada uno trata de hacer entrar al inconsciente en una noción de antes. Yo digo siempre la verdad: no toda, porque de decirla toda, no somos capaces. Decirla toda es materialmente imposible. Precisamente por este imposible, la verdad aspira a lo real. Sólo hay inconsciente en el ser parlante. El inconsciente, habla, lo que le hace depender del lenguaje, de lo que sólo se sabe poco. Siendo la lingüística la ciencia que se ocupa de la lengua, especificar su objeto, como es de uso en toda otra ciencia (Lacan, 1977).



### 3. LA PSICOLOGÍA Y LA TEORÍA PSICOANALÍTICA.

Una psicología que no ha conseguido explicar los sueños no podrá tampoco proporcionarnos una explicación de la vida anímica normal, ni tiene derecho alguno al nombre de la ciencia (Freud, 1926).

La psicología académica, observa los hechos, los registra, los clasifica, los cuantifica, determina las posibilidades de aparición de los fenómenos, produce nuevos hechos a través del método experimental, encuentra regularidades, es decir, induce leyes, establece relaciones entre distintas leyes y deduce nuevas, organiza el conjunto de datos y leyes en un modelo teórico que pone a prueba mediante nuevas observaciones y experimentos, todo esto de un modo, interminable que permite la constante acumulación de datos. Aún así, carece de los conceptos explicativos, sistemáticamente estructurados, que podrán dar cuenta de los hechos observados, de las leyes deducidas y de los modelos producidos. En este punto, la teoría psicoanalítica puede ofrecer la infraestructura, para el fundamento psicológico. La teoría psicoanalítica, es un conjunto complejo de conceptos articulados que han sido obtenidos a través de un trabajo teórico realizado a partir de un dispositivo experimental específico (Braunstein, 1975).

#### 3.1.El aparato psíquico.

El psicoanálisis parte de un supuesto básico cuya discusión concierne al pensamiento filosófico, pero cuya justificación radica en sus propios resultados. De lo que hemos dado en llamar nuestro psiquismo son dos las cosas que conocemos: por un lado, su órgano somático y teatro de acción, el encéfalo; por el otro, nuestros actos de consciencia, que se nos dan en forma inmediata y cuya intuición no podría tornarse más directa mediante ninguna descripción. Las nociones que tenemos de este aparato psíquico las hemos adquirido estudiando el desarrollo individual del ser humano. A la más antigua de esas provincias o instancias psíquicas la llamamos *ello*; tiene por contenido todo lo heredado, lo

innato, lo constitucionalmente establecido; es decir, los instintos originados en la organización somática, que alcanzan en el ello una primera expresión psíquica.

Bajo la influencia del mundo exterior real que nos rodea, una parte del ello ha experimentado una transformación particular. De lo que era originalmente una capa cortical dotada de órganos receptores de estímulos y de dispositivos para la protección contra las estimulaciones excesivas, desarrollase paulatinamente una organización especial que desde entonces oficia de mediadora entre el ello y el mundo exterior. A este sector psíquico le damos el nombre de *yo*. En virtud de la relación preestablecida entre la percepción sensorial y la actividad muscular, el *yo* gobierna la motilidad voluntaria. Su tarea consiste en la autoconservación, y la realiza en doble sentido. Frente al mundo exterior se percata de los estímulos, acumula experiencias sobre los mismos, elude los que son demasiado intensos, enfrenta los estímulos moderados y, aprende a modificar el mundo exterior, adecuándolo a su propia conveniencia. Frente al *ello*, conquista el dominio sobre las exigencias de los instintos, decide si han de tener acceso a la satisfacción aplazándola hasta las oportunidades y circunstancias más favorables del mundo exterior, o suprimiendo totalmente las excitaciones instintivas. Su aumento se hace sentir por lo general como *displacer*, y su disminución como *placer*. Sin embargo, lo sentido como *placer* y como *displacer* no sean las magnitudes absolutas de esas tensiones excitativas, sino alguna particularidad en el ritmo de sus modificaciones. El *yo* persigue el *placer* y trata de evitar el *displacer*. Responde con una señal de angustia a todo aumento esperado y previsto del *displacer*, calificándose de peligro el motivo de dicho aumento. Periódicamente el *yo* abandona su conexión con el mundo exterior y se retrae al estado del dormir. De este estado de reposo se desprende que dicha organización consiste en una distribución particular de la energía psíquica (Freud, 2003).

Como sedimento del largo período infantil durante el cual el ser humano vive en dependencia de sus padres, formase en el *yo* una instancia especial que perpetúa esa influencia parental y a la que se ha dado el nombre de *super-yo*. En la medida en que se diferencia el *yo* o se le opone, este *super-yo* constituye una tercera potencia que el *yo* ha de tomar en cuenta.

### 3.2.El aparato psíquico y el mundo exterior.

Ya reconocimos que no es posible separar científicamente la normalidad psíquica de la anormalidad, de modo que, solo cabe atribuir valor convencional a esta diferenciación. Con ello hemos fundado nuestro derecho a comprender la vida psíquica mediante la indagación de sus trastornos, estas neurosis y psicosis reconocieran causas específicas.

El estudio de un trastorno psíquico fugaz, inofensivo y aun útil, que ocurre durante el reposo, nos ha suministrado la clave de las enfermedades anímicas permanentes y nocivas para la existencia. Ahora nos permitimos afirmar que la psicología de la consciencia no fue capaz de comprender la función psíquica normal mejor que el sueño. Los datos de la auto percepción consciente, los únicos de que disponía, se han revelado en todo respecto insuficientes para penetrar la plenitud y la complejidad de los procesos psíquicos, para revelar sus conexiones y para reconocer así las causas determinantes de su perturbación (Freud, 2003).

Nuestra hipótesis de un aparato psíquico extenso, adecuadamente integrado y desarrollado bajo el influjo de las necesidades vitales; nos ha permitido establecer la psicología sobre una base semejante a la de cualquier otra ciencia natural. Esta como aquélla persigue el fin de revelar, tras las propiedades del objeto investigado, algo que sea más independiente de la receptividad selectiva de nuestros órganos sensoriales y que se aproxime más al supuesto estado de cosas real. Toda nueva revelación psicológica debe volver a traducirse al lenguaje de nuestras percepciones. He aquí la esencia y la limitación de la psicología. La realidad siempre seguirá siendo incognoscible. La elaboración intelectual de nuestras percepciones sensoriales primarias nos permite reconocer en el mundo exterior relaciones y dependencias que pueden ser reproducidas o reflejadas fielmente en el mundo interior de nuestro pensamiento, poniéndonos su conocimiento en situación de comprender algo en el mundo exterior, de preverlo y, posiblemente, modificarlo. Así procedemos también en psicoanálisis. Hemos hallado recursos técnicos que permiten colmar las lagunas de nuestros fenómenos conscientes.

El núcleo de nuestra esencia está formado por el oscuro *ello*, que no se comunica directamente con el mundo exterior y sólo es accesible a nuestro conocimiento por intermedio de otra instancia psíquica. En este *ello* actúan los instintos orgánicos, formados a su vez por la fusión en proporción variable de dos fuerzas primordiales. La única tendencia de estos instintos es la de alcanzar su satisfacción, que procuran alcanzar mediante determinadas modificaciones de los órganos, con ayuda de objetos del mundo exterior. Mas la satisfacción instintual inmediata e inescrupulosa, llevaría con frecuencia a peligrosos conflictos con el mundo exterior y a la destrucción del individuo. El *ello* no tiene consideración alguna por la seguridad individual, no reconoce el miedo o, aunque puede producir los elementos sensoriales de la angustia, no es capaz de aprovecharlos. Desde luego, es difícil indicar por qué vías y con ayuda de qué órganos terminales de la sensibilidad llegan a producirse esas percepciones. El *ello* obedece al principio del placer, mas no sólo se conduce así. Parecería que también las actividades de las restantes instancias psíquicas sólo consiguen modificar el principio del placer, de modo que subsiste el problema. La noción de que el principio del placer requiere la reducción de las tensiones instintuales nos conduce a relaciones aún no consideradas entre el principio del placer y las dos fuerzas primordiales:

### 3.3. Eros e instinto de muerte.

La otra instancia psíquica, la que creemos conocer mejor y en la cual nos resulta más fácil reconocernos a nosotros mismos se ha desarrollado de aquella capa cortical del *ello* que, adaptada a la recepción y a la exclusión de estímulos, se encuentra en contacto directo con el mundo exterior. Partiendo de la percepción consciente, el *yo* ha sometido a su influencia sectores cada vez mayores y capas cada vez más profundas del *ello*, exhibiendo en la dependencia del mundo exterior el sello indeleble de su primitivo origen. Su función constructiva, consiste en interponer entre la exigencia instintual y el acto destinado a satisfacerla una actividad intelectual que, trata de prever las consecuencias de los actos

propuestos por medio de acciones experimentales o tanteos. De esta manera el *yo* decide si la tentativa de satisfacción debe ser realizada o diferida (Freud, 1973).

Así como el *ello* persigue exclusivamente el beneficio placentero, el *yo* está dominado por la consideración de la seguridad. El *yo* tiene por función la autoconservación, que parece ser desdeñada por el *ello*. Utiliza las sensaciones de angustia como señales que indican peligros amenazantes para su integridad. Por consiguiente, el *yo* combate en dos frentes: debe defender su existencia contra un mundo exterior que amenaza aniquilarlo, tanto como contra un mundo interior demasiado exigente. Emplea contra ambos los mismos métodos de defensa, pero la protección contra el enemigo interno es particularmente inadecuada. Hasta ahora nos hemos visto obligados a destacar que el *yo* debe su origen y sus importantes características adquiridas a la relación con el mundo exterior; en los cuales vuelve a aproximarse más al *ello*, se fundan en la anulación de esa relación con el mundo exterior (Freud, 1997).

Una parte del mundo exterior es abandonada, y en cambio es incorporada al *yo* mediante la identificación; se convierte en parte integrante del mundo interior. Esta nueva instancia psíquica continúa las funciones que anteriormente desempeñaron las personas correspondientes del mundo exterior: observa al *yo*, le imparte órdenes, lo corrige y lo amenaza con castigos. A esta instancia la llamamos *superyó*.

#### 3.4. Clínica del superyó.

El superyó es un enigma en las enseñanzas de Lacan, diciendo que tiene una función de autoobservación. Es el heredero del complejo de Edipo, pero le agrega los componentes agresivos internos pregenitales que están incorporados de algún modo en el superyó definitivo. Freud en 1946 escribe: *“Hemos perdido por completo el sentido de la importancia fundamental de la instancia del superyó... No es exagerado decir que la vida mental del hombre está constituida esencialmente por sus esfuerzos para escapar de las exigencias del superyó o para someterse a ellas”* (Miller, 1986).

Es así que el superyó, es el nombre eminente del inconsciente en la medida en que el sujeto se presenta ante sí mismo como dependiendo radicalmente del inconsciente. Sin embargo, no es el inconsciente divertido, sorpresivo, es el inconsciente como ley. El *superyó* era visto entonces como una barrera frente a los deseos incestuosos, barrera que se constituía a partir de la renuncia a los mismos. El deseo y el goce son antinómicos. Es cierto que el superyó se opone al deseo pero únicamente en tanto exhortación imperativa al goce, el goce como tal no es deseable.

Los detalles de la relación entre el *yo* y el *superyó* se tornan perfectamente inteligibles, reduciéndolos a la actitud del niño frente a sus padres. En la influencia parental no sólo actúa la índole personal de aquéllos, sino también el efecto de las tradiciones familiares, raciales y populares que ellos perpetúan, así como las demandas del respectivo medio social que representan. En el curso de la evolución individual el *superyó* incorpora aportes de sustitutos y sucesores ulteriores de los padres, como los educadores, los personajes ejemplares, los ideales venerados en la sociedad. A pesar de todas sus diferencias fundamentales, el *ello* y el *superyó* tienen una cosa en común: ambos representan las influencias del pasado: el *ello*, las heredadas; el *superyó*, esencialmente las recibidas de los demás, mientras que el *yo* es determinado principalmente por las vivencias propias del individuo.

### 3.5. Lo inconsciente.

Nuestra cotidiana experiencia personal nos muestra ocurrencias, cuyo origen desconocemos, y resultados de procesos mentales, cuya elaboración ignoramos. Todos estos actos conscientes resultarán faltos de sentido y coherencia si mantenemos la teoría de que la totalidad de nuestros actos psíquicos ha de sernos dada a conocer por nuestra conciencia y, quedarán ordenados dentro de un conjunto coherente e inteligible si interpolamos entre ellos los actos inconscientes. También podemos aducir, en apoyo de la existencia de un estado psíquico inconsciente, el hecho de que la conciencia sólo integra en un momento dado, un limitado contenido, de manera que la mayor parte de aquello que

denominamos conocimiento consciente tiene que hallarse, durante extensos períodos, en estado de latencia, en un estado de inconsciencia psíquica (Freud, 2003).

La aceptación de lo inconsciente es perfectamente legítima. La conciencia no ofrece al individuo más que el conocimiento de sus propios estados anímicos. Una conciencia de la que nada sabe el propio sujeto, es algo muy distinto de una conciencia ajena. Aquellos que se han resistido a aceptar la existencia de un psiquismo inconsciente, menos podrán admitir la de una conciencia inconsciente. Además, nos indica el análisis, que los procesos anímicos latentes deducidos, gozan entre sí de una independencia. Así, habríamos de aceptar no sólo una segunda conciencia, sino toda una serie ilimitada de estados de conciencia, ocultos a nuestra percepción e ignorados unos a otros.

Si en la descripción de los diversos actos psíquicos pudiéramos prescindir por completo de su carácter consciente o inconsciente, y clasificarlos atendiendo únicamente a su relación con los diversos instintos y fines, lograríamos evitar todo error de interpretación. Pero no siéndonos posible proceder en esta forma, habremos de resignarnos al equívoco que ha de representar el emplear los términos *consciente* e *inconsciente* en sentido descriptivo unas veces, y otras, cuando sean expresión de la pertenencia a determinados sistemas y de la posesión de ciertas cualidades, en sentido sistemático.

### 3.6. Cualidades específicas del sistema Inc.

El nódulo del sistema Inc. está constituido por representaciones de instintos, que aspiran a derivar su carga. Estos impulsos instintivos se hallan coordinados entre sí y coexisten sin influir unos sobre otros ni tampoco contradecirse. Cuando dos impulsos optativos, son activados al mismo tiempo, no se anulan recíprocamente sino que se unen para formar un fin intermedio, o sea una transacción. En este sistema no hay negación ni duda alguna, ni tampoco grado ninguno de seguridad. Todo esto es aportado luego por la labor de la

censura que actúa entre los sistemas Inc. y Prec. La negación es una sustitución de la represión.

En cambio, reina en él una mayor movilidad de las intensidades de carga. Por medio del proceso del desplazamiento, puede una representación transmitir a otra todo el montante de su carga, y acoger en sí toda la carga de varias otras. Deben considerarse estos dos procesos como caracteres del proceso psíquico primario. En el sistema preconscious domina el proceso secundario. Cuando un proceso primario recae sobre elementos del sistema preconscious, lo juzgamos *cómico* y despierta la risa.

Los procesos del sistema Inc. se hallan fuera de tiempo, esto es, no aparecen ordenados cronológicamente, no sufren modificación ninguna por el transcurso del tiempo y carecen de toda relación con él. También la relación temporal se halla ligada a la labor del sistema Cc. Los procesos del sistema inconsciente carecen también de toda relación con la realidad. Se hallan sometidos al principio del placer y su destino depende exclusivamente de su fuerza y de la medida en que satisfacen las aspiraciones de la regulación del placer y el displacer (Freud, 2003).

Al sistema Prec., le corresponden, la constitución de una capacidad de relación entre los contenidos de las representaciones, de manera que puedan influirse entre sí, la ordenación temporal de dichos contenidos, y la introducción de una o varias censuras del examen de la realidad y del principio de la realidad. También la memoria consciente parece depender por completo del sistema Prec., y debe distinguirse de las huellas mnémicas en las que se fijan los sucesos del sistema Inc., semejante a la que admitimos al principio y rechazamos después, para la relación de la represión consciente con la inconsciente.

### 3.7. Teoría de los instintos.

Desde 1895, había supuesto que el comportamiento humano se basaba en dos tendencias opuestas: el principio de placer y el principio de realidad.



Estos principios de la actividad psíquica estaban afincados en el sistema nervioso.

1. El principio de placer es primario, en el sentido de que impulsa al organismo a la gratificación inmediata, con vistas al cumplimiento de un deseo. Está vinculado con lo inconsciente.
2. El principio de realidad permite al organismo tolerar demoras o que se postergue la gratificación. Este proceso secundario pone en marcha el pensar. Posibilita tomar cierta distancia respecto de los impulsos sexuales y reencauzar la energía hacia el pensamiento, el trabajo y el juego.

El célebre mecanismo de sublimación depende del principio de realidad. La sublimación no es, la represión de las pulsiones sexuales, sino una reorientación de la energía libidinal para la indispensable adaptación de la realidad. Toda conducta, está al servicio de la reducción de la tensión. Normalmente, lo que nos prepara para afrontar un peligro es la angustia. En tales casos, lo que produce la neurosis traumática no es la angustia. Ya que, nos protege habitualmente del terror o de la neurosis del terror. Es entonces, el secreto de la compulsión de repetición: crea la psique una angustia retrospectiva (Appignanesi y Zárate, 2002).

El poderío del *ello* expresa el verdadero propósito vital del organismo individual: satisfacer sus necesidades innatas. No es posible atribuir al *ello* un propósito como el de mantenerse vivo y de protegerse contra los peligros por medio de la angustia: tal es la misión del *yo*, que además está encargado de buscar la forma de satisfacción que sea más favorable y menos peligrosa en lo referente al mundo exterior. El *superyó* puede plantear, nuevas necesidades, pero su función principal sigue siendo la restricción de las satisfacciones.

Denominamos instintos a las fuerzas que suponemos tras las tensiones causadas por las necesidades del *ello*. Representan las exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica, y aunque son la causa última de toda actividad, su índole es esencialmente conservadora. Es posible distinguir un número indeterminado de instintos, lo que efectivamente suele hacerse en la práctica común. Hemos comprobado que los instintos pueden trocar su fin y que también pueden sustituirse mutuamente, pasando la energía de uno al otro. Para esto hemos decidido a aceptar sólo dos instintos básicos: el Eros y el instinto de destrucción. El primero de dichos instintos persigue el fin de establecer y conservar unidades cada vez

mayores, a la unión; el instinto de destrucción, por el contrario, busca la disolución de las conexiones, destruyendo así las cosas. Podemos aceptar que su fin último es el de reducir lo viviente al estado inorgánico, de modo que también lo denominamos instinto de muerte. Si admitimos que la sustancia viva apareció después que la inanimada, originándose de ésta, el instinto de muerte se ajusta a que todo instinto perseguiría el retorno a un estado anterior. No podemos, aplicarla al Eros, pues ello significaría presuponer que la sustancia viva fue alguna vez una unidad, que tendería ahora a su nueva unión (Freud, 1997).

Imaginamos el estado inicial de los mismos suponiendo que toda la energía disponible del Eros o libido se encuentra en el yo. Podemos seguir con relativa facilidad las vicisitudes de la libido, pero nos resulta más difícil hacerlo con las del instinto de destrucción. Mientras este instinto actúa internamente, como instinto de muerte; sólo se nos manifiesta una vez dirigido hacia afuera, como instinto de destrucción. Tal derivación hacia el exterior parece ser esencial para la conservación del individuo y se lleva a cabo por medio del sistema muscular. Al establecerse el *superyó*, considerables proporciones del instinto de agresión son fijadas en el interior del yo y actúan allí en forma autodestructiva, siendo éste uno de los peligros para la salud a que el hombre se halla expuesto en su camino hacia el desarrollo cultural. Contener la agresión es malsano y conduce a la enfermedad. Una parte de la autodestrucción subsiste permanentemente en el interior, hasta que concluye por matar al individuo, sólo una vez que su libido se haya consumido o se haya fijado en alguna forma desventajosa. Cabe aceptar que el individuo muere por sus conflictos internos, mientras que la especie perece en su lucha estéril contra el mundo exterior, cuando éste se modifica de manera tal que ya no puede ser enfrentado con las adaptaciones adquiridas por la especie.

### 3.8.El desarrollo de la función sexual.

De acuerdo con la concepción, la vida sexual humana consiste esencialmente en el impulso de poner los órganos genitales propios en contacto con los de una persona del sexo opuesto. Es acompañado por el beso, la contemplación y la caricia manual de ese cuerpo ajeno,

como manifestaciones accesorias y como actos preparatorios. Dicho impulso aparecería con la pubertad, en la edad de la maduración sexual, y serviría a la procreación; pero siempre se conocieron hechos que no caben en el marco de esta concepción: 1) existan seres para los cuales sólo tienen atractivo las personas del propio sexo y sus órganos genitales; 2) existan personas cuyos deseos parecieran ser sexuales, pero que al mismo tiempo descartan completamente los órganos sexuales o su utilización normal: llamándoles *perversos*, 3) es notable que ciertos niños (considerados como degenerados) muy precozmente manifiestan interés por sus propios genitales y signos de excitación en los mismos (Freud, 2001).

Es comprensible que el psicoanálisis despertará asombro y antagonismo cuando, fundándose parcialmente en esos tres hechos, contradujo todas las concepciones populares sobre la sexualidad y arribó a las siguientes comprobaciones fundamentales: a) La vida sexual no comienza sólo en la pubertad, sino que se inicia poco después del nacimiento. b) Es necesario establecer una distinción entre los conceptos de lo *sexual* y lo *genital*. El primero es un concepto más amplio y comprende muchas actividades que no guardan relación alguna con los órganos genitales. Mientras que el segundo se refiere al aparato reproductor y c) La vida sexual abarca la función de obtener placer en zonas del cuerpo, una función que después es puesta al servicio de la procreación, pero a menudo las dos funciones no llegan a coincidir íntegramente.

La boca es, el primer órgano que aparece como zona erógena y que plantea al psiquismo exigencias libidinales. Primero, toda actividad psíquica está centrada en la satisfacción de las necesidades de esa zona. Naturalmente, la boca sirve a la autoconservación por medio de la nutrición. El chupeteo del niño, actividad en la que éste persiste con obstinación, es la manifestación más precoz de un impulso hacia la satisfacción, si bien originado en la ingestión alimentaria y estimulado por ésta, tiende a alcanzar el placer independientemente de la nutrición, de modo que podemos y debemos considerarlo sexual. Durante esa fase, con la aparición de los dientes, surgen esporádicamente impulsos sádicos que se generalizan mucho más en la segunda fase, denominada *sádico anal* porque en ella la satisfacción se busca en las agresiones y en las funciones excretorias. Al incluir las tendencias agresivas en la libido nos fundamos de que el sadismo es una mezcla instintual

de impulsos puramente libidinales y puramente destructivos, mezcla que desde entonces perdurará durante toda la vida.

La tercera fase, denominada *fálica*, es como un prelude de la conformación definitiva que adoptará la vida sexual. En ella no intervienen los genitales de ambos sexos, sino sólo el masculino (falo). Los genitales femeninos permanecen ignorados durante mucho tiempo: el niño, en su intento de comprender los procesos sexuales, se adhiere a la teoría cloacal. Con la fase fálica, la sexualidad infantil precoz llega a su máximo y se aproxima a la declinación. En adelante, el varón y la mujer seguirán distintas evoluciones. El varón ingresa en la fase edípica; comienza a manipular su pene con fantasías simultáneas que tienen por tema cualquier forma de actividad sexual del mismo con la madre, hasta que los efectos combinados de alguna amenaza de castración y del descubrimiento de la falta de pene en la mujer le hace experimentar el mayor trauma de su vida, dando paso al período de *latencia*. La niña, después de un fracasado intento de asemejar al varón, llega a reconocer su falta de pene, sufriendo consecuencias definitivas para la evolución de su carácter; a causa de esta primera defraudación en la rivalidad, comienzan por apartarse de la vida sexual en general.

La organización completa sólo se alcanzará a través de la pubertad, en la fase *genital*. Se establece una situación en la cual: 1) se conservan muchas catexis libidinales anteriores; 2) otras se incorporan a la función sexual como actos preparatorios y coadyuvantes; 3) otras tendencias son excluidas de la organización, ya sea reprimiéndolas totalmente o empleándolas de una manera distinta en el yo, formando rasgos del carácter o experimentando sublimaciones con desplazamiento. Este proceso no siempre transcurre tranquilamente. Producen fijaciones de la libido a las condiciones de fases anteriores, independiente del fin sexual normal. Semejante inhibición del desarrollo es, la homosexualidad. El análisis demuestra que en todos los casos ha existido un vínculo al objeto de carácter homosexual, aun latentemente. Aunque se haya alcanzado la organización genital, ésta se encontrará debilitada por las porciones de libido que no hayan seguido su desarrollo, quedando fijadas a objetos y fines pregenitales (regresión).

### 3.9.Las cualidades psíquicas.

Toda ciencia reposa en observaciones y experiencias alcanzadas por medio de nuestro aparato psíquico; pero como nuestra ciencia tiene por objeto a ese aparato, dicha analogía toca aquí a su fin. Realizamos nuestras observaciones por medio del mismo aparato perceptivo, y precisamente con ayuda de las lagunas en lo psíquico, completando las omisiones con inferencias plausibles y traduciéndolas al material consciente. Establecemos, en cierto modo, una serie complementaria consciente para lo psíquico inconsciente (Freud, 2001).

En el curso se nos imponen las diferenciaciones que calificamos como cualidades psíquicas. No es necesario caracterizar lo que denominamos consciente, pues coincide con la consciencia de los filósofos y del habla cotidiana. Todo lo psíquico restante constituye lo inconsciente. Nos vemos obligados a establecer en este inconsciente una importante división. Algunos procesos fácilmente se tornan conscientes, y, pueden volver a la consciencia sin dificultad: pueden ser reproducidos o recordados. Esto nos advierte que la consciencia misma no es sino un estado muy fugaz. Cuanto es consciente, únicamente lo es por un instante, y el que nuestras percepciones no parezcan confirmarlo es sólo una contradicción aparente, debida a que los estímulos de la percepción pueden subsistir durante cierto tiempo, de modo que aquélla bien puede repetirse. Todo lo inconsciente que se conduce de esta manera, que puede trocar tan fácilmente su estado inconsciente por el consciente, convendrá calificarlo, como *susceptible de consciencia* o preconsciente. Otros procesos y contenidos psíquicos no tienen acceso tan fácil a la consciencia, sino que es preciso inferirlos, adivinarlos y traducirlos a la expresión consciente.

Por tanto, hemos atribuido tres cualidades a los procesos psíquicos: pueden ser conscientes, preconscientes o inconscientes. Lo preconsciente se torna consciente sin nuestra intervención, y lo inconsciente puede volverse consciente mediante nuestros esfuerzos, que a menudo nos permiten advertir la oposición de fuertes resistencias. El material se encontrará en dos versiones: una, en la reconstrucción consciente que acaba de recibir; otra, en su estado inconsciente original. Un contenido generalmente inconsciente se transforma

en preconsciente y llega luego a la consciencia. Deducimos que el mantenimiento de ciertas resistencias internas es una condición ineludible de la normalidad. En el estado del dormir se produce regularmente tal disminución de las resistencias, con la irrupción de contenidos inconscientes. Inversamente, contenidos preconscientes pueden sustraerse por un tiempo a nuestro alcance, quedando bloqueados por resistencias, como es el caso en los olvidos fugaces, o bien un pensamiento preconsciente puede volver transitoriamente al estado inconsciente, fenómeno que parece constituir la condición básica del chiste.

El interior del yo, que comprende los procesos cognitivos o intelectivos, tiene la cualidad de preconsciente. Esta es característica y privativa del yo, mas no sería correcto aceptar que la conexión con los restos mnemónicos del lenguaje sea el requisito del estado preconsciente, aunque la condición del lenguaje permite suponer la índole preconsciente de un proceso. El estado preconsciente, caracterizado de una parte por su accesibilidad a la consciencia, y de otra por su vinculación con los restos verbales, es, algo particular, cuya índole no queda agotada por esas dos características (Freud, 1997).

Lo inconsciente es la única cualidad dominante en el *ello*. El *ello* y lo inconsciente se hallan tan íntimamente ligados como el yo, y lo preconsciente. Desde luego, todo era *ello*; el yo se desarrolló del *ello* por la incesante influencia del mundo exterior. Ciertos contenidos del *ello* pasaron al estado preconsciente y se incorporaron así al yo; otros permanecieron intactos en el *ello*, formando su núcleo, difícilmente accesible. Teniendo en cuenta su origen, denominamos lo reprimido a esta parte del *ello*.

Tras todas esas incertidumbres asoma, un nuevo hecho cuyo descubrimiento debemos a la investigación psicoanalítica. Hemos aprendido que los procesos del inconsciente o del *ello* obedecen a leyes distintas de las que rigen los procesos en el yo preconsciente. En su conjunto denominamos a estas leyes proceso primario, en contraste con el proceso secundario, que regula el suceder del preconsciente, del yo.

### 3.10. La técnica psicoanalítica.

La situación analítica podía ser representada como aparece en las historietas: un paciente acostado en un diván y un psicoanalista sentado detrás de él y escuchando. Es una situación constante de encuentro entre dos personas durante un período prolongado de tiempo y donde una de ellas, llamada analizando o paciente, tiene la consigna de transmitir todos sus pensamientos, ocurrencias y sensaciones sin introducir ninguna clase de modificación en el relato a otra persona, a quien no ve mientras habla, llamada analista o terapeuta. La constancia de las condiciones del encuentro es similar a la que exige todo método experimental depurado. La situación analítica está ubicada, en la encrucijada de dos objetivos que, se superponen y, divergen o pueden hacerlo. Hay un objetivo teórico: el análisis, donde la meta es llegar a saber donde los lugares que se distribuyen son los de analizando y analista. Al mismo tiempo, un objetivo práctico, puede decirse que ideológico: la cura, en función de ella las personas que se encuentran en la situación analítica son paciente y terapeuta. Regresando, por sus características, este dispositivo técnico constituye el campo ideal para que brote un tipo particular de discurso del analizando detrás del cual pueden detectarse, mediante un cierto trabajo teórico, esos objetivos de conocimiento específicos del psicoanálisis que son las formaciones del inconsciente, para que puedan descubrirse los procesos que rigen su formación, refiriéndolas a ciertas posiciones subjetivas y a una determinada modalidad de estructuración del aparato psíquico, entendido como el objeto teórico del psicoanálisis (Freud, 2003).

Dimos por establecido, el yo tiene la función de enfrentar sus tres relaciones de dependencia: de la realidad, del *ello* y del *superyó*, sin afectar su organización ni menoscabar su autonomía. La condición básica de los estados patológicos que estamos considerando debe consistir, en un debilitamiento relativo o absoluto del *yo* que le impida cumplir sus funciones. La exigencia más difícil que se le plantea al *yo* probablemente sea la dominación de las exigencias institucionales del *ello*, tarea para la cual debe mantener activas magnitudes de anticatexis. También las exigencias del *superyó* pueden tornarse tan fuertes e inexorables que el *yo* se encuentre paralizado en sus restantes funciones. Si los dos primeros, se tornan demasiado fuertes, pueden llegar a quebrantar y modificar la

organización del *yo*, de modo que su relación adecuada con la realidad quede perturbada o abolida.

Sobre estas mismas nociones se funda nuestro plan terapéutico. El *yo* ha sido debilitado por el conflicto interno. Sucede como en una guerra civil que sólo puede ser decidida mediante el socorro de un aliado extranjero. El médico analista y el *yo* debilitado del paciente, apoyados en el mundo real exterior, deben tomar partido contra los enemigos, contra las exigencias de instinto del *ello* y las demandas morales del *superyó*. El *yo* enfermo nos promete la más completa sinceridad, poner a nuestra disposición todo el material que le suministra su percepción; por nuestra parte, le aseguramos la más estricta discreción y ponemos a su servicio nuestra experiencia en la interpretación del material influido por el inconsciente. En este pacto consiste la situación analítica.

A continuación nos espera la primera defraudación. Para que el *yo* del enfermo sea un aliado útil en nuestra labor será preciso que, a pesar de todo el hostigamiento por las potencias enemigas, haya conservado cierta medida de coherencia. Al poco tiempo habrá arrojado nuestra persona, junto con la ayuda que le ofrecemos, al montón de los elementos del mundo exterior que ya nada le importan.

Nuestro pacto lo concertamos, con los neuróticos: plena sinceridad contra estricta discreción. Pues no deseamos averiguar solamente lo que el enfermo sabe y oculta ante los demás, sino también ha de contarnos lo que él mismo no sabe. Lo comprometemos a ajustarse a la regla del análisis, que en el futuro habrá de regir su conducta para con nosotros. No sólo deberá comunicarnos lo que sea capaz de decir intencionalmente y de buen grado, sino también todo lo demás que le sea presentado por su auto observación, por más que le sea desagradable decirlo y aunque le parezca carente de importancia o aun insensato y absurdo. Si después de esta indicación consigue abolir su autocrítica, nos suministrará una cantidad de material: ideas, ocurrencias, recuerdos, que ya se encuentran bajo el influjo del inconsciente, que a menudo son derivados directos de éste y que nos colocan en situación de conjeturar sus contenidos inconscientes reprimidos.



Lo que sucede en realidad es algo muy distinto. Lo más extraño es que el paciente no se conforma con ver en el analista, un auxiliador y consejero, al que además remunera sus esfuerzos y que, estaría dispuesto a conformarse con una función como guía; por el contrario, el enfermo ve en aquél una copia de alguna persona importante de su infancia, transfiriéndole, los sentimientos y las reacciones que seguramente correspondieron a ese modelo. Este fenómeno de la transferencia no tarda en revelarse como un factor de insospechada importancia; un instrumento de valor sin igual; y una fuente de graves peligros. Esta transferencia es ambivalente; comprende actitudes positivas, tanto como negativas frente al analista, que por lo general es colocado en lugar de un personaje parental. Mientras la transferencia sea positiva, nos sirve admirablemente: deja a un lado el propósito racional de llegar a curar y de librarse del sufrimiento. En su lugar aparece el propósito de agradar al analista, que se convierte en el verdadero motor de la colaboración del paciente; el débil *yo* se fortalece: abandona sus síntomas y se cura aparentemente; simplemente por amor al analista.

### 3.11. La transferencia de Freud a Lacan.

¿Qué es la transferencia? La definiremos como el término que conceptualiza, el *modus operandi* del psicoanálisis, el resorte mismo de la cura, el motor terapéutico y el principio mismo de su poder.

Lacan pone en el fundamento de la transferencia una función, inédita en Freud, la del sujeto supuesto al saber. Aquel saber que Freud mediante sus pasos fue construyendo diversos conceptos como represión, censura, resistencia y así, fue conformándose el psicoanálisis, sin embargo, los seguidores confiaban en su hallazgo, hasta ahora muchos revisamos sus textos, en cambio Lacan llevo lecturas plenas sobre sus obras, hizo surgir de él una temática, una conceptualización e incluso una formalización inédita. Además si la técnica psicoanalítica evolucionó, no es preferible temer de las palabras, porque el inconsciente mismo también paso por una evolución. Lacan lo explica, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y que la intervención del psicoanalista en el inconsciente es

de naturaleza tal que puede modificarlo. Algo distingue a Freud de todos los analistas que vinieron después de él: el no repetía una teoría, la elaboraba en forma auténtica a partir del discurso mismo de sus pacientes. Para simplificar las cosas, antes de tomar el texto de Freud, verán ustedes que hay, dos formas, distinguidas por Freud, de transferencia (Miller, 1981).

La primera forma es la que identifica la transferencia con la función de repetición. La segunda identifica la transferencia con la sugestión. Estas transferencias pertenecen a los fenómenos que se producen en la experiencia analítica, mientras que el sujeto supuesto al saber es de otro orden que el de los fenómenos, hablando estrictamente, de un fundamento transfenoménico de los fenómenos de la transferencia. En este sentido, la primera transferencia freudiana, es el proceso general de las formaciones del inconsciente. Es que el deseo se enmascara y se aferra a significantes vaciados, de significación. Esta es aún una acepción muy general de la transferencia. Ahora bien, la transferencia en sentido psicoanalítico se produce cuando el deseo se aferra a un elemento muy particular que es la persona del terapeuta. Da origen a la idea de que la transferencia es ante todo un fenómeno ilusorio, un fenómeno imaginario. Entonces, la transferencia freudiana es el momento en que el deseo del paciente se apodera del terapeuta, en que el psicoanalista imanta las cargas liberadas por la represión. Ahora estamos acostumbrados a la idea de transferencia y de contratransferencia, a lo positivo y a lo negativo, pero habría que ser capaz de guardar cierta sorpresa con respecto a la emergencia del amor en una actividad que se presenta como científica y terapéutica.

Una transferencia aparece, como un fragmento de repetición inconsciente, como presa del automatismo de repetición. En el fondo, el analista ejerce una presión sobre el inconsciente, por la oferta misma que hace de escuchar al paciente, escucharlo en tanto que dice cualquier cosa y sabemos que lo que dice nunca es cualquier cosa, y esa cualquier cosa lo conduce hacia la zona que imaginamos en el trasfondo. Este empuje del analista es, necesariamente correlativo de una resistencia. Finalmente podríamos decir que el paciente es paciente y el analista que practica el análisis de las resistencias es, él, impaciente. Abordando la primera transferencia, se divide a su vez en negativa y positiva. Evidentemente, si la transferencia es negativa eso no es psicoanálisis, es mejor que la

transferencia de tipo erótico, y lo que constituye verdaderamente la placa de la operación, es la transferencia positiva, amable, tierna, pero no erótica. Cuando hay transferencia y simpatía está bien. Entonces, analizar la transferencia consiste en liquidar la transferencia negativa, la transferencia positiva demasiado ardiente y conservar la transferencia amable, lo cual permite operar sobre el paciente por sugestión. Respecto a la transferencia de sugestión, Freud dice “debemos admitir que los resultados del psicoanálisis descansan sobre la sugestión. Por sugestión debemos entender la forma de influenciar una persona mediante los fenómenos de transferencia posibles en su caso” (Miller, 1981).

La transferencia es a la vez la mayor herramienta y el mayor enemigo del psicoanálisis. Cuanto más se alinea el sujeto en la palabra más se separa de ésta para refugiarse en la relación fantaseada con el objeto. Muestra, pues, una oscilación entre la alienación y la separación (Leader y Groves, 1995).

La relación de transferencia entraña otras dos ventajas. El paciente, colocando al analista en lugar de su padre (o de su madre), también le confiere el poderío que su *superyó* ejerce sobre el *yo*, pues estos padres fueron, el origen del *superyó*. Tiene ahora la ocasión de llevar a cabo una especie de reeducación del neurótico y puede corregir los errores cometidos por los padres en su educación. Por más que al analista le tiende convertirse en maestro, modelo e ideal de otros; deberá recordar que no es ésta su misión en el vínculo analítico y que traiciona su deber si se deja llevar. Ya que no hará sino repetir un error de los padres, y sólo sustituirá la antigua dependencia por una nueva. En todos sus esfuerzos por mejorar y educar al paciente, el analista siempre deberá respetar su individualidad.

La transferencia tiene otra ventaja: el paciente nos representa en ella, una parte importante de su vida que de otro modo quizá sólo hubiese descrito insuficientemente. Ahora el reverso de esta relación. La transferencia, al reproducir los vínculos con los padres, también asume su ambivalencia. No se podrá evitar que la actitud positiva frente al analista se convierta algún día en negativa. La docilidad frente al padre, surgieron de un deseo erótico dirigido a su persona. En algún momento esta pretensión también surgirá en la transferencia. Pero en la situación analítica no puede menos que tropezar con una

frustración. Semejante rechazo sirve de pretexto para el cambio de actitud, como probablemente ocurrió también en la primera infancia del paciente.

Los éxitos terapéuticos alcanzados bajo el dominio de la transferencia positiva justifican la sospecha de su índole sugestiva. Una vez que la transferencia negativa adquiere supremacía. Advertimos con horror que todos los esfuerzos realizados han sido vanos. Hasta lo que podíamos considerar como un progreso intelectual definitivo del paciente ha desaparecido en un instante. El peligro de estos estados transferenciales reside en que el paciente confunda su índole, tomando por vivencias reales y actuales lo que no es sino un reflejo del pasado. Si él paciente llega a sentir la fuerte pulsión erótica que se esconde tras la transferencia positiva, cree haberse enamorado apasionadamente; al girar la transferencia, se considera ofendido y despreciado, odia al analista como a un enemigo y está dispuesto abandonar el análisis. En cada una de estas situaciones el analista tiene el deber de arrancar al paciente de tal ilusión, mostrándole que lo que toma por una nueva vivencia real es sólo un espejismo del pasado. Esta prudencia en el manejo de la transferencia suele rendir frutos. Si, se logra aclarar al paciente la verdadera naturaleza de los fenómenos transferenciales, se habrá restado un arma poderosa a la resistencia, cuyos peligros se convertirán ahora en beneficios, pues el paciente nunca olvidará lo que haya vivenciado en las formas de la transferencia (Freud, 2001).

Nuestros esfuerzos para fortalecer el yo debilitado parten de la ampliación de su autoconocimiento. La pérdida de tal conocimiento de sí mismo implica para el yo un déficit de poderío e influencia, es el primer indicio tangible de que se encuentra cohibido y coartado por las demandas del *ello* y del *superyó*. El material para nuestro trabajo lo tomamos de distintas fuentes: de lo que nos informa con sus comunicaciones y asociaciones libres, de lo que nos revela en sus transferencias, de lo que recogemos en la interpretación de sus sueños, de lo que traducen sus actos fallidos. Todo este material nos permite reconstruir tanto lo que le sucedió alguna vez, como lo que ahora sucede en él. Mas en todo esto no dejaremos de discernir estrictamente nuestro saber del suyo. Reflexionaremos detenidamente sobre la oportunidad en que convenga hacerle partícipe de alguna de nuestras inferencias; aguardaremos el momento que nos parezca más oportuno. Diferimos

la comunicación de una inferencia, hasta que el propio paciente se le haya aproximado tanto que sólo le quede por dar un paso, aunque éste sea precisamente el de la síntesis decisiva. Si procediéramos de otro modo, si lo abrumáramos con nuestras interpretaciones antes de estar preparado para ellas, nuestras explicaciones no tendrían resultado alguno, o bien provocarían una violenta resistencia. Pero si lo hemos preparado suficientemente, a menudo logramos que el paciente confirme al punto nuestra construcción y recuerde, el suceso interior o exterior que había sido olvidado. Nuestro saber de este asunto se habrá convertido entonces también en su saber.

La segunda parte, la más importante de nuestra tarea. Sabemos que el yo se protege contra la irrupción de elementos indeseables del *ello* mediante anticatexis cuya integridad es una condición ineludible de su funcionamiento normal. Ahora bien: cuanto más acosado se sienta el yo, más tenazmente se aferrará, a esas anticatexis con el fin de proteger su precaria existencia contra nuevas irrupciones. Queremos que el yo, emprenda la ofensiva para reconquistar lo perdido. La fuerza de las anticatexis se nos hace sentir como resistencias contra nuestra labor. El yo retrocede, ante eventos que le parecen peligrosas y que amenazan provocarle displacer; para que no se nos resista es preciso que lo animemos y aplaquemos sin cesar. A esta resistencia, la llamamos, resistencia de la represión. Es interesante advertir que en esta situación se convierten, pues el *yo* se resiste a nuestra llamada, mientras que el inconsciente, acude en nuestra ayuda, ya que ninguna tendencia suya es tan poderosa como la de irrumpir al *yo* y ascender a la consciencia a través de las barreras que se le ha impuesto. En ambos casos se habrá eliminado un peligro permanente, se habrán ampliado los límites del yo y se habrá tornado superfluo un costoso despliegue de energía.

A medida que progresa nuestra labor y que se ahondan nuestros conocimientos de la vida psíquica del neurótico, resaltan con claridad dos nuevos factores que merecen la mayor consideración como fuentes de resistencias. Ambos son completamente ignorados por el enfermo. Podemos englobarlos en el término común de *necesidad de estar enfermo* o *necesidad de sufrimiento*; pero responden a distintos orígenes. El primero de estos dos factores es el sentimiento de culpabilidad o la consciencia de culpabilidad. Tratase, de la

contribución aportada a la resistencia por un *superyó* que se ha tornado particularmente severo y cruel. El individuo no ha de curar, sino que seguirá enfermo, pues no merece nada mejor. Esta resistencia no perturba en realidad nuestra labor intelectual, pero le resta eficacia. Este sentimiento de culpabilidad explica también la ocasional curación o mejoría de graves neurosis bajo el influjo de desgracias reales. Al combatir esta resistencia hemos de limitarnos a hacerla consciente y a tratar de demoler paulatinamente el *superyó* hostil.

Mientras la sensibilidad de Lacan ante la discontinuidad lo llevo a introducir un cambio radical en la práctica psicoanalítica. Sus contemporáneos operaban con una sesión típica de 50 minutos, mientras que Lacan creyó conveniente establecer una duración variable. Los psicólogos conocían desde tiempo atrás un efecto peculiar llamado el efecto Zeigarnik, según el cual una actividad mental interrumpida suministraba más material asociativo que si se completaba. Uno de los fundamentos de la sesión variable es este poder de generar recuerdos y asociaciones que tiene la interrupción. La sesión interrumpida evoca quizá la interrupción de las relaciones edípicas. En vez de comentar de inmediato el material analítico que trajo a la sesión, el analista deja que él mismo haga parte del trabajo entre una y otra sesión. En el clima creado en la sesión variable hay cierto grado de tensión que genera material y subvierte los patrones comunes de la resistencia. La experiencia real del tiempo que ella introduce es imprevista, desconcertante y perturbadora. La tarea del análisis, es señalarle al sujeto el lugar del Yo y convertir en material asociativo las imágenes estancadas que lo tienen cautivo. El análisis implica que el sujeto asuma plenamente su historia: las imágenes del Yo deben integrarse a este texto simbólico. (Leader y Groves, 1995).

### 3.12. La interpretación de los sueños como modelo ilustrativo.

Poco nos revelará la investigación de los estados normales y estables, en los cuales los límites del *yo* frente al *ello*, asegurados por resistencias, se han mantenido firmes; en los cuales el *superyó* no se diferencia del *yo* porque ambos trabajan en armonía. Más semejante estado es precisamente el reposo nocturno, y por eso la actividad psíquica durante el

dormir, actividad que vivenciamos como sueños. Pues el sueño es un fenómeno habitual en la vida de todo ser normal, por más que sus características discrepen de las producciones que presenta nuestra vida de vigilia. El sueño puede ser confuso, incomprensible y aun absurdo; sus contenidos pueden contradecir todas nuestras nociones de la realidad, y en él nos conducimos como dementes.

Nos abrimos camino a la interpretación del sueño aceptando que cuanto recordamos como tal, después de haber despertado, no es el verdadero proceso onírico, sino sólo una fachada tras la cual se oculta éste. He aquí la diferencia entre un contenido onírico manifiesto y las ideas latentes del sueño. Al proceso lo llamamos elaboración onírica. El estudio de la elaboración onírica nos suministra un ejemplo de cómo el material inconsciente del *ello* se impone al *yo*, se torna preconscious y, sufre aquellas transformaciones para la deformación onírica.

Lo más conveniente será señalar la existencia de dos clases de motivos para la formación onírica. O un impulso instintivo, por lo general reprimido, adquiere durante el reposo la fuerza necesaria para imponerse en el *yo*, o bien un deseo insatisfecho subsistente en la vida diurna, con todos los impulsos conflictuales que le pertenecen, ha sido reforzado durante el reposo por un elemento inconsciente. Hay, sueños que proceden del *ello* y sueños que proceden del *yo*. Para ambos rige el mismo mecanismo de formación onírica, y también la precondition dinámica es una y la misma. Dado que el *yo* despierto gobierna la motilidad, esta función es paralizada en el estado de reposo. El retiro de estas anticatexis permite ahora al *ello* una libertad que ya no puede ser perjudicial. Las pruebas de la participación del *ello* inconsciente en la formación onírica son: a) La memoria onírica tiene mucho más alcance que la memoria vigil. El sueño trae recuerdos que el soñante ha olvidado y que le son inaccesibles durante la vigilia. b) El sueño recurre sin límite alguno a símbolos lingüísticos cuya significación generalmente ignora el soñante, pero cuyo sentido podemos establecer gracias a nuestra experiencia. c) Con frecuencia, la memoria onírica reproduce impresiones de la temprana infancia del soñante, impresiones de las que no sólo podemos afirmar con seguridad que han sido olvidadas, sino que se tornaron inconscientes debido a

la represión. d) Además, el sueño trae a colación contenidos que no pueden proceder ni de la vida adulta ni de la infancia olvidada del soñante.

Las leyes de los procesos inconscientes que se manifiestan son muy extrañas y bastan para explicar casi todo lo que en el sueño nos parece tan enigmático. Ante todo, la tendencia a la condensación, a formar nuevas unidades con elementos que en el pensamiento vigil seguramente habríamos mantenido separados. A menudo un único elemento del sueño manifiesto representa toda una serie de ideas oníricas latentes, como si fuese una alusión común a todas ellas, y, la extensión del sueño manifiesto es extraordinariamente breve en comparación con el exuberante material del que ha surgido. Otra particularidad de la elaboración onírica, es la facilidad del desplazamiento de las intensidades psíquicas de un elemento al otro, sucediendo a menudo que un elemento de las ideas oníricas aparezca en el sueño manifiesto como el más claro y, el más importante; recíprocamente, elementos esenciales de las ideas oníricas son sólo representados en el sueño manifiesto por alusiones.

Al comprobar estas dos tendencias a la condensación y al desplazamiento, en el *ello* inconsciente la energía se encuentra en estado de libre movilidad, y que le importa, la posibilidad de descargar sus magnitudes de excitación; ambas propiedades caracterizan el proceso primario que hemos atribuido al *ello*. Todo sueño en formación exige al *yo*, la satisfacción de un deseo, si el sueño surge del *ello*, o la solución de un conflicto, la eliminación de una deuda, la adopción de un propósito, si el sueño emana de un resto de la actividad preconscious. El sueño es siempre una tentativa de eliminar la perturbación del reposo mediante la realización de un deseo, es decir, es el guardián del reposo.

### 3.13. Los procesos oníricos.

Sigmund Freud realizó un trabajo exhaustivo en averiguar el sentido secreto de los sueños, el camino por el cual lo halló y los medios de que se ha servido el trabajo del sueño para ocultarlo. Pero qué pasa cuando el psicoanalista busca su interpretación, en este



casotropezamos, cuyo sentido está dado sin disfraz y, conserva los caracteres esenciales por los cuales los sueños se apartan llamativamente de nuestro pensamiento de vigilia y engendran en nosotros la necesidad de explicarlos. Sólo después de despachado todo lo que concierne al trabajo de la interpretación podemos indicar cuán incompleta ha quedado nuestra psicología del sueño.

Tropezamos con la imposibilidad de esclarecer al sueño como hecho psíquico, pues explicar significa reconducir a lo conocido, y por ahora no existe ningún conocimiento psicológico al que pudiéramos subordinar lo que cabe comprender en calidad de un principio explicativo a partir del examen psicológico de los sueños.

Lo que recordamos del sueño y sobre lo que ejercemos nuestras artes interpretativas está, la mutilación por la infidelidad de nuestra memoria, que parece incapaz de conservar al sueño y quizás ha perdido justamente el fragmento más significativo de su contenido. Y cuando queremos prestar atención a nuestros sueños, tenemos motivo para quejarnos de que soñamos mucho más y por desgracia no sabemos sino este único remiendo, y aun su recuerdo es inseguro. Todo nos dice que nuestro recuerdo del sueño no es sólo lagunoso, sino que lo refleja de manera infiel y falseada. Puede ponerse en duda que lo soñado fuera en realidad tan incoherente y nebuloso como lo conservamos en la memoria y, de que un sueño haya sido tan coherente como lo contamos, y de que en el intento de reproducirlo no hayamos utilizado material nuevo, escogido para aquellas lagunas inexistentes o creadas por el olvido (Freud, 2005).

En efecto, nuestra memoria, no conoce garantías, y todo nos vemos precisados a dar certeza a sus indicaciones mucho más que lo justificado objetivamente. La duda sobre el reflejo correcto del sueño o los datos singulares de él no es nuevo, sino un fruto de la censura onírica, de la resistencia a la irrupción de los pensamientos oníricos en la conciencia. Esta resistencia no se ha agotado ni siquiera con los desplazamientos y las sustituciones que impuso, y es entonces cuando se adhiere como duda a lo ya filtrado. Erramos sobre la índole de esta duda tanto más fácilmente cuanto que se vale de la precaución de no atacar nunca los elementos intensos del sueño, sino sólo los débiles y no nítidos. La desfiguración

sólo fue posible por sustracción de valor, se exterioriza en esta operación y a veces a favor de ella. El psicoanálisis es desconfiado. Quizás una de sus reglas implora: Todo lo que perturba la prosecución del trabajo analítico es una resistencia.

La experiencia psicoanalítica ha deparado todavía otra prueba de que el olvido de los sueños depende mucho más de la resistencia que de la ajenidad entre el estado de la vigilia y el dormir. A veces es mayor la frecuencia con que el trabajo de interpretación se veía arrastrado al olvido por el sueño, que aquella con que esa actividad mental lograba retener al sueño en la memoria. Además los sueños se olvidan tan poco como otros actos anímicos, y que aun respecto de supersistencia en la memoria son comparables sin necesidad a las otras operaciones psíquicas.

Aparte de, la interpretación de un sueño no siempre es definitiva; no es raro que uno se agote su capacidad para lograrlo cuando ha seguido un encadenamiento de ocurrencias y el sueño no le dice nada más por ese día, en tal caso hará bien en interrumpir y volver sobre el trabajo otro día. Entonces otro fragmento del contenido del sueño atrae la atención y se encuentra el acceso a un nuevo estrato de los pensamientos oníricos. Podemos llamarlo interpretación fraccionada del sueño. Lo más difícil al que se inicia en la interpretación de los sueños es que reconozca que su labor no termina cuando tiene en sus manos una interpretación completa, coherente y que dé razón de todos los elementos del contenido del sueño. Ya que para el mismo sueño es posible que haya otra (Freud, 2005).

#### 3.14. La regresión.

El sueño es un acto psíquico de pleno derecho, su fuerza impulsora es un deseo por cumplir, así como sus múltiples extravagancias y absurdos, se deben a la influencia de la censura psíquica que debió soportar en su formación, igualmente de la necesidad a sustraerse de esta censura, cooperaron en su formación un apremio a la condensación del material psíquico, un miramiento por su figurabilidad en imágenes sensibles y un miramiento por dar

una fachada racional e inteligible al producto onírico, el sueño debe encontrar un lugar en la sucesión de la vida anímica.

La idea que así se sitúa es la de una localidad psíquica. Mantenerlo en el terreno psicológico y sólo seguir esta sugerencia. La localidad psíquica corresponde entonces a un lugar en el interior de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. Tales analogías no persiguen otro propósito que servirnos de apoyo en el intento de hacernos comprensible la complejidad de la operación psíquica descomponiéndola y atribuyendo a componentes singulares del aparato cada operación singular. Imaginamos entonces el aparato psíquico como un instrumento compuesto cuyos elementos son llamados instancias o sistemas. No se necesita suponer un ordenamiento realmente espacial de los sistemas psíquicos. Basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos, en base de ciertos procesos psíquicos los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie temporal. A continuación, nos referimos a los componentes del aparato como sistemas  $\Psi$ . Lo primero es resaltar que este aparato, tiene una dirección. Toda nuestra actividad psíquica parte de estímulos (internos o externos) y termina en innervaciones. Asignando al aparato un extremo sensorial (P) y un extremo motor (M). En el extremo sensorial se encuentra un sistema que recibe las percepciones, y en el extremo motor, abre los recintos de la motilidad. El proceso psíquico transcurre, desde el extremo de la percepción hacia el de la motilidad. El aparato psíquico ha de estar construido como un aparato de reflejos. El proceso del reflejo sigue siendo el modelo de toda operación psíquica (Freud, 2005).

Ahora tenemos fundamentos para hacer que ingrese en el extremo sensorial una primera diferenciación de las percepciones que llegan en nuestro aparato psíquico queda una huella que podemos llamar huella mnémica. La función a esa huella mnémica (Mn) es definida como memoria. Sólo puede consistir en alteraciones permanentes sobrevenidas en los elementos de los sistemas. Ahora, trae consigo manifiestas dificultades suponer que un mismo sistema deba conservar fielmente alteraciones sobrevenidas a sus elementos y, mantenerse siempre abierto y receptivo a las nuevas ocasiones de alteración.

Es sabido que de las percepciones que tienen efecto sobre el sistema P conservamos como duradero algo más que su contenido. Nuestras percepciones se revelan enlazadas entre sí en la memoria, de acuerdo con el encuentro en la simultaneidad que en su momento tuvieron, llamándolo asociación. Todavía es claro que si el sistema P no tiene memoria alguna, tampoco puede conservar las huellas para la asociación. Por lo tanto, tenemos que suponer que la base de la asociación son los sistemas mnémicos. Además, el sistema P, brinda a nuestra conciencia toda la diversidad de las cualidades sensoriales. Nuestros recuerdos, sin excluir los que se han impreso más hondo en nosotros, por su naturaleza inconscientes. Es posible hacerlos conscientes, pero no cabe duda de que en el estado inconsciente despliegan todos sus efectos. Lo que llamamos nuestro carácter se basa en las huellas mnémicas de nuestras impresiones y por las que nos produjeron un efecto más fuerte, son las que casi nunca acaben conscientes. Pero cuando los recuerdos se hacen de nuevo conscientes, no muestran cualidad sensorial alguna o muestran una mínima comparación con las percepciones.

Al último de los sistemas situados en el extremo motor lo llamamos preconsciente para indicar que los procesos de excitación en él pueden alcanzar sin más demora la conciencia, siempre que se satisfagan ciertas condiciones, que se alcance cierta intensidad, la distribución de aquella función recibe el nombre de atención. Al mismo tiempo el sistema que posee las llaves de la motilidad voluntaria. Al sistema que está detrás lo llamamos inconsciente porque no tiene acceso alguno a la conciencia si no es por la vía del preconsciente, al pasar, su proceso de excitación tiene que sufrir modificaciones.

Esta regresión entonces, una de las peculiaridades psicológicas del proceso onírico, pero no es exclusivamente de los sueños. También el recordar deliberado y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal corresponden a una marcha hacia atrás dentro del aparato psíquico desde algún acto complejo de representación hasta el material en bruto de las huellas mnémicas que está en su base. Pero en la vigilia esta retrogresión no va más allá de las imágenes mnémicas; no puede producir la animación alucinatoria de las imágenes perceptivas. Cuando hablamos del trabajo de condensación no podemos evitar el supuesto de que las intensidades adheridas a las representaciones son transferidas íntegramente de una

a otra por obra del trabajo del sueño. Probablemente sea esta modificación del proceso psíquico corriente la que posibilita que el sistema de las P se invista hasta la plena vivacidad sensorial en la dirección inversa, partiendo de los pensamientos. Así, llamamos regresión al hecho de que en el sueño la representación vuelve a mudarse en la imagen sensorial de la que alguna vez partió (Freud, 2005).

Distinguiamos entonces tres modos de regresión: a) una regresión tópica, en el sentido del esquema desarrollado de los sistemas  $\Psi$ , b) una regresión temporal, en la medida que se trata de una retrogresión a formaciones psíquicas más antiguas, y c) una regresión formal, cuando los modos de expresión y de figuración primitivos sustituyen a los habituales. No obstante en el fondo los tres tipos de regresión son uno solo y en la mayoría de los casos coinciden, pues lo más antiguo en el tiempo es a la vez lo primitivo en sentido formal y lo más próximo al extremo perceptivo dentro de la tópica psíquica. El soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las emociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de que disponía. Tras esta infancia individual, se nos promete también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética, sobre el desarrollo del género humano, del cual el individuo es de hecho una repetición abreviada, influida por las circunstancias contingentes de su vida.

### 3.15. Acerca del cumplimiento del deseo.

Freud había demostrado que cuando una corriente inconsciente es reprimida, al no poder reingresar en la conciencia se desplaza a detalles minúsculos y sólo siguiendo esas derivaciones puede activarse el resto del complejo en cuestión. Es importante distinguir lo que Lacan llama deseo de lo que normalmente llamaríamos un “anhelo”. Un anhelo es algo que se quiere conscientemente, mientras que el deseo ha sido proscrito de la conciencia. El deseo está presente porque un elemento ha sido distorsionado y modificado por otro (Leader y Groves, 1995).

En alguna situación hemos recibido con asombro, la afirmación de que el sueño no es otra cosa que un cumplimiento del deseo, y quizá no únicamente por la contradicción que significa el sueño de angustia. Cuando por el análisis obtenemos los primeros esclarecimientos y estos nos enseñan que tras el sueño se ocultaban un sentido y un valor psíquico, en modo alguno esperar una precisión tan unívoca de ese sentido. Según Aristóteles, el sueño es el pensar que se continúa en el estado del dormir.

Así que, el cumplimiento del deseo suele separarse en dos grupos. Hallamos sueños que se presentaban de manera franca como cumplimiento de deseo, y otros que son irreconocibles y a menudo ocultados por todos los medios. En estos últimos discernimos las operaciones de la censura onírica. A los sueños de deseo no desfigurados los encontramos sobre todo en los niños, y breves sueños de deseo francos parecen ocurrir también en adultos.

A la oposición entre la vida diurna devenida consciente y una actividad psíquica que permanece inconsciente y que sólo puede hacerse notable durante la noche. Freud encuentra tres posibilidades para la génesis de un deseo: 1) Puede haberse excitado durante el día sin obtener satisfacción a causa de las condiciones exteriores; así queda pendiente para la noche un deseo admitido y no tramitado. 2) Puede haber emergido de día, pero topándose con una desestimación; queda pendiente, un deseo no tramitado pero que fue sofocado. 3) Puede carecer de relación con la vida diurna y contarse entre aquellos deseos que sólo de noche se ponen en movimiento en nosotros desde lo sofocado. En el esquema del aparato psíquico, localizamos un deseo de la primera clase en el sistema Prcc; del deseo de la segunda clase suponemos que fue esforzado hacia atrás, del sistema Prcc al Icc, y si es que se ha conservado, y de la moción del deseo de la tercera clase creemos que es de todo punto incapaz de traspasar el sistema del Icc. Y 4) las mociones de deseo actuales, que se despiertan durante la noche por el estímulo de la sed o la necesidad sexual. A primera vista, todos los deseos parecen tener el mismo valor y el mismo poder para la formación del sueño (Freud, 2005).

Quizá sea oportuno tratar esta misma cuestión en la forma de un examen del modo en que el sueño se comporta cuando se le ofrece en los pensamientos oníricos un material que es todo lo contrario de un cumplimiento de deseo, como consideraciones dolorosas, penosas, etc. La diversidad de los resultados posibles puede articularse del siguiente modo: a) El trabajo del sueño consigue sustituir todas las representaciones penosas por sus contrarias y sofocar los afectos displacentes correspondientes. Dando por resultado un sueño de satisfacción puro. b) Las representaciones penosas, modificadas en mayor o menor medida, alcanzan el contenido manifiesto del sueño. Estos sueños de contenido penoso pueden sentirse como indiferentes, pueden traer consigo todo el afecto penoso que parece justificado por su contenido de representaciones, o provocar el despertar por un desarrollo de angustia. El análisis demuestra que también estos sueños de displacer son cumplimientos de deseo. Un deseo reprimido cuyo cumplimiento no podía ser sentido por el yo del soñante sino como penoso se valió de la oportunidad que le ofrecían los restos diurnos penosos que seguían investidos, les prestó su apoyo y así los hizo soñables. Pero mientras que en el caso al deseo reprimido coincidía con el deseo consciente. La satisfacción por el cumplimiento del deseo reprimido puede resultar tan grande que equilibra los afectos penosos adheridos a los restos diurnos, entonces el sueño presenta un tono afectivo indiferente, aunque por una parte es el cumplimiento de un deseo y, por otra, el de una aprensión. Puede suceder que el yodurmiente participe con mayor amplitud en la formación del sueño, reaccione con violenta indignación frente a la satisfacción procurada del deseo reprimido y aun ponga fin al sueño mediante la angustia.

La mayoría de los sueños parecen trabajar con intensidades psíquicas comparativamente pequeñas, pues aguardan el despertar. Pero el mayor interés teórico recae sobre los sueños que tienen la capacidad de despertarnos en mitad del dormir. Entonces por qué se le confiere al sueño, y por tanto al deseo inconsciente, el poder de perturbar el dormir, que es el cumplimiento del deseo preconscious. Parte de nuestra experiencia, el soñar, aunque interrumpa varias veces el dormir en una misma noche, es compatible con este último. Nos despertamos un instante y volvemos a dormirnos en seguida. Cuando nos dormimos de nuevo, hemos eliminado la perturbación (Freud, 2005).

### 3.16. Lo inconsciente y la conciencia.La realidad.

Los filósofos equipararon siempre la mente con la conciencia, pero Freud afirmó que sólo una pequeña parte del contenido mental es consciente. El resto es inconsciente, o sea, está compuesto de ideas inadmisibles e involuntarias que motivan la conducta. (Appignanesi y Zárate, 2002).

Es preciso revertir la sobrestimación por la propiedad conciencia; es este un requisito indispensable para cualquier intelección correcta del origen de lo psíquico. Lo inconsciente, según la expresión de Lipps, tiene que suponerse como una base universal de la vida psíquica. Lo inconsciente es el círculo más vasto, que incluye en sí al círculo más pequeño de lo consciente; todo lo consciente tiene una etapa previa inconsciente, mientras que lo inconsciente puede persistir en esa etapa y, reclamar para sí el valor íntegro de una operación psíquica. Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales.

Ahora que la vieja oposición entre vida consciente y vida onírica quedó desvalorizada con la intercalación de lo psíquico inconsciente en el lugar que le corresponde, se eliminan una serie de problemas del sueño que hubieron de ocupar todavía en profundidad a autores anteriores. Así, muchas operaciones de cuyo cumplimiento en el sueño cabía admirarse ya no son más imputables al sueño, sino al pensamiento inconsciente que también trabaja durante el día. Cuando el sueño prosigue y finiquita los trabajos del día ya trae a la luz ocurrencias valiosas, no tenemos más que quitarle la vestidura onírica que es el producto del trabajo del sueño y la marca de la operación auxiliar de poderes oscuros provenientes de lo profundo del alma. Pero esa operación intelectual se debe a las mismas fuerzas del alma que cumplen durante el día todas las operaciones de esa índole. Incluso es probable que nos inclinemos en exceso a sobrestimar el carácter consciente de la producción intelectual y artística (Freud, 2005).



### 3.17. Pulsiones y destinos de pulsión.

Freud, define pulsión como “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma”. Aparentemente consideraba a la pulsión misma como el representante psíquico de fuerzas somáticas. Una pulsión nunca puede pasar a ser objeto de la consciencia; solo puede serlo la representación que es su representante. Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconsciente puede estar representada sino es por la representación.

Después Freud escribe que una agencia representante de pulsión es una representación o un grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica. Señala que el organismo primitivo puede eludir los estímulos externos pero no las necesidades pulsionales. A su vez, introdujo la expresión pulsiones yoicas, a las que identificó, con las pulsiones de autoconservación y, con la función represora. Resultando un conflicto entre dos series de pulsiones: la libido y las pulsiones yoicas.

Del lado de la fisiología. Nos ha proporcionado el concepto del estímulo y el esquema del reflejo, de acuerdo con el cual un estímulo aportado al tejido vivo desde afuera es descargado hacia afuera mediante una acción. Pero enseguida advertimos que no hemos de equiparar pulsión y estímulo psíquico. Es evidente que para lo psíquico existen otros estímulos que los pulsionales: los que se comportan de manera muy parecida a los estímulos fisiológicos. El estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo. Por eso también opera diversamente sobre el alma y se requieren diferentes acciones para eliminarlo. Todo lo esencial respecto del estímulo está dicho si suponemos que opera de un solo golpe; se lo puede despachar mediante una única acción adecuada, cuyo tipo ha de discernirse en la huida motriz ante la fuente de estímulo. La pulsión; en cambio, no actúa como una fuerza de choque momentánea, sino siempre como una fuerza constante (Freud, 2001).

Ahora, desde el aspecto biológico, pasamos a la consideración de la vida anímica, la pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el

alma, como una medida de la exigencia del trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.

Algunos términos que se usan en la conexión con el concepto de pulsión, son: esfuerzo, meta, objeto, fuente de la pulsión. Por esfuerzo de una pulsión se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa. Ese carácter esforzante es una propiedad universal de las pulsiones, y aún su esencia misma.

La meta de una pulsión es en todos los casos la satisfacción que sólo puede alcanzarse cancelando el estado de estimulación en la fuente de la pulsión. Pero si bien es cierto que esta meta última permanece invariable para toda pulsión, los caminos que llevan a ella pueden ser diversos, de suerte que para una pulsión se presentan múltiples metas más próximas o intermediarias, que se combinan entre sí o se permutan unas por otras.

El objeto de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio.

Por fuente de la pulsión se entiende aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión. No se sabe si este proceso es por regla general de naturaleza química o también puede corresponder al desprendimiento de otras fuerzas, mecánicas.

Todas las pulsiones son cualitativamente de la misma índole, y deben su efecto sólo a las magnitudes de excitación que conducen o, a ciertas funciones de esta cantidad. Lo que distingue entre sí a las operaciones psíquicas que proceden de las diferentes pulsiones puede reconducirse a la diversidad de las fuentes pulsionales.

El organismo se defiende contra todas las amenazas de muerte que no sea la que le corresponde. Paradójicamente, la pulsión de muerte puede servir para prologar la vida. No es una muerte cualquiera, sino una específica. Reacciona contra la agresión que puede resultar hacía el propio ser, generando una conducta autodestructiva. La vida individual avanza hacía la muerte natural. Pero la supervivencia de la especie no depende del

individuo. La pulsión de vida sexual, que rige las células reproductoras garantiza la supervivencia biológica.

La meta de la actividad psíquica es reducir las tensiones provocadas por la excitación ya sea pulsional o externa. El sistema nervioso de un organismo está regulado por el principio de constancia: la tendencia conservadora a la estabilidad.

Una pulsión, es entonces, el impulso inherente a toda vida orgánica de restaurar a un estado de cosas anterior. La compulsión de repetición es un proceso pulsional regresivo que procura volver a una situación totalmente carente de energía: La muerte (Appignanesi y Zárate, 2002).

### 3.18. La negación.

En la interpretación nos tomamos la libertad de prescindir de la negación y acoger tan sólo el contenido estricto de las asociaciones. Aquello que el sujeto rechaza con esta motivación, tomada de las explicaciones recibidas durante la cura, es, naturalmente el verdadero sentido de la nueva representación obsesiva. El contenido de una imagen o un pensamiento reprimidos pueden, abrirse paso hasta la conciencia, bajo la condición de ser negados. La negación es una forma de percatación de lo reprimido; Supone ya un alzamiento de la represión, desde luego, una aceptación de lo reprimido. Vemos cómo la función intelectual se separa en este punto del proceso afectivo. Con ayuda de la negación se anula una de las consecuencias del proceso represivo: la de que su contenido de representación no logre acceso a la conciencia. De lo cual resulta una especie de aceptación intelectual de lo reprimido, en tanto que subsiste aún lo esencial de la represión. Dado que la misión de la función intelectual del juicio es negar o afirmar contenidos ideológicos, las consideraciones que preceden nos conducen al origen psicológico de esta función. Por medio del símbolo de la negación se liberta el pensamiento de las restricciones de la represión y se enriquece con elementos de los que no puede prescindir para su función.

No estamos ante una "negación" cualquiera. No estamos ante una negación gramatical simple, lógica, fáctica o concreta, negaciones que no invitan a seguir el tema o que no

implican un "sí" oculto. Es por esta serie de razones el uso del vocablo denegación para el castellano de la Verneinung freudiana. No se trata simplemente de negar, sino de una negación con significación exagerada. Es algo que se requiere y que no se presenta y que se rechaza, lo reprimido, que solo es presentado en forma denegativa (García de la Hoz, 1983).

El estudio del juicio nos procura, quizá por vez primera, un atisbo de la génesis de una función intelectual surgida del dinamismo de los impulsos instintivos primarios. El juicio es la evolución adecuada del proceso primitivo por el cual el yo incorporaba cosas en su interior o las expulsaba fuera de sí, de acuerdo al principio del placer. Su polarización parece corresponder a la antítesis de los dos grupos de instintos. La afirmación pertenece al Eros; la negación pertenece al instinto de destrucción. Con esta teoría de la negación armoniza perfectamente el hecho de que en el análisis no hallemos ningún «no» procedente de lo inconsciente. (Freud, 1938).

Retomemos nuestra indicación de que el yo infantil, liquida las exigencias pulsionales inconvenientes mediante la denominada represión. La completamos ahora con la nueva comprobación de que en la misma época de su vida, el yo se ve a menudo en la situación de rechazar una pretensión del mundo exterior que le resulta penosa, cosa que logra mediante la renegación de las percepciones que le informan de esa exigencia planteada por la realidad. Tales renegaciones son muy frecuentes. El rechazo siempre se complementa con una aceptación. Siempre se establecen dos posiciones antagónicas y mutuamente independientes, que dan por resultado una escisión del yo. El desenlace depende, de cuál de ambas posiciones logre alcanzar la mayor intensidad (Freud, 1938).

### 3.19. Sobre la Verwerfung.

La Verdrängung rechaza de la conciencia algún contenido pulsional hacia la interioridad del sujeto, su inconsciente, desde donde retornará y dará al síntoma neurótico, si lo rechazado era lo suficientemente importante para la vida y la constitución psíquica del sujeto. La Verwerfung rechaza la percepción externa e impide su acceso en la interioridad

del sujeto. Si lo rechazado es algo fundamental para la constitución psíquica del mismo, también se produce un retorno, como en lo reprimido, pero ahora no es desde la interioridad, sino desde el exterior, desde lo real (Lacan), en forma de alucinación, en forma de percepción delirante (Freud, 1995).

## 4. PSICOPATOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA.

En el libro de Freud "*Psicopatología de la vida cotidiana*" (1901). Los actos fallidos son los olvidos diarios (al hablar, al escribir o al recordar). Estos errores simbolizan actitudes y deseos inconscientes pues, en la psique no hay errores. (Appignanesi y Zárata, 2002).

### 4.1.El olvido de los nombres propios.

La ocasión que me indujo a considerar en profundidad este fenómeno del olvido temporario de nombres fue observar ciertos detalles que, si bien no se presentan en todos los casos, en algunos se disciernen con bastante nitidez (Freud, 1997): en estos últimos no sólo se produce un olvido, sino un recuerdo falso. En el empeño por recuperar un nombre así, que a uno se le va de la memoria, acuden a la conciencia otros, y estos, aunque discernidos enseguida como incorrectos, una y otra vez tornan a imponerse con gran tenacidad. El proceso destinado a reproducir el nombre que se busca se ha desplazado, llevando de tal suerte hasta un sustituto incorrecto. Pues bien, tal desplazamiento no es dejado al libre albedrío psíquico, sino que obedece a unas vías calculables y ajustadas a ley.

Las condiciones que los psicólogos suponen para la reproducción y el olvido, en ciertas relaciones y predisposiciones, no son contradichas por el esclarecimiento que antecede. Simplemente, agregamos un motivo a todos los factores admitidos de tiempo atrás, capaces de producir un olvido; y por otra parte aclaramos el mecanismo del recordar fallido. Son indispensables aquellas predisposiciones; ellas crean la posibilidad de que el elemento reprimido se apodere por vía asociativa del nombre buscado y lo arrastre consigo a la represión. Es verosímil, que un elemento sofocado se afane siempre por prevalecer en alguna otra parte, pero sólo alcance este resultado allí donde unas condiciones apropiadas lo solicitan.

Resumamos ahora las condiciones para el olvido de un nombre con recordar fallido: 1) cierta predisposición para su olvido; 2) un proceso de sofocación trascurrido poco antes, y 3) la posibilidad de establecer una asociación extrínseca entre el nombre en cuestión y el elemento antes sofocado. Es probable que no debamos exagerar esta última condición, pues posiblemente se cumpla en la mayoría de los casos, dado que los requisitos que debe cumplir la asociación son mínimos. Otro problema, es saber si tal asociación extrínseca puede ser, condición suficiente para que el elemento reprimido perturbe la reproducción del nombre que se busca, si no hace falta todavía un nexo más íntimo entre los dos temas.

Un segundo mecanismo del olvido, la perturbación de un pensamiento por una contradicción interna que proviene de lo reprimido. Las más de las veces no es muy cómodo comunicar tales análisis, pues, conducen siempre a cosas demasiado íntimas y penosas para el analizado. Lo común a todos estos casos, es que lo olvidado o desfigurado ha entrado en conexión, con un contenido inconsciente de pensamiento del cual parte el efecto que se hace visible como olvido. En el análisis del olvido de nombres, casi en todos ellos el nombre retenido guarda relación con un tema que toca de cerca a la persona y es capaz de producir afectos intensos, a menudo penosos.

El mecanismo del olvido de nombres consiste en que la reproducción intentada del nombre es perturbada por una secuencia de pensamientos ajena, y no consciente por el momento. Entre el nombre perturbado y el complejo perturbador hay un nexo preexistente, o se lo ha establecido por caminos que parecen artificiosos mediante asociaciones superficiales. Los complejos perturbadores más eficaces demuestran ser los de la referencia a sí propio. En general, se pueden distinguir dos casos principales de olvido de nombres: que el nombre mismo toque algo desagradable o que se conecte con otro que posee ese efecto, de suerte que unos nombres pueden ser perturbados en su reproducción por causa de ellos mismos o de sus vínculos asociativos más próximos o más distantes. Esto nos permite comprender que el olvido temporal de nombres propios se observe como la más frecuente de nuestras operaciones fallidas (Freud, 1997).

#### 4.2. Recuerdos de infancia y recuerdos encubridores.

Partir de un hecho llamativo: entre los más tempranos recuerdos de infancia de una persona, a menudo parecen haberse conservado los indiferentes y accesorios, en tanto que en la memoria del adulto no se encuentra huella alguna de impresiones importantes, muy intensas y plenas de afecto. Como es sabido que la memoria practica una selección entre las impresiones que se le ofrecen, podría insinuarse el supuesto de que tal selección se produce en la infancia siguiendo principios diversos de los que rigen en la época de la madurez intelectual. Los recuerdos indiferentes de la infancia deben su existencia a un proceso de desplazamiento; son el sustituto, de otras impresiones de efectiva sustantividad cuyo recuerdo se puede desarrollar a partir de ellos por medio de un análisis psíquico, pero cuya reproducción directa está estorbada por una resistencia. Puesto que deben su conservación, no a su contenido propio, sino a un vínculo asociativo de su contenido con otro, reprimido, tienen fundados títulos al nombre de *recuerdos encubridores*.

Lo esencial que la memoria cuida se sitúa aquí, detrás del recuerdo encubridor. Por último, que el recuerdo encubridor no se enlace con la impresión encubierta sólo por su contenido, sino también por su contigüidad en el tiempo; este sería el recuerdo encubridor simultáneo o contiguo. Se trata de unos desaciertos del recordar; la memoria no reproduce lo correcto, sino algo diverso como sustituto. El caso de formación de un recuerdo encubridor se basa en el olvido de otras impresiones, más importantes. En ambos casos, una sensación intelectual nos anuncia de que se ha entrometido una perturbación, sólo que lo hacen en forma diferente en cada uno de ellos. En el olvido de un nombre sabemos que los nombres sustitutivos son falsos; en cuanto a los recuerdos encubridores, nos asombramos de poseerlos.

Olvidamos cuán elevadas son las operaciones intelectuales y cuán complejas las mociones de sentimiento de que es capaz un niño a los cuatro años, y debería asombrarnos que la memoria de años posteriores por regla general guarde muy poco de aquellos procesos anímicos, tanto más cuanto que tenemos todas las razones para suponer que esas mismas operaciones olvidadas de la infancia no han resbalado por el desarrollo de la persona sin



dejar huellas; han ejercido un influjo de comando sobre todos los períodos posteriores. Entre los recuerdos de infancia conservados, algunos nos parecen perfectamente concebibles, y otros, extraños o ininteligibles. No es difícil rectificar algunos errores con respecto a ambas variedades. Si los recuerdos conservados de un hombre se someten al examen analítico, es fácil comprobar que no hay ninguna garantía de su corrección. Algunas de las imágenes mnémicas están con seguridad falseadas, son incompletas o fueron desplazadas en tiempo y espacio (Freud, 1997).

#### 4.3. El trabarse.

Si el material corriente de nuestro decir en la lengua materna parece a salvo de olvidos, tanto más frecuente es que su uso experimente otra perturbación, conocida como «trastrabarse». El trastrabarse observado en el hombre normal impresiona como el grado previo de las llamadas «parafasias», que sobrevienen bajo condiciones patológicas. Para explicar las variedades, Meringer sostiene que los sonidos de la lengua tienen diversas valencias psíquicas. Cuando inervamos el primer sonido de una palabra o la primera palabra de una oración, el proceso excitatorio apunta a los sonidos posteriores, y puesto que esas inervaciones son simultáneas unas junto con las otras, pueden llegar a ejercer un recíproco influjo modificador. La excitación del sonido de mayor intensidad psíquica lo hace resonar antes o lo prolonga, y así perturba el proceso inervatorio de valencia menor. Es preciso determinar, cuáles son los sonidos de mayor valencia en una palabra. Meringer sostiene: “Si se quiere saber a cuál sonido de una palabra corresponde la intensidad máxima, es preciso observarse uno mismo cuando busca una palabra olvidada, un nombre por ejemplo. Lo que primero regresa a la conciencia tuvo sin duda la mayor intensidad antes del olvido” (en Freud, 1997).

La perturbación del dicho, que se manifiesta como trastrabarse, puede ser causada, en primer lugar, por el influjo de otro componente del mismo dicho, por anticipación o prolongación del sonido; en segundo lugar, la perturbación podría, por unos influjos que vinieran de fuera de aquella palabra, aquella oración o aquel texto: de unos elementos que

no se intentaba declarar y de cuya excitación sólo se tiene noticia por la perturbación misma. Debemos averiguar entonces, si es lícito separar de manera neta estas dos clases de trastrabarse y cómo se podrían distinguir una de la otra. En este punto de la elucidación es preciso considerar las manifestaciones de Wundt, quien se ocupa también de los fenómenos del trastrabarse. Lo que nunca falta en estos fenómenos, ni en otros con ellos emparentados, son ciertos influjos psíquicos. “A estos pertenece, en primer lugar, como condición positiva, el flujo desinhibido de las asociaciones de sonidos y palabras, incitadas por los sonidos pronunciados. Y a él se suma, la ausencia o relajación de los efectos de la voluntad, inhibidores de ese fluir, que se reafirma en este punto como una función de la voluntad”.

Así, en las perturbaciones gruesas del habla y en otras más finas que aun pueden subsumirse en el trastrabarse, no es por el influjo de unos efectos de contacto entre los sonidos, sino el de unos pensamientos situados fuera de la intención del dicho, lo decisivo para la génesis del desliz y lo que permite iluminar la equivocación sobrevenida en el habla. No querría poner en duda las leyes según las cuales los sonidos ejercen efectos de alteración recíproca; mas no me parece que posean suficiente eficacia para perturbar por sí solas la pronunciación correcta del dicho.

#### 4.4. El desliz en la lectura y en la escritura.

Wundt aduce un fundamento digno de tomarse en cuenta para el hecho, de que cometemos más deslices al escribir que al hablar. “En el curso del habla normal, la función inhibidora de la voluntad se dirige de continuo a armonizar entre sí el discurrir de la representación y el movimiento articulatorio. Si el movimiento expresivo que sigue a las representaciones se viera retardado por causas mecánicas, como ocurre al escribir, en virtud de ello tales anticipaciones sobrevendrían con particular facilidad” (en Freud, 1997). La observación de las condiciones en que se produce el desliz en la lectura da motivo para una duda, porque puede convertirse en el punto de partida de una fructífera indagación. Es de todo conocido que al leer en voz alta la atención del lector escapa muy a menudo del texto y echa a andar

por pensamientos propios. No es raro que ese divagar de la atención le traiga por consecuencia no saber luego qué ha leído, si se lo interrumpe. Ya que ha leído automáticamente, aunque casi siempre lo haya hecho de manera correcta. En tales condiciones los errores de lectura se multipliquen de manera notable. Acerca de toda una serie de funciones solemos suponer que automáticamente es como se consuman con la máxima exactitud.

#### 4.5. Olvido de impresiones y designios.

Si alguien se inclinara a sobrestimar el estado de nuestro actual conocimiento sobre la vida anímica, bastaría, recordarle la función de la memoria. Ninguna teoría psicológica ha podido dar hasta ahora razón coherente sobre el fenómeno fundamental del recordar y olvidar; ni siquiera se ha abordado la disección completa de los hechos que se pueden observar. Cuando el estudio del sueño y de sucesos patológicos nos ha enseñado que también puede reaflorescer de pronto en la conciencia lo que estábamos olvidado desde hacía mucho tiempo, el olvidar se nos haya vuelto más enigmático que el recordar. Suponemos que el olvido es un proceso espontáneo al que se le puede atribuir cierto curso temporal. Ponemos de relieve que en el olvido se produce cierta selección entre las impresiones ofrecidas, lo mismo que entre los detalles de cada impresión o vivencia. Tenemos noticia sobre algunas de las condiciones para la persistencia en la memoria y la evocabilidad de lo que en otro caso se olvidaría. Sin embargo, en incontables ocasiones de la vida cotidiana observamos cuán incompleto e insatisfactorio es nuestro discernimiento. En todos los casos el olvido resultó fundado en un motivo de displacer.

#### 4.6. Olvido de impresiones y conocimientos.

Un caso de sonambulismo para querer evitar o evadir un evento, el olvido de los objetos en lugares inimaginables. También en personas sanas, no neuróticas, hallamos abundantes

indicios de que una fuerte resistencia se contrapone al recuerdo de impresiones penosas, a la representación de pensamientos penosos. Uno se ve precisado a hacer de este afán defensivo elemental contra representaciones que pueden despertar sensaciones displacenteras; sólo asimilable al reflejo de huida en caso de estímulos de dolor, uno de los pilares fundamentales del mecanismo que es el portador de los síntomas histéricos. Como principio del aparato anímico se deja colegir la estratificación, la edificación a partir de instancias que se superponen unas a otras, y es muy posible que aquel afán defensivo corresponda a una instancia psíquica inferior, y en cambio instancias superiores lo inhiban.

Vemos que mucho se olvida por sí mismo como tal; donde esto no es posible, la tendencia defensiva desplaza su meta y produce el olvido de otra cosa de menor sustantividad, que ha entrado en enlace asociativo con lo genuinamente chocante. El punto de vista que aquí desarrollamos, según el cual unos recuerdos penosos caen con particular facilidad en el olvido motivado, merecería aplicarse en muchos campos donde hasta hoy no se lo ha tenido en cuenta o se lo consideró sólo en mínima medida. En cambio, es de universal aceptación que debe tomarse en cuenta ese motivo en la génesis de las tradiciones y de la historia legendaria de los pueblos: lleva a borrar del recuerdo lo penoso para el sentimiento nacional.

#### 4.7. El olvido de designios.

Un designio es un impulso a la acción, uno que ya se aprobó pero cuya ejecución se desplazó para un momento más adecuado. En el intervalo que así le crea es muy posible que sobrevenga una alteración en los motivos, de modo tal que el designio no llegue a ejecutarse; pero en ese caso no es olvidado sino revisado y cancelado. En cuanto al olvido de designios, al que sucumbimos cotidianamente y en todas las situaciones posibles, no solemos explicarlo por un cambio nuevo en la ecuación de motivos, sino que por lo común lo dejamos inexplicado, para dar de él una explicación psicológica, suponemos que en el momento de la ejecución no estaba disponible la atención que la acción requiere, no

obstante ser ella condición indispensable para que el designio se formase y, en aquel momento estuvo disponible para esa misma acción. El designio sugerido dormita en la persona en cuestión hasta que se aproxima el momento de llevarlo a cabo. Es entonces cuando despierta y pulsiona hacía la acción.

Ningún ser humano, sin exponerse a la sospecha de perturbación mental, olvida ejecutar acciones que a él mismo le parecen importantes. Por ende, nuestra indagación sólo puede extenderse al olvido de designios más o menos triviales; a ningún designio podremos considerarlo del todo indiferente, pues en tal caso se lo habría formado. El olvido de designios es muy bien ilustrado, por algo que se podría llamar *formación de falsos designios* (Freud, 1997).

#### 4.8. El trastocar las cosas lo confundido.

Si las equivocaciones al hablar, que es por cierto una operación motriz, han admitido esa concepción, parece evidente que podemos transferir idéntica expectativa sobre las equivocaciones cometidas en nuestros demás desempeños motores. He formado aquí dos grupos de casos; a todos aquellos en que el efecto fallido, o sea, el no cumplimiento de la intención, los designios como *trastocar las cosas confundido*; y aquellos otros en que más bien la acción toda parece desacomodar con el fin, los llamo «acciones sintomáticas y contingentes». De igual manera, dejarse caer, dar un paso en falso, resbalar, no siempre se debe explicar como la falla casual de una acción motriz. El doble sentido que la lengua atribuye a estas expresiones indica la clase de fantasías retenidas que se pueden figurar mediante ese abandono del equilibrio corporal. El hecho de que unas acciones contingentes sean en verdad deliberadas es cosa que en ningún ámbito hallará más creencia que en el del hacer sexual, donde el límite entre ambas clases de acciones parece borrarse realmente. Un movimiento en apariencia torpe puede ser explotado con refinamiento extremo para fines sexuales.

Los efectos producidos por yerros de hombres normales son en general inofensivos. Por eso mismo reviste particular interés averiguar si unos yerros de grave alcance, que puedan ser acompañados por consecuencias sustantivas, se ajustan a nuestros puntos de vista en algún aspecto.

59

#### 4.9. Los errores.

Los errores de la memoria se distinguen del olvido con recordar fallido por un solo rasgo: en aquellos, el error no es discernido como tal, sino que recibe creencia. Hablamos de «errar», y no de «recordar falsamente», toda vez que en el material psíquico por reproducir se debe destacar el carácter de la realidad objetiva; se debe recordar algo diverso de un hecho de nuestra propia vida psíquica, y más bien algo que puede ser corroborado o refutado mediante el recuerdo de los demás. Lo opuesto al error de memoria es la ignorancia.

El mecanismo del error parece el más laxo entre todas las operaciones fallidas; la ocurrencia del error indica en todos los casos que la actividad anímica en cuestión tuvo que luchar con algún influjo perturbador, pero ello sin que la cualidad misma del error esté determinada por la cualidad de la idea perturbadora que permaneció en la sombra. Siempre que cometemos un desliz en el habla o en la escritura tenemos derecho a inferir una perturbación debida a procesos anímicos situados fuera de la intención; pero es preciso admitir que a menudo aquellos obedecen a las leyes de la semejanza, sin que el perturbador haya conseguido instalar un fragmento de su propio carácter en la equivocación resultante a raíz de aquel desliz (Freud, 1997).

## 5. EL CHISTE Y SU RELACIÓN CON EL INCONSCIENTE.

Según Lipps (Freud, 2004), el chiste es «la comicidad privativamente subjetiva»; aquella comicidad «que nosotros hacemos surgir, que reside en nuestros actos como tales, y con respecto a la cual nuestra posición es la del sujeto que se halla por encima de ella y nunca la de objeto, ni siquiera voluntario». Se denomina chiste «todo aquello que hábil y conscientemente hace surgir la comicidad, sea de la idea o de la situación».

Para Lipps es la actividad, la conducta activa del sujeto, el carácter que distingue al chiste dentro de lo cómico, mientras que Fischer caracteriza el chiste por la relación a su objeto, debiendo considerarse como tal todo lo feo que en nuestro mundo intelectual se oculta. La verdad de estas definiciones escapa a toda comprobación, considerándolas, aisladas del contexto al que pertenecen.

Entre todos los intentos que K. Fischer hace de fijar el concepto del chiste, el que más le satisface es el siguiente: «El chiste es un juicio juguetón». “la libertad estética consiste en la observación juguetona de las cosas”. En otro lugar caracteriza Fischer la conducta estética ante un objeto por la condición de que no demandamos nada de él; no le pedimos, una satisfacción de nuestras necesidades, sino que nos contentamos con el goce que nos proporciona su contemplación. «La libertad produce el chiste, y el chiste es un simple juego con ideas» (Freud, 2004).

Juan Pablo expresó chistosamente este mismo pensamiento: «El chiste es el cura disfrazado que desposa a toda pareja», frase que continuó Vischer, añadiendo: «Y con preferencia a aquellas cuyo matrimonio no quieren tolerar sus familias». Por tanto, define el chiste, como la habilidad de ligar con sorprendente rapidez, y formando una unidad, varias representaciones, que por su valor intrínseco y por el nexo a que pertenecen son totalmente extrañas unas a otras. K. Fischer observa que en una gran cantidad de juicios curiosos no hallamos analogías, sino, diferencias, y Lipps, hace resaltar el hecho de que todas estas definiciones se refieren a la cualidad propia del sujeto chistoso; pero no al chiste mismo, fruto de dicha cualidad.

Lo que en un momento hemos aceptado como sensato se nos muestra inmediatamente falto de todo sentido. Tal es la esencia, del proceso cómico. «Un dicho nos parece chistoso cuando le atribuimos una significación con necesidad psicológica y en el acto de atribuírsela tenemos que negársela. El concepto de tal significación puede fijarse de diversos modos. Prestamos a un dicho un sentido y sabemos que lógicamente no puede corresponderle. Encontramos en él una verdad, ciñéndonos a las leyes de la experiencia o a los hábitos generales de nuestro pensamiento, nos es imposible reconocer en él. Le concedemos una consecuencia lógica o práctica que sobrepasa su verdadero contenido, y negamos enseguida tal consecuencia en cuanto examinamos la constitución del dicho en sí.

Aparece otra singularidad del chiste. «La brevedad es el cuerpo y el espíritu de todo chiste, y hasta podríamos decir que es lo que precisamente lo constituye», escribe Juan Pablo, «Como la brevedad es el alma del ingenio, y la prolijidad, su cuerpo y ornato exterior, he de ser muy breve». La descripción que de la brevedad del chiste hace Lipps: «El chiste dice lo que ha de decir; no siempre en pocas palabras, pero sí en menos de las necesarias; esto es, en palabras que conforme a una estricta lógica o a la corriente manera de pensar y expresarse no son las suficientes. Por último, puede también decir todo lo que se propone silenciándolo totalmente».

Fáltanos totalmente el conocimiento de la natural conexión de las determinantes aisladas y de la relación que la brevedad del chiste pueda tener con su carácter de juicio juguetón. Tampoco sabemos si el chiste debe, llenar todas las condiciones expuestas o sólo algunas de ellas, y en este caso cuáles son las imprescindibles y cuáles las que pueden ser sustituidas por otras. La clasificación hecha hasta ahora se basa, en los medios técnicos, y en el empleo del chiste en el discurso oral. También hay que tener en cuenta el singular y casi fascinador encanto que el chiste posee en nuestra sociedad. Un nuevo chiste se considera casi como un acontecimiento de interés general y pasa de boca en boca como la noticia de una reciente victoria.

Todo hombre tiene también su trasero moral, que no enseña sin necesidad, y que cubre, con los calzones de la buena educación. El *trasero moral* es la singular asociación que aparece



como resultado de la labor comparativa. Se agrega una continuación de la metáfora con un juego de palabras y una segunda unión todavía más extraordinaria, que quizá es chistosa por sí misma. No puede entonces maravillarnos recibir de la totalidad la impresión de una muy chistosa comparación, y comenzamos a darnos cuenta de que tendemos generalmente a extender, el carácter que sólo corresponde a una parte de la misma.

Podemos convencernos de que hemos llegado a conocer los frecuentes y esenciales medios de la elaboración del chiste y, lo suficientes para formarnos un juicio sobre la naturaleza de este proceso psíquico. Los interesantes procesos de la condensación con formación de sustitutos, que se nos han revelado como el nódulo de la técnica del chiste verbal, nos orientaron hacia la formación de los sueños. Igual orientación nos marcan también las técnicas del chiste intelectual: desplazamiento, errores intelectuales, contrasentido, representación indirecta y representación antinómica, que, retornan en la técnica de la elaboración de los sueños.

El chiste tiene unas veces en sí mismo su fin y no se halla al servicio de intención determinada alguna; otra, se pone al servicio de tal intención, convirtiéndose en tendencioso. Sólo aquellos chistes que poseen una tendencia corren peligro de tropezar con personas para las que sea desagradable escucharlos.

Quizás se haya formado la idea de que los chistes inocentes son generalmente verbales, mientras que la técnica de los chistes intelectuales es puesta casi siempre al servicio de marcadas tendencias; así como existen chistes inocentes que utilizan el juego de palabras y la similitud, hay otros, que se sirven de todos los medios del chiste intelectual. Con análoga facilidad cabe demostrar que el chiste tendencioso puede muy bien ser, puramente verbal. Así, aquellos chistes que juegan con los nombres propios suelen ser frecuentemente de naturaleza ofensiva, siendo, exclusivamente verbales.

Un dicho *verde*; es, la acentuación intencionada, por medio de la expresión verbal, de hechos o circunstancias sexuales. Es preciso, que éste vaya dirigido a una persona determinada, que nos excita sexualmente, y que por medio de él se da cuenta de la

excitación del que lo profiere, quedando en unos casos contagiados, y en otros, avergonzada o confusa. El dicho *verde* se dirigía, tan sólo a la mujer y suponía un intento de seducción. Aquel que ríe del dicho referido, ríe como el espectador de una agresión sexual. El contenido sexual comprende algo más de lo privativo de cada sexo; comprende también aquello que, se considera como pudendo, o sea todo lo relativo a los excrementos. Más éste es precisamente el alcance que lo sexual tiene en la vida infantil. El dicho *verde* es como un desnudamiento de la persona de diferente sexo a la cual va dirigido. Con sus palabras obscenas obliga a la persona atacada a representarse la parte del cuerpo o el acto a que las mismas corresponden y le hace ver que el atacante se las representa ya.

La tendencia a contemplar despojado de todo velo aquello que caracteriza a cada sexo es uno de los componentes primitivos de nuestra libido. Probablemente constituye en sí mismo una sustitución obligada del placer, de tocar lo sexual. La libido visual o táctil es en todo individuo de dos clases: activa y pasiva, masculina y femenina, y se desarrolla según cuál de estos dos caracteres sexuales adquiera la supremacía predominantemente en uno u otro sentido.

Es singular que este tiroteo de procacidades sea cosa tan amada por el pueblo, hasta el punto de constituir algo que no deja nunca de formar parte integrante de sus regocijos. Mas también es digno de tenerse en cuenta que en esta complicada manifestación, que lleva en sí tantos caracteres de chiste tendencioso. Expresar la plena desnudez produce placer al primero y hace reír al tercero. Sólo cuando llegamos a un más alto grado social se agrega la condición formal del chiste. La procacidad no es ya tolerada más que siendo chistosa. El medio técnico de que generalmente se sirve es la alusión; la sustitución por una minucia o por algo lejano que el oyente recoge para reconstruir con ello la obscenidad plena y directa. Cuanto mayor es la heterogeneidad entre lo directamente expresado en la frase procaz y lo sugerido necesariamente por ello en el oyente, tanto más sutil será el chiste y tanto mayores sus posibilidades de acceso a la buena sociedad. A más de la alusión, grosera o sutil, dispone la procacidad de todos los demás medios del chiste verbal o intelectual.

### 5.1.La técnica del chiste.

El resultado de la condensación es, una considerable abreviación y, en lugar de una singular formación verbal mixta, es una infiltración de los elementos constitutivos de ambos componentes. Desde luego con el de la brevedad, a la que Juan Pablo califica de alma del chiste. La brevedad no es en sí chistosa. Además tiene que ser de una especial naturaleza. Recordamos que Lipps ha intentado describir detalladamente la peculiaridad de la abreviación chistosa. La brevedad del chiste es con frecuencia el resultado de un proceso especial que en la expresión verbal del mismo ha dejado una segunda huella: la formación sustitutiva. Empleando el procedimiento de reducción, que intenta recorrer en sentido inverso el camino seguido por el proceso de condensación, hallamos también que el chiste depende tan sólo de la expresión verbal resultante del proceso de condensación (Freud, 2004)

El múltiple empleo de la misma palabra, íntegra primero y dividido por sílabas, ha sido el primer caso de una técnica en la que no aparece el proceso de condensación. Tenemos, que ver que la nueva técnica no puede limitarse a este único medio. Existe seguramente una gran cantidad, de posibilidades de dar en una frase a la misma palabra o al mismo material verbal más de un empleo. Puede, tomarse dos veces el mismo material alterando solamente su orden. Cuanto menor sea la alteración y antes se experimente la impresión de que se han dicho cosas distintas con las mismas palabras, tanto más excelente será el chiste por lo que a la técnica se refiere.

Las palabras constituyen un material plástico de una gran maleabilidad. Existen algunas que llegan a perder totalmente su primitiva significación cuando se emplean en un determinado contexto. También existen palabras que pueden ser empleadas en más de un sentido. De dos diferentes derivados de la misma raíz puede haberse desarrollado uno hasta formar una palabra llena de significación, y, no constituir más que un afijo, y conservar ambas, idéntico sonido. La identidad del sonido entre una palabra plenamente significativa una sílaba vacía de sentido puede también ser casual.

El pensamiento expresado en la frase carece de todo valor. Asimismo resulta imposible hallar un contraste de representaciones y sólo con gran esfuerzo puede sospecharse un contraste entre las palabras y lo que significan. No podemos hablar tampoco de contracción. Sin embargo, constituye un excelente chiste. Su única singularidad es, aquel carácter cuya desaparición traería consigo la del chiste; el hecho de hallarse empleadas las mismas palabras en diferente forma. Podremos entonces escoger entre agregar este chiste a aquella subdivisión en la que las palabras son empleadas una vez completas y otras divididas, o aquella otra en la que la diversidad queda constituida por la posesión o carencia de sentido de partes de las palabras. Se constituye aquí una singular conexión, una especie de unificación por el hecho de que los celos quedan definidos por su nombre propio. También esto constituye, una técnica del chiste. Tales dos factores tienen, que ser suficientes para dar a una expresión verbal el buscado carácter chistoso.

Los casos de múltiple empleo que por su doble sentido pueden reunirse para formar un tercer grupo se dejan fácilmente incluir en subdivisiones. De este modo tendremos: a) Los casos de doble sentido de un nombre propio y su significado objetivo. b) El doble sentido de la significación objetiva y metafórica de una palabra, el cual es una generosa fuente de la técnica del chiste. c) El doble sentido propiamente dicho, que es, el caso ideal del múltiple empleo; la palabra no sufre aquí la menor violencia; no es dividida por sílabas ni sometida a modificación ninguna (Freud, 2004).

Hemos llegado a conocer ya tantas y diversas técnicas del chiste. Tratemos entonces de resumirlas: I. Condensación: a) con formación de palabras mixtas; b) con modificaciones. II. Empleo múltiple de un mismo material: c) total y fragmentariamente; d) con variación del orden; e) con ligeras modificaciones; f) con las mismas palabras, con o sin sentido. III. Doble sentido: g) significando tanto un nombre como una cosa; h) significación metafórica y literal; i) doble sentido propiamente dicho; j) equívoco; k) doble sentido con alusión.

El juego de palabras no es más que una condensación sin formación de sustitutivo. De este modo permanece siendo la condensación la categoría superior. Una tendencia compresora o, economizante domina todas estas técnicas.

La *tendencia al ahorro* como el carácter general del chiste. Es, posible que toda técnica del chiste muestre la tendencia al ahorro en la expresión verbal; mas esta relación no es susceptible de ser invertida. No toda economía en la expresión verbal es chistosa. Tiene, que ser una clase especial de abreviación y de ahorro la que traiga consigo el carácter de chiste.

Influidos, por la escasa estimación que se les concede, no nos hemos ocupado hasta ahora de aquellos chistes que forman el grupo más numeroso y conocido. Los denominados *retruécanos*, que pasan por pertenecer a la clase más ínfima del chiste verbal por ser los que con mayor facilidad y menor gasto de ingenio se producen. En realidad, requiere escasísima técnica, en contraposición al juego de palabras que es el chiste, en el que la misma se hace más amplia y complicada. K. Fischer ha dedicado gran atención a esta clase de chistes. “El retruécano es un mal juego de palabras, pues no juega con ellas como tales, sino únicamente como sonidos”. En cambio, el juego de palabras «pasa desde el sonido de la palabra a la palabra misma». Así, el retruécano no es más que una subdivisión del grupo, que culmina en el juego de palabras propiamente dicho.

## 6. LA SOLEDAD DEL MEXICANO.

Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. Despertar a la historia significa adquirir conciencia de nuestra singularidad. Pero así como el adolescente no puede olvidarse de sí mismo nosotros no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos. No quiero decir que el mexicano sea por naturaleza crítico, sino que atraviesa una etapa reflexiva. Es natural que después de la fase explosiva de la Revolución, el mexicano se recoja en sí mismo y, por un momento, se contemple. Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía. Aunque tengan muchos años de vivir allí, usen la misma ropa, hablen el mismo idioma y sientan vergüenza de su origen, nadie los confundiría con los norteamericanos auténticos. Lo que parece distinguirlos del resto de la población es un aire furtivo e inquieto, de seres que se disfrazan de seres que temen la mirada ajena, capaz de desnudarlos y dejarlos en cueros. La existencia de un sentimiento de real o supuesta inferioridad frente al mundo podría explicar, parcialmente al menos, la reserva con que el mexicano se presenta ante los demás y la violencia inesperada con que las fuerzas reprimidas rompen esa máscara impasible. Pero más vasta y profunda que el sentimiento de inferioridad, yace la soledad. Es imposible identificar ambas actitudes: sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto. El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión sino la expresión de un hecho real: somos, de verdad, distintos. Y, de verdad, estamos solos (Paz, 1994).

Lizardi (2002). “Es imposible conocer a fondo el carácter de un hombre de mediana malicia, en lo público, porque posee con superioridad el arte de engañar al mundo entero, y lo practica con destreza. Es un lobo en lo privado, y parece en lo público un cordero; es en su interior un avaro, y parece entre los demás un Alejandro; es un ladrón, un impío y un hereje, en lo oculto, y en lo descubierto parece un arreglado, un santo y un católico”.

Entre cada ciento apenas hallamos un hombre completamente bueno, porque el que no es jugador, es borracho; el que no es borracho, es lascivo; el que no es lascivo, ladrón; el que no es ladrón, es deslenguado, o embustero, o calumniador; el que no es esto o aquello, es

cruel, el irreligioso; el que no es irreligioso, es usurero; el que no es usurero, es impío... en fin, el que no tiene un vicio tiene mil, y el que no tiene mil, tiene alguno; y como para ser mala una cosa basta con que tenga algún defecto, así como para que sea buena necesita serlo completamente, según aquello de lo bueno es en cada parte, lo malo por cualquier defecto, se asegura bastante mi opinión, esto es, que todos los hombres están dados a Barrabas según son de falsos y malvados.

Ver cómo se vale de los nombres de la verdad, justicia, integridad, y demás virtudes para solapar sus crímenes, El ladrón dice que la necesidad de cumplir con sus obligaciones lo incita al robo. El usurero que por hacer bien presta usura. El embustero dice que miente en obsequio de la paz. El vengativo dice que su rencor es castigo de la maldad. El soberbio dice que es íntegro. El libertino, que es corriente. El avaro, que es económico. El pródigo, que es liberal, y así todos. Siglos XVII y XIX 1815 (Lizardi, 2002).

Los mexicanos mienten por fantasía, por desesperación o para superar su vida sórdida; ellos no mienten, pero sustituyen la verdad verdadera, por una verdad social Nos emborrachamos para confesarnos; ellos para olvidarse. Son optimistas; nosotros nihilistas. Los mexicanos son desconfiados. Nosotros somos tristes y sarcásticos. Todo contacto contamina. La higiene social completa la del alma y la del cuerpo. En cambio los mexicanos, antiguos o modernos, creen en la comunión y en la fiesta; no hay salud sin contacto. El hombre no es solamente fruto de la historia y de las fuerzas que la mueven; tampoco la historia es el resultado de la sola voluntad humana. El hombre, no está en la historia: es la historia.

El hombre colabora activamente a la defensa del orden universal. Y cuando éste se derrumba debe crear uno nuevo, esta vez suyo. Pero el exilio, la expiación y la penitencia deben preceder a la reconciliación del hombre con el universo. Quien ha visto la esperanza, no la olvida. La busca bajo todos los cielos y entre todos los hombres. Y sueña que un día va a encontrarla de nuevo, no sabe dónde. En cada hombre late la posibilidad de ser o, de volver a ser, otro hombre.

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano aparece como un ser que encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y

la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también, de sí mismo.

El lenguaje popular refleja qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la hombría consiste en no *rajarse* nunca. Los que se *abren* son cobardes. Para nosotros, abrirse es una debilidad o una traición. El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y hostilidad del ambiente nos obligan a cerrarnos al exterior. Nuestra tarea con los otros hombres también están teñidas de recelo. Cada vez que el mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se abre, abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga su entrega. Por eso la confianza deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha (Paz, 1994).

Todas estas expresiones revelan que el mexicano considera la vida como lucha, concepción que no lo distingue del resto de los hombres modernos. El ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; acentuar el carácter defensivo, listos a repeler el ataque.

Simular es inventar o, aparentar y así, eludir nuestra condición. La disimulación exige mayor sutileza: el que disimula no representa, sino que quiere pasar inadvertido. El mexicano excede en el disimulo de sus pasiones y de sí mismo. Temeroso de la mirada ajena, se contrae, se reduce. No camina, se desliza; no propone, insinúa; no replica, rezonga; no se queja, sonrío; hasta cuando canta lo hace entre dientes y a media voz, disimulando su cantar. Por eso se disimula su propio existir hasta confundirse con los objetos que lo rodean. Y así, por miedo a las apariencias, se vuelve sólo. Aparenta ser otra cosa e incluso prefiere la apariencia de la muerte o del no ser antes que abrir su intimidad y cambiar. No sólo nos disimulamos a nosotros mismos y nos hacemos transparentes y fantasmales; también disimulamos la existencia de nuestros semejantes. Tanto de manera más definitiva y radical: los *ninguneamos*. El ninguneo es una operación que consiste en



hacer de Alguien, Ninguno. Por eso el *Ninguneador* también se ningunea; él es la omisión de Alguien. Y si todos somos Ninguno, no existe ninguno de nosotros.

El mexicano se esconde bajo muchas máscaras, que luego arroja un día de fiesta o de duelo. En una búsqueda por encontrar nuestra identidad, hemos retrocedido una y otra vez, para luego avanzar con más decisión hacia adelante. Y ahora, hemos llegado al límite: en unos cuantos años hemos agotado todas las formas históricas que poseía Europa. No nos queda sino la desnudez o la mentira. Pues tras este derrumbe general de la Razón y la Fe, de Dios y la utopía, no se levantan ya nuevos o viejos sistemas intelectuales, capaces de albergar nuestra angustia y tranquilizar nuestro desconcierto; frente a nosotros no hay nada. Como todos los hombres, vivimos el mundo de la violencia, de la simulación y del *ninguneo*. Si nos afrontamos esas máscaras, si nos abrimos, si, nos afrontamos, empezaremos a vivir y pensar de verdad. Nos aguardan una desnudez y un desamparo. Allí, en la soledad abierta, nos espera también la trascendencia: las manos de otros solitarios. La soledad, el sentirse y el saberse solo, desprendido del mundo y ajeno a sí mismo, no es característica exclusiva del mexicano. Todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos. Vivir, es separarnos del que fuimos para internarnos en el que vamos a ser. La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que siente solo y el único que es búsqueda de otro (Paz, 2002).

El hombre está capacitado para conocer la verdad y para amar, pero si lo amenaza una fuerza superior, si se lo amedrenta e imposibilita, entonces su mente se afectará y su actuación se deformará y se paralizará. Nuestro problema moral es la indiferencia del hombre consigo mismo. Radica en el hecho de que hemos perdido el sentido de significado y de la singularidad del individuo, que hemos hecho de nosotros mismos los instrumentos de propósitos ajenos a nosotros, que nos experimentamos y nos tratamos como mercancías y que nuestros propios poderes se han enajenado de nosotros.

## 7. LA ÉTICA HUMANISTA.

Sostiene que si el hombre está vivo, sabe lo que está permitido: y vivir realmente significa ser productivo; no emplear los propios poderes para uno mismo; dar un sentido a la propia existencia ser humano. Mientras el individuo siga creyendo que su ideal y su objeto se encuentran fuera de él, saldrá de sí mismo y buscará el cumplimiento de su misión donde no lo podrá hallar. Buscará soluciones y respuestas por doquier, excepto allí donde éstas pueden ser halladas: en sí mismo. Hoy en día se levantan con una frecuencia cada vez mayor voces proféticas que anuncian la perdición. La Edad Media no concluyo en el siglo XV y la Era Moderna no principio inmediatamente después. El fin y el comienzo implican un proceso cuya duración ha sido de más de cuatrocientos años, un tiempo muy breve ciertamente. Nuestra época es un fin y un principio fecundo en posibilidades. El amor, es indivisible en lo que se refiere la conexión entre objetos y el propio ser. El amor genuino es una expresión de productividad e implica cuidado, respeto, responsabilidad y conocimiento. No es un afecto en el sentido de estar afectado por alguien, sino un esfuerzo activo por el desarrollo y felicidad de la persona amada, arraigado en la propia capacidad de amar. Si un individuo es capaz de amar productivamente, también se ama a sí mismo, más si únicamente puede amar a otros, no puede amar a nadie (Fromm, 1953).

## 8. LA RISA EN EL ABISMO.

Hay quienes escriben sobre espejos, y quienes lo hacen en periódicos. Hay algunos que escriben para que sus palabras sean cinceladas en bronce o en piedra. Los hay también que escriben con espray consignas anónimas en las bardas. Unos marcan sus iniciales sobre el cemento fresco, otros, a la orilla del mar sobre la arena olvidadiza o en la corteza indeleble de los árboles. Incluso, quienes lo hacen sobre pizarrones con tizas o en servilletas con un bolígrafo prestado. Los lugares y los instrumentos de la escritura son casi infinitos: hasta el cielo sirve si se cuenta con un avión de chorro o con la amistad de los ángeles.

Y otro tanto ocurre con los motivos, aunque en principio se escriba para perdurar, para poner cimientos a la memoria, también se escribe para ser oído con los ojos. La intención es más variada que los temas: los temas son tan pocos: se puede escribir acerca de la muerte sin más finalidad que ganarse la vida o, de la vida, con el único fin de que nos metan un balazo. En esto de la intención abundan los moralistas, los que buscan con sus palabras convencer del puro o del contra de cualquier idea, y los samaritanos, los que aspiran a brindar al lector un rato de humanizaste esparcimiento. Unos lo hacen sólo para seducir, y otro, para sacudirse de una compañía molesta. Hay quienes escriben para matar el tiempo y quienes lo hacen para eternizar un instante. Cada escritor aspira a una meta distinta que varía en cada ocasión con cada escrito (Borbolla, 2004).

La misma variedad se dan en la forma de la escritura: unos son complejos, se ocultan como los pulpos tras la tinta, enturbian los significados, retuercen la sintaxis: vuelven la literatura un trabajo fatigante y, aunque en ocasiones es verdad que sólo así se alcanza lo que dicen. Son críticos por vocación, no dicen nada: hilvanan las palabras con tan poco encanto que sus historias son más predecibles que los diccionarios. Los complejos y los simples equidistan de los claros, a ambos les queda igual de lejos el milagro de la palabra que consigue rasgar el papel y tocar el mundo. Los claros son complejos sin oscuridad y simples como la atmosfera profunda: son sencillos como el abismo que nada oculta y sin embargo su fondo no se ve.

La escritura también se distingue por sus matices: el del oficio burocrático es una; en él campean la solemnidad y la prosa tullida de los lambiscones del lenguaje; la proclama

incendiaria es otro, allí se escribe desde la indignación, pues mientras más pasión se imprime a las frases, más rápido caducan y, cuando perduran, son el cadáver de un testimonio sociológico. Junto al tono pasional está el blandengue manierismo de los adjetivos: también aquí la pluma se conecta con la aorta, sólo que por las venas del escritor circula no el incendio social sino la pirotecnia de unos conflictos íntimos que el corazón bombea con aburrido esfuerzo. Hay muchas formas de escribir y muchos escritores en este inmenso mundo. En México, los escritores se dividen en dos grandes grupos: quienes escriben y quienes no escriben. Hay más miembros en el conjunto de los que no escriben que en el otro. Los que no escriben siendo escritores son todos aquellos que han escrito alguna vez, los que están esperando una nueva visita de la inspiración o, un ratito libre entregarse frenéticos a la confección de sus miles postergadas obra maestra.

Entre los escritores que no escriben se hallan también los que nunca han escrito, pero todos los días sueñan con hacerlo: son los negados, quienes ni matizándose son capaces de sacarse una línea. Éstos, aunque en efecto no se les lea ni el polvo, son escritores: se han ganado a pulso su inclusión, las han pagado con tantas frustraciones que bien merecen ser considerados o tratados con consideración. Los escritores que sí escriben se dividen a su vez en los que publican y los que no publican. Estos últimos son, la mayoría: andan por todos lados: talleres, escuelas, cantinas y palenques con su caja de cartón a cuestas; son quienes siempre vienen preparados y, por lo general, la vida injusta termina por pasarlos al bando de los que no escriben nunca más. Los escritores que sí publican se dividen nuevamente en dos bandos: los buenos y los malos y, aunque parezca chiste: quienes abundan son los malos. Es tan raro leer una obra que valga la pena: una obra maestra que respete al lector, que le diga algo que merezca ser oído y que se lo diga bien. Y finalmente, una última división en el subgrupito de los que sí escriben, sí publican y son buenos: los leídos y los no leídos, porque otra de las paradojas de este oficio es que aquí nada garantiza nada. En conclusión: los escritores mexicanos se dividen, se parten y se descuartizan en balde.

Con todo, la mayor parte de los escritores escriben a pesar y con el pesar de las formas en que se ganan la vida hasta la vida les gana y, en el mejor de los casos, los canonizan volviéndolos casa de cultura, glorita, camellón o parquecito (Borbolla, 2004).

## 9. LA PICARDÍA MEXICANA.

Hay una relación indudable, entre pícaro, picardía y picar. Al principio, se llamaba pícaro a quien se ocupaba en los menesteres y oficios que designa el verbo picar. Más tarde la palabra pasó al lenguaje de la delincuencia, como otras actividades menos honestas pero en las que también se picaba o se mordía. Si es pícaro el que pica, picotea, corta, hiere, muerde o irrita. Por una parte, es acción de pícaro; otra, un chiste, un cuento, un dibujo humorístico y satírico. El acto real y el acto simbólico: en un caso, se pica la piel o la bolsa ajena, en el otro, el pinchazo es imaginario. Si la picardía es imaginaria, su objeto no lo es. La agresión es simbólica; la realidad agredida, innominada, es perfectamente real. Precisamente porque todos hablan de aquello de lo que no debe hablarse, solo que lo hacen con un lenguaje cifrado alegórico. Colorados y los albures. La picardía es un territorio habitado por la alusión y la elusión. Todas esas figuras del lenguaje aluden invariablemente a una misma y única realidad; su tema es un secreto conocido por todos pero que no puede mencionarse con un nombre en público (Jiménez, 2008).

En el momento inicial la metáfora descubre una semejanza; inmediatamente después, la recubre, ya sea por que el primer término absorbe al segundo o a la inversa. De una y otra manera la semejanza se disipa y la oposición entre culo y cara reaparecen reforzada. Baudelaire lo descubrió mucho antes que Freud: la sonrisa y, lo cómico, son los estigmas del pecado original o, los atributos de nuestra humanidad, el resultado y el testimonio de nuestra violenta separación del mundo natural. La sonrisa es el signo de nuestra dualidad; si a veces nos burlamos diariamente de los otros es porque, somos siempre dos: el yo y el otro. La carcajada es semejante al espasmo físico y psicológico. Esta explosión es lo contrario de la sonrisa. La comicidad implica la distinción se borra o, se atenúa. La risotada no sólo suprime la dualidad sino que nos obliga a fundirnos con la risa general, con el gran estruendo fisiológico y cósmico del culo y el falo.

Saltamos del mundo de la dualidad, recogido por el principio de la realidad, al del mito de la unidad original. La risa loca no es únicamente una respuesta al principio de placer ni tampoco su reproducción, aunque sea ambas cosas: es la sublimación, la metáfora del placer. La carcajada es una síntesis entre el alma y el cuerpo, el yo y el otro. Y a su vez, la

carcajada es un regreso a un estado anterior; volvemos al mundo de la infancia, colectiva o individual, al mito y al juego. Vuelta a la unidad del principio, antes del tú y del yo, en un nosotros que abarca a todos los seres, las bestias y los elementos (Paz, 1969).

Desde que el hombre es hombre está expuesto a la agresión: a la de los otros y a la de sus propios instintos. En primer término, desde nuestro nacimiento y, desde que la especie se incorporó y adoptó la posición erecta. En este sentido nuestra condición no es histórica: la dialéctica de los principios de placer y de la realidad se despliega en una zona intocada por los cambios sociales. Hay, una diferencia: las sociedades antiguas elaboraron instituciones y métodos que, con mayor facilidad y con menos peligro para la especie que los de ahora, absorbían y transformaban los instintos agresores. Por una parte los mecanismos de simbolización: un sistema e imágenes colectivas; por otra, los ritos: la encarnación de esas imágenes en ceremonias y fiestas.

Contrasta la riqueza de las invenciones verbales de la Nueva Picardía Mexicana con la rusticidad del sistema ético subyacente en la mayoría de los cuentos y dichos. Supersticiones, prejuicios, inhibiciones. El machismo y sus consecuencias: la misoginia y el odio irracional a maricones. Esto último a despecho o, a causa de las raíces homosexuales de esa actitud hispanoamericana. En el fondo, nuestros machos odian a la mujer y envidian al invertido. Aquí sí hay lenguaje en movimiento: continua rotación de las palabras, insólitos juegos entre el sentido y el sonido, idioma en perpetua metamorfosis.

Otro punto es que el cuerpo es imaginario no por carecer de realidad sino por ser la realidad más real: imagen al fin palpable y, cambiante y condenado a la desaparición. Dominar el cuerpo es suprimir las imágenes que emite. Unos y otros se proponen acabar con el cuerpo, con sus imágenes y con sus pesadillas. Pues la realidad del cuerpo es una imagen en movimiento fijada por el deseo. Si el lenguaje es la forma más perfecta de la comunicación, la perfección del lenguaje no puede ser sino erótica e incluye a la muerte y al silencio. El silencio no es el fracaso sino el acabamiento, la culminación del lenguaje.

Ahora bien, el sexo es subversivo no sólo por ser espontáneo y anárquico sino por ser igualitario: carece de nombre y de clase. No tiene cara. No es individual: es genérico. El no tener cara el sexo es el origen de todas las metáforas y el origen de nuestra desdicha. El

sexo y el rostro están separados, uno abajo y otro arriba; el primero anda oculto por la ropa y el segundo descubierto. Esta separación que nos ha hecho seres humanos, nos condena al trabajo a la historia y a la construcción de sepulcros. También nos condena a inventar metáforas para suprimirla. El sexo y todas sus imágenes recuerdan que hubo un tiempo en que la cara estuvo cerca del suelo y de los órganos genitales. No había individuos y todos eran parte del todo. A la cara le parece insoportable ese recuerdo y por eso ríe (Jiménez, 2008).

Algunos continuadores de Freud, como Erich Fromm, subrayan la conexión, entre este último y el erotismo anal. O. Brown ha hecho una síntesis brillante de ambos descubrimientos y, ha mostrado que la visión excremental constituye la esencia simbólica y, jamás explícita, de la civilización moderna. Una pareja de signos que se funden y disocian alternativamente, regidos por la misma sintaxis simbolizante de otros signos: el agua y el fuego, lo abierto y lo cerrado, lo puntiagudo y lo redondo.

El erotismo anal es una fase infantil, de la sexualidad individual que corresponde, en la esfera de los mitos sociales a la edad de oro. Apenas si es necesario referirse a los juegos y fantasías infantiles en torno al excremento. Señalo que si el sol es vida y muerte, el excremento es muerte y vida. El primero nos da luz y calor, pero un exceso de sol nos mata: es vida que da muerte. El segundo es un desecho que es también abono natural: muerte que da vida. El excremento es el otro falo, el otro sol. Asimismo, es sol podrido, como el oro es luz congelada, sol materializado en lingotes constantes y sonantes. Guardar oro y retener el excremento es atesorar vida. Gastar el oro acumulado es esparcir vida. Transformar la muerte en vida. En el transcurso de la historia todas estas imágenes se volvieron más y más abstractas, a medida que aumentaba la sublimación de los instintos. Más y más sublimes: más represión. La cara se alejó del culo.

El estudio de estas lenguas golfas y tangenciales, es un mar sin orillas en el que los cautelosos sabios no querían nada, quizá por miedo a la sarna y otras contaminaciones, y tuvieron que ser los heroicos sabios paralelos a quienes, empezaran a desbrozar el camino tupido por todas las espinosas zarzas del prejuicio y el anestesiador afán de dejar que las cosas siguieran como iban, aunque fueran mal. El movedizo terreno en el que la lengua

empieza a florecer en viva y deleitosa literatura por Miguel Ángel Asturias (en Jiménez, 2005).

### 9.1. Los albuces de la vida.

La explicación sobre las ciudades es el espejo del tiempo. Se escribe el acontecer del ser y los seres. Son el transcurrir del pulso histórico. Hay actos humanos, sea en el camino del saber, del pensar, del soñar, que son indispensables en el espectro de la ciudad y el tiempo que allí se inscribe. Tal es el caso del psicoanálisis. Ya que, o solo surge del campo de la ciencia sino que es inconcebible sin la historia y la ciudad que lo vio nacer. Viena, la capital del imperio Austro-húngaro por Freud. Pero no fue la única. Otras tres ciudades para la instauración histórica del psicoanálisis en sus inicios son: Londres, Paris y Roma.

Es por ello que el tema central es pensar la cuestión del goce fálico desde dos dimensiones (El goce fálico y el goce Otro): un posible intento de *no ideología* y fuera del cuerpo (Morales, 2011). Se tomara el rumbo que tal vez parezca raro: la cuestión del albur.

El albur puede definirse como una competencia lenguajera dentro del campo de las referencias eróticas o como zancadillas verbales teñidas de alusiones sexuales. Se nombra el libro *Don Quijote de la Mancha, Picardía Mexicana* de Armando Jiménez, un libro de *Dichos y refranes de la picardía mexicana* por García Márquez, *Tumbaburro de la picardía mexicana* por Pablo Neruda, y la *Nueva picardía mexicana* por Octavio Paz.

El albur ha sido estudiado desde diversas perspectivas sociológicas, antropológicas, literarias, lingüísticas, filológicas y culturales. Ahora bien, Morales abarca la problemática del goce fálico, retomar los trabajos por Freud en *El chiste y su relación con el inconsciente*. Podemos señalar sus aportaciones: el chiste tiene como materialidad el lenguaje y, segundo, su espacio es el texto. Lo que hace la estructura del chiste no es el contenido sino la textura de su armazón, lo importante no es el contenido sino el modo de decirlo. Quien explica lo que quiso decir un chiste, lo mata. De hecho, lo chistoso del chiste es que no necesita explicación o que su mensaje es la forma como el lenguaje se burla del mensaje. El chiste es como un sueño que se presenta de día, es un sueño diurno. El sueño y



el chiste están armados desde las mismas vías del inconsciente. El sueño es a realización figurativa del deseo; el chiste también, pero termina en risa. El sueño es la puesta en juego de un deseo que se tramita en un texto, el chiste es un texto que pone en juego al deseo para tramitar una extraña alegría. El chiste juega con las palabras para burlarse de los obstáculos al deseo, es la realización de un recurso textual para librarse de la crítica. De allí el estallido de placer. El chiste disloca las censuras para producir risa. Si bien el chiste es la cara social del inconsciente. Además son la algarabía social del inconsciente pues incluyen al otro. El chiste es la llamarada de fiesta.

Pasando al albur, tienen también esta faceta significante. Tal vez como ningún otro retoño de la lengua, la evocación de la sexualidad vía metáfora y la movilidad significante encuentre tal lubricación de expresión. Invita a la lengua a que se pasee por las laderas de su filo para, hacer hablar al otro a través de los otros. Lo más picante del asunto es que no se trata de placer como en el chiste común, hay algo que inquieta, que incomoda, que hace que uno se ponga agresivo. Muchas veces el que se ríe es el testigo del duelo verbal. En todos estos juegos hay una agresión verbal que intenta penetrar al otro. No se trata de placer sino de goce. Se habla para no tocar. Es un duelo fálico, es una trifulca entre hombres y claro las mujeres también participan. Si se alburea a una mujer no hay juego sino agresión. El albur es un baile de palabras que sirve para hacer incisión en la tela del decir del otro. La desgracia temporal del vencido es del orden de lo simbólico, del discurso. No se busca someter al cuerpo del otro, sino de traspasar con la fuerza fálica del lenguaje. El discurso apunta a un goce, a un goce del habla. Es un duelo verbal donde la elegancia se mide con el manejo de la lengua. Un albur burdo es grosería, uno fino, flor de ocurrencia. Un especio que roza lo real precisamente por su relación con el goce, entre lo real y lo simbólico. Además evoca, convoca y hace aparecer no al placer sino al goce (Morales, 2011).

Lacan se refiere al goce a lo que le resulta intolerable al organismo. El 99% de las veces el goce es sentido como un sufrimiento intolerable. El goce es real, en la acepción lacaniana o sea, algo que está fuera de la simbolización y el sentido es constante y vuelve siempre al mismo lugar para provocar sufrimiento (Leader y Groves, 1995).

Bajo el lenguaje común por medio del cual todos nos entendemos, corren formas de expresión que son privativas de grupos reducidos de la sociedad. La más radical de esas formas es el caló, idioma profesional de un alegre y reprobable oficio: la delincuencia, y de quienes mantienen trato cercano con los hombres del vicio. Cuando el caló asciende de los bajos fondos a los labios de los estudiantes, obreros, empleados a funciones cinematográficas en las que se proyectan metáforas que ante los desapercibidos encubran las representaciones directas de las palabras. Eludir a la comprensión de los demás para actuar solapadamente contra las normas de la ley. Origen de de estas peculiaridades del lenguaje hablado son los oficios, pues con frecuencia los trabajadores llevan hacia esferas distintas las locuciones usuales en el recinto donde laboran. Con ello hacen extensivo a grupos más amplios lo que en cierta forma sólo debería practicarse entre los componentes del gremio.

Además de la jerga usada entre los compañeros, el pueblo emplea otras que disfrutan de mayor espacio de acción entre los demás estratos sociales. La carpa teatral en las ciudades, y ahora el cine nacional, ayudado a popularizar palabras o frases de sentido equívoco y oculto, que antes eran privilegio de la delincuencia. Los estudiantes acogen infinidad de expresiones, y por su conducto las más sorprendentes formas del lenguaje van a parar a las clases medias o las clases altas de la sociedad. Así perduran por lustros y a veces por lapsos prolongados hasta que son suplantadas lentamente por otras que las hacen caer en olvido (Ramos, 1951).

También gritan la lotería en las ferias populares, y en verso proliferan aforismos inscritos en las paredes de sitios más o menos discretos y apartados de la común circulación. La deformación de las palabras participa destacadamente en todos los casos. No resultaría exagerado decir que los mecanismos que preceden a la creación literaria son similares a los que impulsan las deformaciones. Unos y otros descubren nuevos campos propicios para singularizar las palabras. La diferencia estribaría en que, mientras la literatura *rescata* la realidad de las palabras, el uso intencionado del habla popular solamente *rehace*, dándole sentido equívoco, su significado. En el primer caso, opera una auténtica creación, y en el último ha de señalarse una transformación que actúa únicamente sobre la superficie del significado (Jiménez, 2005).

Debe aclararse que el lenguaje con frecuentes e innecesarias alusiones sexuales y escatológicas, en los centros urbanos, y particularmente en la Ciudad de México, en las clases económicas bajas, entre hombres, entre mujeres y entre hombres y mujeres (Uranga, 1949).

Mientras algunos psicoanalistas postulan que la agresividad es un instinto, como el impulso de matar y destruir, y por medio de él explican las crueldades contra los seres vivos y el arrasamiento de bienes materiales, o sea la guerra, otros estudiosos, consideran la agresividad como consecuencia de la frustración para conseguir la satisfacción de una necesidad emocional, biológica o social. La conducta agresiva puede ir desde estar siempre en guardia contra los demás hasta el homicidio, pasando por la ironía, la burla o el insulto, ya sea a las personas, a los grupos o instituciones.

Algunas razones por las cuales el mexicano está frustrado en sus necesidades básicas: mal comido, vestido y alojado. Pretender que las expresiones de picardía y agresividad como producto de la frustración son privativas del mexicano, sería ir muy lejos. Todos los pueblos, grandes y pequeños, poseen su talón de Aquiles, a la vez que una particular manera de compensar esa llaga o de ignorarla (Montemayor, 1955).

Lo mexicano en suma anda en donde quiera. Es un asunto que se preocupa, que estimula el estudio, el arte, la ciencia, la teoría y la conducta. Las transformaciones socioeconómicas y políticas que produjo ese movimiento: el crecimiento de sus privilegios, el espectáculo de un país que se industrializa, mecaniza su agricultura, embellece sus ciudades, construye carreteras, edita libros, gana campeonatos de boxeo, adquiere, una personalidad propia, son elementos suficientes para alegrar y dar seguridad a ciertas capas de la población que se consideran autoras de ese alentador proceso. He aquí a otro estereotipado y tipificado a partir del folklore nacional, la literatura, la leyenda la historia, la lingüística, la estadística. Lo que en un cierto ambiente colectivo, situado histórica y socialmente, convencida del progreso nacional y sintiéndose parte destacada de la personalidad del país; lo que es esa misma mentalidad, dominada ya por un cuadro de valores y convicciones supuestamente nacionalistas, encarna al estar en el extranjero en un patriotismo que se pretende racional; no es sino expresión ideológica de ciertas clases privilegiadas, aparece como una formulación ideal, proyectada en dimensiones universales y permanentes. La imagen

tipológica del mexicano que ha intentado darnos la filosofía, la psicología, la estadística y hasta la literatura, no es otra cosa que la traducción racionalizada, a que ha querido llegar nuestra burguesía de sombrero de charro, huaraches y chilaquiles (Gonzales, 1959).

Si hay una genuina picardía popular, alimentada constantemente por el ingenio anónimo, también existe una falta picardía de salón, escogida para jugar un papel social y darle textura democrática a la conciencia vergonzante del nuevo rico. En este nivel, la picardía se reduce a la caricatura de algo autentico que ha perdido su rigor y su fuerza folklórica. Lo mismo ha ocurrido la canción ranchera y al corrido: su ingreso en las fiestas y reuniones de sociedad, es el resultado de una pintoresca exaltación nacionalista de nuestra burguesía.

Hay todo un mundo de pensamientos, imágenes y expresiones, que concentran el humor satírico del pueblo, pero debemos cuidarnos de no confundirla con la inauténtica, adulterada que reviste en ciertos círculos sociales. La picardía es un fenómeno social no sólo porque es característica de las clases populares, sino por su índole dialéctica dentro de nuestra vida social. En este contexto, es un instrumento de defensa o de ataque. Claro que dentro de ella cabe el simple humor callejero y doméstico (el chiste procaz, el juego de palabras, el “albur”, la historia ingeniosa, la sátira inocua), pero en su forma más acabada, la picardía refleja la burla, la crítica, la desintegración valorativa de personas y situaciones. Por eso su cauce natural conduce frecuentemente a la política, en la imaginación burlesca del pueblo, adopta la configuración bien definida de grupos, personas y posturas. La picardía es, en el pueblo, una expresión de clase, un lenguaje en los ricos, es sólo un ropaje nacionalista y patriotero que, se ajusta cada vez menos a su verdadero carácter. Por eso la picardía, como otras formas nacionales de expresión, manifiesta claramente una polaridad social que no deben perder de vista quienes se desvelan por atrapar “los elementos constitutivos del mexicano” por Francisco López (en Jiménez, 2005).

Si el folklore y el idioma dependen de la tradición y son hechos sociales, habría que preguntar qué papel desempeña en ellos la creación, la originalidad. A primera vista, este papel es nulo. Si el folklore es en tantos aspectos distinto del de hace dos siglos, si la lengua que hablamos hoy en México difiere tanto de la usada en España en tiempo de los Reyes Católicos, es porque han intervenido, como imperceptibles moléculas, muchos pequeños actos creadores, muchas innovaciones originales, faroles que poco a poco han

alterado los matices y aun el fondo de la lengua. Gran parte de los temas y expresiones de la picardía mexicana son asimismo cosa mecánica, desnuda de intuiciones o vivencias. El hecho de que las expresiones del lenguaje picaresco no sean producto nuevo y original, de que las metáforas estén sobadas y deslucidas no les quita por completo su sentido y esta intención se han trasladado de la esfera individual a la esfera colectiva. El material lingüístico puede ser una clave para el conocimiento profundo del individuo y de la sociedad.

Pero en nuestros alburas se llega a más: quien los dice se ofrece, de la mejor gana del mundo, a poner cuanto esté de su parte para remachar físicamente la inferioridad sexual del otro. Lo notable es que ese otro no es a menudo un adversario o un tipo que cae mal, sino, por el contrario un amigo. El que alardea verbalmente de sodomía activa no demuestra ser muy macho que digamos, lo cual está en flagrante contradicción con uno de nuestros mitos más ilustres, el machismo del mexicano. Recordando a Octavio Paz, sobre *El laberinto de la soledad*, menciona el albur. *“Es significativo que el homosexualismo masculino sea considerado con cierta indulgencia, por lo que toca al agente activo... El juego de los alburas transparente esta ambigua concepción. Cada uno de los interlocutores, a través de trampas verbales y de ingeniosas combinaciones lingüísticas, procura anonadar a su adversario; el vencido es el que no puede contestar, el que se traga las palabras de su enemigo”*. Ese homosexualismo masculino activo merece atención detenida y una autoridad y global explicación.

Los alburas pueden ser objeto de muchos comentarios jugosos: se puede ponderar su ingenio, explicar sus metáforas, analizar sus procedimientos lingüísticos, o tomarlos como prueba de una sonriente tolerancia social hacia la sodomía activa. Pero, acaban por imponerse también como síntoma de una enfermedad, de un mal que exige remedio (Alatorre, 1955).

El psicoanálisis ha llegado a postular algunos conceptos básicos fuera de toda discusión, a través de su práctica con las manifestaciones mentales del ser humano y de corroboraciones derivadas de cotejos experimentales. Estos conceptos vienen a ser herramientas de trabajo para apreciar el significado de cualquier expresión cultural, la picardía en este caso.

*El ser humano no es una entidad independiente en el tiempo, sino anclada al pasado e influida por él. La actitud que la cultura pudo tener con respecto a este pasado histórico puede ser de rebeldía a él, de sometimiento, de necesidad, de modificación y reparación o, de reivindicación. La fórmula con la cual un grupo cultural supera sus conflictos con el pasado y sus objetos, es el resultado de una ecuación estrictamente específica. Ante todo psicoanalista de la cultura se encuentran planteadas consecuencias en que están presentes inhibiciones, síntomas, conflictos, ansiedades, sentimientos de culpa, etc.*

Cuando una persona se expresa o una cultura se patentiza encontramos habitualmente dos tipos de comunicación. Uno, sujeto a las leyes del pensamiento lógico, de la ordenación, del rigorismo al que llamamos aspecto manifiesto de la comunicación. El otro, obediente de las leyes de tipo analógico, en las que predomina la falta de síntesis, la ausencia de causalidad, la ordenación por asonancia; es al que llamamos aspecto latente de la comunicación. Existen muchos hechos en los cuales tiende a prevalecer una forma de comunicación sobre la otra: el sueño, el acto fallido, la expresión psicopatológica y el chiste; en ellos predominan aspectos latentes de la comunicación.

En su vida consciente, el mexicano habitualmente es parco, discreto, balanceado. La agresión, el temor, los deseos inconscientes tan sólo emergen cuando las barreras defensivas se debilitan por el alcohol, o en forma transitoria a través de esa irrupción ante la cual el sujeto y los que lo rodean se recrean: el chiste, la frase de doble sentido, el albur.

Parece como que en todo dialogo íntimo o entre quienes no tienen las barreras de la educación, inevitablemente estuviese presente el desafío y el duelo, así como el temor de un ataque homosexual. En una u otra forma el contenido latente de las picardías indica preocupación constante de ser vejado, inseguridad de conservar las características valiosas de la masculinidad; reactivamente alarde compulsivo a través del cual se trata de obtener todo aquello que define al hombre. La necesidad de poseer una masculinidad importante a través de la cual se pueda chingar sin ser chingado, invade toda la atmosfera de la picaresca. En otra ocasión hemos señalado que en el inconsciente del mexicano se equipara lo indígena con lo femenino, y lo hispánico con lo masculino. Esta ecuación invade todas las formas de expresión cultural de la vida cotidiana. Ante el temor de parecernos a la

mujer, con respecto a la cual estuvimos cercanos en nuestra infancia, hacemos alarde del masculino distante, prototipo del padre mexicano.

Existe un sentimiento interior de debilidad, de pobreza; la manera de protegernos de él es hacer alarde y jactancia de nuestra miseria, atacar para no ser atacados, frecuentemente con alusiones sexuales:

“Con una copa se entona Don José Boquitas de la Corona.”

“Siéntese usted, le suplico, donde descansa el perico.”

“Con esa mano, dona Marcela, hágame un desprecio, aunque me duela.”

En esas frases un alarde masculino, pero abajo de él, se percibe depresión, debilidad. El tono es un intento desesperado, como en los letreros de camiones, de adquirir valor y fuerza. Somos tímidos, recelosos de no haber incorporado suficiente padre; sin embargo expresamos: “A que no me pasas... a tu hermana”; “la vida es un camote, agarre su derecha”; “Señorita, pida su parada, el chofer se la dará con gusto”.

Por otra parte, la imagen de la mujer es devaluada en los diálogos; en los parecidos, es la hendida, la ultrajada, la *chingada*. El mexicano es mofa de ella. En un picaresca expone temor de entablar relación; parece que no existe sino la posibilidad de herir o ser herido, de *pendejar* o ser *pendejo*. Lo tonto, lo siniestro, lo indio son femeninos, pueden ser conquistados, al menos descuido, abruptamente, por los vivos, por los muertos, en el cementerio, a todo paso. Ni el afán por encontrarnos hay un mexicano en busca de filiación, de identidad, lleno de contradicciones y afirmaciones, motivo de orgullo y de desprecio, de ternura y de hostilidad; la antítesis es nuestro signo.

Tal aspecto del mexicano, en apariencia fácil de conocer, es sumamente complejo y requiere prolongados estudios que hasta la fecha se han ejecutado en forma superficial solamente, quizá por falta de textos de consulta. En lo sucesivo será imposible iniciar o profundizar el estudio de nuestro pueblo sin tener en la biblioteca, sobre la mesa de trabajo, la *Picardía mexicana* (Ramírez, 1959).

Pongamos por caso que alguien diga ano, se contesta: Préstame atención. Cabeza: Me ve Sara. Capote: Baja la voz. Chamaco: Agosto es lluvioso. Chaqueta: Hazme un servicio. Chicharrón: Muevo a compasión. Chile: Me agarras desprevenido. Chiquito: ¡Mande usted! Flaco: Déjame solo. Frijoles: De Apizaco son los mejores. Garrote: Me tuigo. Hermana: Pásame las pinzas. Huevos: Arañas, las de la troje. Jocoqui: ¡Eh!, chocante. Leche: Ya Matías vendió el expendio. Madre: Jalisco es tierra de valientes. Mecos: ¡Ah, viento el de Pachuca! Mofle: ¿Cómo dices? Nabo: Siéntese, por favor. Paja: Me haces gracia. Panzón: Te dejo contento. Petacas: Ta' lloviendo. Pito: Me torcí un pie. Plátano: De Omestusco. Quinto: Rompo la amistad. Rosca: Te abro una cuenta en el banco. Sebo: Me quitas por lo que te debo. Tamales: Me avientan y me dan agruras. Viento: A flojo nadie me gana. Violín: Te pinto un cuadro (Jiménez, 2005).

Picardía mexicana: El albur y el chiste, los dichos y refranes, el lenguaje coloquial y los grafitos en dibujos y letreros, los epítetos por Armando Jiménez. Se valen de metáforas y moralejas y frecuentemente aluden al contenido sexual y a la opresión política. En 1960 aparece su primera publicación, donde se derribaron tabús y prohibiciones de la primera mitad del siglo XX. Sobretudo creció el respeto a los modos de expresión de la clase trabajadora y la barriada. Para lograr un entendimiento más franco de México y lo mexicano, se presenta una recopilación de diversas fuentes, algunos refranes, albures y rimas de la picardía mexicana.

## 9.2. El piropo: Psicoanálisis y lenguaje.

El piropo supone que el piropeador no aspira a retener a esa mujer y, si existe un mensaje erótico, al mismo tiempo, un desinterés que hace del piropo, una actividad estética. En el fondo, el piropo marca el corte entre el decir y el hacer. Entonces el piropo logrado es una agudeza, reside en una cierta forma de incongruencia. Para esto es necesario, que el mensajero no figure en una forma fija. La agudeza implica cierta infracción y, la falta del piropo es redoblada por el hecho de que también es una infracción al código de la decencia, es necesario, que el otro a quien se dirige quiera reír o sonreír. Lo que es interesante en el piropo, es que designa siempre aquello de que se trata. No opera mediante una referencia



directa a la relación sexual. Por el contrario, apunta a elementos subalternos. Es esto el creador de significación (Miller, 1986).

En el piropo, hay un juego que por un lado implica el tesoro, el tesoro de las ideas aceptadas y de las expresiones aceptadas en la lengua, y la infracción en la que se coloca el sujeto respecto a este Otro, del lenguaje, cuyo aval pide al mismo tiempo. Comprobamos que el hombre arrebasado por su agudeza, en ese lapsus el sujeto es rebasado por su creación. En este sentido Lacan puede decir que, en la comunicación humana, es el receptor quien envía el mensaje quien luego lo emitirá. Hablar al otro no implica en modo alguno saber lo que se dice. Es sólo el Otro quien puede enseñarnoslo, y por eso nos hablamos unos a otros. No siempre para comunicarnos informaciones esenciales, sino para aprender del Otro quienes somos.

Otro punto es sobre el sujeto quien habla pero no es el amo y señor de lo que dice. En cuanto habla, en cuanto piensa que utiliza la lengua, en realidad es la lengua quien lo utiliza a él, en cuanto habla siempre dice más de lo que quiere, y, dice siempre otra cosa. Es por ello que la metáfora y la metonimia no dejan de entrecruzarse en el discurso y cuando hablamos somos siempre llevados más allá de nosotros mismos. Sería bueno darse cuenta que el hombre es un ser hablante. Hay que dar un paso más y darse cuenta que el hombre es también un ser hablado.

Emile Borel, decía: Los pretendidos sistemas enteramente lógicos descansan siempre sobre el postulado de la existencia de la lengua vulgar. Ese lenguaje común a millones de hombres y con el cual se entienden más o menos entre sí. Ese lenguaje común nos es dado como un hecho que implicaría un gran número de círculos viciosos si hubiera que crearlo exnihilo.

El psicoanálisis no promete ninguna armonía, no promete ningún logro, ningún éxito, no promete colmar una falta, una carencia, que por el contrario está en la estructura. Por eso el piropo, a través de sus mayores elogios, es también una agresión redundante en ocasiones. Por eso puede formularse como una ofensa y por eso entre el elogio y la ofensa hay una zona indecisa. (Miller, 1986).

La alusión de los piropos es la representación del gusto del mexicano por la adulación físico-erótica a la mujer o al hombre dado el caso. Para darle entender al receptor, que nos trae babeando las banquetas o querer poseerla por un tiempo, algunos son ligeros, mientras que otros suben su entonación:

- ¡Apachuuuuuuurroooooo!
- Bendita la tuerca del rin de la llanta del camión que trajo el cemento dónde estás parada... ¡Monumento!
- Con esas tortas y una Fanta, ¡hasta mi pajarito canta!
- ¿De qué juguetería te escapaste... muñeca?
- En esta noche tan fría, yo te ofrezco mi estufa, no tiene pilas ni cables, ¡pero igualmente se enchufa!
- ¿Jugamos a la basurita?...tú te tiras al suelo y yo te recojo
- ¿Qué comen los pajaritos...? ¡macita!
- Que curvas... ¡y yo sin frenos!
- Que harta carne y yo en vigilia.
- ¿Qué pasó en el cielo que se están cayendo los angelitos?
- ¡Quién fuera bizco, para verte dos veces!
- ¡Quien fuera reloj para ser dueño de tu tiempo!
- Quisiera ser Tarzán... ¡para perderme en esa jungla!
- ¡Mamacita, estás tan buena que te comería con todo y ropa...aunque pasara un mes cagando trapos!
- ¡Mira nomás, tanta carne y yo chimuelo!
- Morena color de llanta, ¡aquí está tu rin cromado!
- Mucho jamón para este par de huevitos.

- ¡No muevas tanto la cuna que se despierta el niño!
- ¡Reinita diosa del Olimpo!
- Si así estás de verde ¡¿cómo estarás de madura?!

Mostrare otros piropos entonados o “colorados”.

- ¡Bendito el clavo que ponche esa llanta!
- ¡Creo que se apellida merezco!
- ¡Con esa torta ya ni ‘chesco pido!
- ¡Tú pones la torta y yo embarro el aguacate!
- ¡En esa cola yo si me formo!
- ¡Epa! Si así está la cola ¡Cómo estará la película!
- Los ángeles no tendrán espalda ¡Pero qué cola, Dios mío!
- ¿Qué en-algotas ocasiones no nos habíamos visto?
- ¡Qué nalgaridad!
- ¿Qué tetas creyendo?
- ¡Oye chula! ¿Qué tu papá ya es grande?
- ¿Güera, güera, sí me muero quién te encuera? ¿Quién te lleva a la litera?
- ¿Tos qué, mi reina? ¡Vamos a mover el catre!
- ¡Te recojo en la esquina!
- ¡Si como las mueves las bates, que sabroso chocolate!

El tema no se agota, al contrario, crece y se enriquece. Surgida de la esencia del vivir de salones de baile, cabarets, cantinas, pulquerías, prostíbulos, hoteles de paso y hasta en autobuses, la picardía mexicana es una tradición viva que se ha perpetuado en el gusto de millones, dentro y fuera de las fronteras de nuestro país. Además de componerse de imágenes, la picardía mexicana, se conforma de los albures, ‘bombas’, ademanes groseros, anécdotas y canciones, escuchadas en todos los rincones del país (Carreño, 1916).

El albur, es una forma de expresión que recurre a acepciones sexuales para someter al otro, con lenguaje colorido y sagaz: si es hombre, generalmente recurriendo a la humillación, que cuestiona su hombría o virilidad, y si es mujer, aludiendo a un supuesto resultado de seducción total. El albur se considera hasta un pasatiempo y quienes gustan de practicarlo, deben contar con agilidad mental y cierto nivel de cultura general para saber responder con rapidez, fineza o rudeza pero con mucha perspicacia. Y claro, no todos los mexicanos son buenos prestidigitadores verbales, aunque es un juego divertido, mucha gente piensa dos veces lo que va a decir, para evitar ser albureado (Jiménez, 2005).

### 9.3. Albures, dichos y refranes (Fernández, 1942):

- A mí me la ve Sansón y me la peina Dalila.
- A mí no me la tizna ni el cura, ni en miércoles de ceniza.
- Un saludo desde la tierra del chorizo; les mando unos tramos en cajetillas para que se los repartan...
- A mí ya ni la flaca me pela ni el chico me pone atención.
- Ahí les van estos fierros hoy que es día de bautizo.
- Ahí se la ve... si todavía la tiene en el mismo lugar.

- Al chile pelón con suelas de hule vulcanizado.
- Al que obra mal se le pudre el cu...
- Al mal paso, darle Gerber.
- Aquí se rompió una jerga y usted se va para... pa' su casa...
- Atrás se pide pero por delante se despacha.
- Barriga llena, corazón ¿Qué hacemos?
- Como dijo aguado: te dejo.
- ¿Cómo te quedó el ojo? ¿Tirante o flojo?
- Donde pongo el ojo, pongo la vara.
- El que hambre tiene en pan piensa. (Y el que no, es que ya se lo comió...)
- El que lo mete, no cumple lo que promete.
- En mejores tepalcates he frito mi longaniza.
- Es muy duro darte gusto...
- Está bien que chinguen, pero a su madre... ¡Respétenla!
- Ha sido una sorpresa encontrar gente como ustedes en el fin de milenio.
- Palo dado... ¡adiós loquita!
- La que quiera azul celeste, que se acueste.
- La vergüenza y la doncellez se pierden sólo una vez.
- Más vale pájaro en mano que...siento mucho lo ocurrido.

- Más vale prevenir que bautizar.
- Más vale prevenir que la...mentársela.
- No hablen de nalgas porque me dan asco.
- No importa lo grueso, sino lo travieso.
- No soy de Alvarado sino de Jalapa, o sea 'jalaspito'.
- Nunca digas no, aunque te llenes de hijos.
- Si al cabo me lo has de dar, no me lo des a desear.
- Si sientes feo cuando me voy ¿Qué sientes cuando me vengo?
- Siento que el pito me huele agarras y el trasero atrapo.
- Te traigo un regarrote de cumpleaños.

Este es el gallito inglés,

Míralo con disimulo,

Quítale el pico y los pies

Y métetelo en el c...

#### 9.4.No es lo mismo...

Cuando una persona equivoca en la conversación el orden de las palabras, comete una falta llamado *lapsus linguae*, y que Freud y sus émulos explican con vocablos latinos, griegos, alemanes, y con otros inventados por ellos: *status nascendi*, diferencia de carga psíquica, *Einführung*, represión fallida, mecanismo de las psiconeurosis, gasto de coerción

ahorrado... Términos que sólo ellos comprenden, que producen más desconcierto que esclarecimiento. Entre nosotros, sin tantas complicaciones por las cosas de la vida, es común que quien cometió la equivocación rectifique o aclare el asunto con alguno de los siguientes dichos. *No es lo mismo* son las representaciones inversas de lo mexicano, una negación para dar otro significado (Torres, 1943):

- Anita siéntate en la hamaca, que siéntate en la macanita.
- Apalea un techo, que techarte un palo.
- Dormirse al instante, que dormirse en el acto.
- El Consulado General de Chile, que el General con su chile de lado.
- El pintor de la brocha gorda, que el pintor se abroche a la gorda.
- Emeterio, Zacarías, Saturnino y Guajardo; que meterlo, sacarlo, sacudirlo y guardarlo.
- Huele a traste, que atrás te huele.
- La Avenida Zaragoza, que Sara goza la venida.
- La papaya tapatía, que te tapes la papaya tía.
- Los montes de Tapachula, que tápate los montes chula.
- La cómoda de tu hermana, que acomódame a tu hermana.
- La hija del Rahjáh, que la raja de la hija.
- La verdura, que verla dura.
- La niña en el Canal de la Mancha, que la mancha en el canal de la niña.
- Lino pásame el remo, que pásame el remo lino.
- Montecarlo, que Carlos te monte.

- Palos en el monte, que montes en el palo.
- Ramona Cabrera, que cabrona ramera.
- Ramos tente el talego, que tente ramos el talego.
- Papas en chile, que chile en papas.
- Se avecina una tormenta, que me atormenta una vecina.
- Ser de Tula, que ser tuleño.
- Tener un hambre atroz, que tener un hombre atrás.
- Tú hermana en el jardín del Edén, que le den a tu hermana en el jardín.
- Un enchufe negro, que un negro te enchufe.
- Un metro de encaje negro, que un negro te lo encaje un metro.

#### 9.5. El patrimonio del mexicano.

La picardía adquirió la categoría de fenómeno social en México cuando se reconoció como una forma de expresión con génesis en las clases populares del país y además con la capacidad de extenderse a todas las esferas de la sociedad. Contribución y propiedad del pueblo como manifestación de su vitalidad colectiva, además de su referencia humorística sexual sirve para observar fenómenos económicos y sociales, utilizando alegorías que van de la parodia a la sátira y del elogio al juicio, recurriendo a la jerga vulgar, la grosería, el caló urbano, el albur (Del Rio, 1941).

“El albur es absolutamente mexicano: es la forma más ingeniosa de destrozarse la lengua de Cervantes. Sirve para divertir, para sacar la opresión... Tantos siglos de apretujado; el



mexicano de siempre, pobre, rotito, jodido...y toda esa opresión tiene que salir por alguna parte, porque si no, estaríamos llenos de gente loca. En el fondo, el mexicano se burla de sí mismo y de todos”. Chava Flores, autor e intérprete de sinnúmero de canciones que reflejan el humor y el folklore urbano de México, entre ellos “*Amor de lejos*”, “*El baile de Tejeringo*”, “*El chico temido del barrio*”, y “*Los frijoles de Anastasia*”, en antigua entrevista de la revista Proceso (Jiménez, 2005).

La popularidad de la picardía radica precisamente en su osadía, su atrevimiento, su índole desafiante hacia un México tradicionalmente autoritario. Y si hacemos un recuento minucioso, encontraremos que tanto en el México de hace 100 años como en el de hoy, esta picardía ha servido como un instrumento de ‘*catarsis social*’, difícilmente reemplazable en tal sentido. La picardía mexicana surgió y llegó para quedarse (Peña, 1964).

Entre melón y melambes...

Mataron un gorrioncito

Melón se comió las plumas

Y Melambes el pajarito.

Entre Melón y Melambes

Hicieron unos pastelillos,

Melón batió la harina y

Melambes los blanquillos.

Entre Melón y Melambes

Jugaron a la guerrilla.

Melón fue el gatillero

Y Melambes el cabecilla.

Y para jugar a la guerra,

Peluquero buscaron en un salón.

Melón fue el trasquilado,

Y Melambes el pelón.

9.6. ¿Quieres más? ¡Hay Tomas!

Seguimos con el ejemplo de albures ya que sobran para completar nuestro cometido.

- Chico... ¿Cómo que quieres aprender albures?
- A ver galán, ¿no que eres el chico temido de la colonia?
- Siéntate bien y escucha esto.
- Te gusta a ti esa cultura de alburear, ¿para qué?
- El tiempo sería muy Largo para introducirte en esos te masca si tontos.
- Mejor estudia. ¿Por qué no te metes de doctor?
- Como el doctor Sobastrozó.
- En la cabeza metete que hay que ilustrarse como el filósofo Damesio yazo.
- Pero en fin.
- Hay te van unos pa' los ratos de aburrimiento.
- ¿Hambre?

- Moronga en su mole.
- Me agarran agruras.
- Pues un anís pa' la digestión.
- Arrima las copas.
- ¿Las largas?
- Amargas pues te echo miel.
- Mejor cajeta.
- Nomás hay en barras.
- Te embarro este.
- No lo tueste, cómaselo crudo.
- Ah ahora quieres engrudo.
- ¡Chispas...!
- Pero adentro.
- De tu boca...
- Tú te agachas y a mí me toca...
- Buey.
- Y con tu hermana me hago rey.
- B.a.b.o.s.o.
- Me dejas... de hablar.
- ¡Cuidado! un perro.
- ¿Cuál perro? el perro de habas.
- Ya fuiste, en ca Joel... ¿cuál Joel? en ca Joel grande
- ¿Has oído que hablan de Melchor?
- ¿De cuál Melchor hablan?
- Hablan de Melchor izo...
- Así, pues te mando a saludar la chava.
- ¿Qué chava?
- E chava leche.
- Conoces la sal negra.
- No.
- Negra sal... te quieren conocer.

- Ahí Tomas.
- Como decía mi abuelito, no pensé a ver hijas grandes.
- Jajaja ya es tuvo que te voy a dejar.
- Picado.

Y seguimos con dicha variedad:

- Que tarde llegaste amigazo...
- Pues es que no pasaba el camión.
- Pues llegaste en el puro momento de la comida... que te echas, un tequis, una chevecha o le tiras al blanco.
- Pues para comenzar jálame un poquito de baba.
- Te echo el pulque en jarra o en vaso.
- Échamelo pero que sea curadito de cacahuate.
- Solo hay de miembrillo y te va a caer bien porque de comer hay sopa de verguras y de guisado va a ver gallinas en tacos, aguayon torneado en papas y enchiladas de olla.
- Bueno pues comenzaré a comer... pásame dos teleras
- Cómo no... oye te molesto con el chile.
- Siéntate, ahorita te lo paso y me remuerde la conciencia no habértelo pasado antes.
- Te va a gustar mucho el chile... es masca bel.
- Uy, ¿te gusta a ti eso?
- Me molesta que me hables, cuando estoy moviendo el bigote.
- Ahora para quedar satisfechos, solo faltan unos frijolianos los acompletadores.
- Saco petate con un chile relleno.
- Tú luego a repelar.
- La coliflor esta antojadiza.
- Pues dámela.
- De postre no quieres unos plátanos con crema.
- Me llamas la atención que me digas eso... si bien sabes que estoy a dieta, mejor dame un cafecito.
- El cafecito te lo voy a sacar, pero después no me eches la culpa de que no duermes.

- Hablando de dormir, como te caería una dormidita.
- Agarra tu catre.
- Te voy a agarrar de las orejas, si ya estuvo bien no me vuelvas a invitar a comer porque con tus alegatos a lo mejor hasta me hace daño la comida.
- Voy limosnero y con garrote
- Pues agarra tu comida y guárdatela por...
- ¡Sáquese de aquí!

En un mercado, las frutas con forma de falo pueden presentar un reto al querer hablar consideradamente.

- Aquí están sus platanotes y presumo de ser el más baratero. Agarre sus montones.
- Buenas tardes.
- Buenas las tiene.
- No mejor las tiene usted.
- ¿A como da el kilo de plátano?
- A cuatro pesos.
- Voy... ¿pues que esos plátanos son de Metepec?
- No joven son de Tejeringo el chico.
- Deme más barato porque si no, no a completo.
- Le voy a dar del morado ese es más barato.
- No, no, del morado no porque ese viene en cajones y se maltrata mucho.
- No... está usted equivocado, lo que viene en cajones y en barras es la calabaza.
- Mire... francamente a la calabaza, yo le saco, porque es muy indigesta.
- A lo que le debe de sacar es a la leche porque está saliendo muy mala.
- La leche... ¡chispas! Ya me acorde que la deje en la lumbre mejor vengo más tarde.
- Más tarde... más tarde le voy a chispar los ojos de asombro porque lo que vendo más tarde es puro chile.
- Me perdona porque lo que yo quiero son plátanos para postre.
- Ah entonces lo que quiere son plátanos con crema, pues mire la crema mi compadre se la saca muy barata, está en el puesto de al lado.
- Pero si el de al lado lo único que vende es pura cajeta.

- A... flojo que es usted, no más por no ir a preguntarle, ande vaya hágame ese favor.
- Ni me hable de favores porque yo los favores, los hice tiempo atrás.
- Me da la idea que su cara es conocida, así que usted se dedicaba a hacer chaquetas.
- Si era unas que tenían bolsas en la espalda.
- Jajaja, no juegue que mi negocio es muy serio. Hasta parecemos chiquitos.
- Me pone usted a pensar con lo que me ha dicho.
- Lo voy a poner en cuatro patas porque ya me cayó gordo.
- Ya me molesto usted bastante con sus pen...samientos, me lo voy a sonar.
- Usted me la Pérez Prado con música de Sucuriel.

Alburear se volvió tan cotidiano que las mujeres lo practicaban para no caer en el juego de los hombres, en las cantinas, los puestos de la esquina o durante el trayecto a los hogares (Bermúdez, 1955).

- Ahora si me prepara mis re mamadas de pito mate.
- Para ti y para tus cuates (Señora que atendía en el puesto de antojitos mexicanos).
- Mejor me da unos tacos de milarguesa.
- Pa tu santo.
- Si le pones tantito guacamote.
  
- Buenas don Chuy.
- Pues no tan buenas para como las tuyas pero me sirven para sentarme ¿Que Te echas un curado, hay de pistache, de guanábana, de plátano y de zumo de caña?
- Que no me gusta ni el dulce ni el tamal porque me avientan, mejor el blanco, le saca usted una parada.
- ¿Qué me andas espiando o que cosa?
- Yo nomás venía a echarle cuentas.
- A mí me echas tres en la bo...déjame terminar con el pescado y luego hablamos.

### 9.7. Hasta en la música.

Algunos cantantes como Vicente Fernández canta “*Muerte mamona*” en la introducción del filme “*Picardía Mexicana*” que cuenta con una serie de albures.

El colmo de los coheteros, traer bombas en las manos

Tres meses en el sombrero, cómo dijo un artesano

Te miso de un palo a un techo, al estilo mexicano

En tiempo de quintoniles, que está de la parrandera

De arriba de los pendiles le grite a una tamalera

Caliénteme dos de chile y écheme los blancos fuera...

Seguí a una linda jarocho, quería que me diera chiche

Me dijo la muy graciosa eres un sangrón pedinche

Si quieres comer panocha más abajo esta el trapiche

Una joven por las prisas, se orino en un hormiguero

A unas les gano a risa al sentir el aguacero

Las hormigas más canijas se quitaban el sombrero.

Cuando ando de aventurero, olvido lo delicado

Como el osito hormiguero siempre vivo preparado

No encalco en el agujero aunque salga de mojado

Un sastre de los mejores hubiera sido el macaco

Su gusto por los colores, no los tiene ni un chinaco

Con hollejos de frijoles es capaz de hacer un saco.

Muerte mamona necesitas tener dientes nuevos

Porque ya los que tienes ahora solo me andan chipando los...

Muerte mamona que te gusta exprimir los magueyes

Cuando el pulque me mande a la lona, no estaré entre esta bola de bueyes

Hay va para la pompas ricas el beso de compromiso

A ver si los de maciza son mejor que de chorizo

Pues con los de longaniza nada más me agarra el hijo

También para el buen sereno que ya se pego a la jarra

Le traje uno atrás muy bueno que le peguen la ya marra

Se dice que es un buen leño pero a mí me vuela a garras.

Hablando de los tamales lo digo con mucho orgullo

Le dije a una de linares hazme unos de sabor de grullo

De forma tan especiales igualito casi al tuyo

Hay va mi canción al viento pa' que se la lleve el aire

Le puse sus sentimientos sin yo ofender a nadie

Si no lo dejo contentos vayan a chihuahua al baile...



## 9.8. Vamos a jugar.

Los juegos de azar como el domino, baraja, rayuela, etc., el lenguaje conformaba un código podría decir secreto quien llegaba y los escuchaba podría pensar que el alcohol a destruido las pocas neuronas que le quedaban, sin embargo, algunos entendían a que se referían durante las jugadas (Garder, 1954).

- Hazte la sopa mi “Ojos tristes”, pa’ que te vayas acostumbrando, pero bien condimentada, ¿no?
- Llantas; con las damas y los pichones hay que ser galante.
- Me tiento al quinto- declara el siguiente.

El compañero de éste recrimina:

- ¡Ah, qué... diente me has dado!, no te acuestes a la primera; ¡Eres rebartolo!
- ¿No ves que a la mejor me las orquídeas?

El “Juasamara” protesta:

- ¿Chitón?: ¡este jueguito lo invento un mudo!
- ¡Charros, charros! ¿Quién pone?
  
- Por lo regular el que pregunta. ¡No esté tragando moras; a usted le toca!
- Bueno, pos ahí les va una clara y fresca mañana de abril, pa’ver no más cómo les queda el ojo: tirante o flojo- y arrojo la cinca-blanca.
- De leches a cleches le voy a la del Perujo,
- Dijo el siguiente.
- ¡Sácale!, se cayó. Paso.
- ¡Ah que mi mariachi mancuernilla!- sermonea el “Cachipuchi”-. Por qué mando el seis, ¿No vieron que salieron con seises? ¡Maje!

- Si, mano, pero fue salida de a yema, clara y cascarón...
- ¡Qué terco! De que se te mete algo entre ceja, culo y oreja, no hay quien te lo saque.
- ¡Ya Cayetano la botella!- interrumpe el chimuelo-. Me acuesto a tripas.
- Meto una nueva pa' que no pasen.
- Metiendo al catre.
- Y ahora, ¿qué juego?

Cuando alguien dice leche, no falta quien conteste: ¡Ya más tarde! Si uno nombra cinco, otro le enjareta: Por donde te pesco te brinco. Al mencionarse Pito, sobran quejumbrosos: Me mortificas, o ¡Más quedito!, o me remuerde la conciencia (Laborde, 1922).

- ¿Qué jais con usted, mi “Ojitos”? no se me duerma.
- Guan momen plis, voy a echar una firma del diablo. Póngase abusado “Cachi”, que éstos no desparramen vidrio sobre mi juego.
- Llévate la mía, ¿no?
- La tuya es la que llevo.
- El “Ojos Tristes” también se pone de pie, camina algunos pasos, regresa, acuesta sus fichas boca abajo y se dirige a la sinfonóla a poner un disco.
- ¿Qué ya no hay más botana en esta méndiga cantimplora?- reclama el “Tres Clavijas” al mesero.
- Éste se va hablando entre dientes.
- El partido se reanuda. Antes, dan grandes tragos de cerveza.
- Aquí está el primer ajo- manda alguien la seis-uno.
- ¡Así me gusta la orina, dijo el facultativo! Queda a nones- explica otro y acomoda las tres-uno por el lado de la blanca.

9.9. Sin restricciones, donde sea y quien se deje.

En la universidad es frecuente que algún muchacho interrogue:

-¿Estas anotado en la lista?

-¿En cuál?

- En la de los pendejos.

O bien, en el trabajo se inquiera al tomador de tiempo:

-¿Ya tienes listas?

-¿Cuáles?

-Las nalgas.

Un empleado a otro:

-Te necesita Lalo.

-¿Lalo Pérez?

-No, la longaniza.

A los vendedores de billetes de lotería, quienes llaman “cachitos” a las fracciones de boleto, se les consulta:

-¿Puede venderme un cachito?

-¡Claro!, ¿de cuál?

-De nalga.

Entre fumadores tampoco faltan incautos que caen bajo las puñaladas del tretuecano:

-¿Tienes Delicados? (una marca de cigarros).

-Simón.

-Los pliegues.

En el taller, cuando se está distraído, llega algún compañero a informar:

-Preguntó por ti Elber.

-Ni lo conozco.

-Cómo no, Elber González.

De la misma manera:

-Está esperándote Ledesma.

-¿Ledesma?

-Sí; le des mamones al nabo.

Otra variante, porque hay que contar con amplio repertorio, para no fallar:

-Te manda saludar la Quecha.

-¿La Quecha?

-Sí, la que echa leche.

Ésta es para los que se hablan de usted:

-Ya llevo Susana.

-¿Qué Susana?

- Su zanahoria.

En la obra teatral que veremos dentro de pocos minutos, conversan dos ancianitas:

-¿Traes suelto? (refiriéndose a moneda fraccionaria).

Por las dudas contesta la interpelada:

-Pero el estómago.

Y una pirujilla le dice a otra:

-¡Que cabello tan dócil tienes! ¿Se te hacen ondas?

-Sí.

-Las nalgas.

A propósito, cuando las damiselas usaban medias de extravagante color, solían preguntarse:

-¿Traes medias rosadas?

-No, moradas.

-Digo las nalgas.

Desde el año del caldo todos los niños mexicanos, al pasar por la escuela primaria, han jugado a:

-Te anda buscando Juan.

-¿Cuál Juan?

-El que te cogió atrás del zaguán.

Y también:

-¿Viste a Andrés?

-¿Andrés? ¿Qué Andrés?

El que te echó tres.

Los burócratas pasan las horas de trabajo efectuando sorteos, “tandas”, ventas y cambalaches; así, no falta quien pregunte:

-¿Entras a la rifa de unos cubiertos?

-¡Ojalá los ganara para dárselos a mi hermana! ¿Son buenos?

-Sí, cubiertos de pelos.

Los mexicanos nombramos mascada a un pañuelo de seda. El juego es verbal es aprovechable:

-Ayer que te vi olvidaste darme la mascada.

-¿Cuál?

-De chipotle.

-El otro día ibas en la carretera como a cien...

-Jamás voy tan rápido.

-Digo que ibas como haciéndote pendejo.

-¿Cómo andas de lana?

-Mal (pensando que le van a pedir dinero prestado).

-Digo de la nalga.

También los animales son de uso peculiar para el albur.

El pájaro con suelas, el pájaro quema maíz, el pato ancho, el coyote cojo de las nalgas pintas, el oso babas y el gatillo inglés; conocido este último también por vergallo o vergallito (Aguilar, 1941).

Que hay animales por partida doble: el gato, porque es gato y araña; el burro y boa, o digo, pitón.

Para darle variedad al capítulo se mencionaran algunas adivinanzas:

-¿En qué se parecen el loro y el pato?

-En que cogen con la pata.

-¿Qué le dijo el tigre al avestruz?

-Tú me ganaras en huevos, pero ¿a garras?

-¿Cuál es el pájaro que se orina en las placas de los automóviles?

-El pájaro mea placas.

-¿Y el que orina en las uñas de leones y tigres?

-El pájaro que mea garras.

Otro ejemplo es la referencia al falo o pene mediante enunciaciones simples.

Tiene freno y no es camión.

Hace engordar sin ser vitamina.

No come pero gusta de bizcochos y teleras.

Usa capote y no es gendarme.

Tiene huevos sin ser gallina.

Se para y carece de pies.

Es cabezón más no es yucateco.

Da leche y no es vaca.

Se pone colorado sin ser vergonzoso.

Carece de educación, pero se levanta ante las damas.

No es marciano y tiene un ojo.

Anda entre monos más no es Tarzán.

Lo pelan y es calvo.

Hace hogares felices sin ser lotería.

O bien refiriéndonos a la vagina también tiene una gran variedad para completar una relación.

Le echan palos y no es boiler.

Lo rompen sin ser piñata.

Tiene niños más no es guardería.

Recibe transfusiones sin estar enfermo.

No es mal educado pero despide agotados a sus huéspedes.

Es sangrón y nunca hace chistes.

Puede hacer tortillas sin masa.

No es caballo pero le gusta comer parado.

Sin ser paguas aguanta chorros.

Le salen niños que nunca le entraron.

Es guayabo, papaya y mamey, a la vez, y se cruza con plátano.

Lo abrochan más no es botón.

Sin estar arriba lo bajan.

Se vienen en él y no es autobús ni tranvía.

Por ejemplo mencionando una vuelta ciclista que estaba efectuándose en Tokio. Se puede dar la siguiente clasificación (Parker, 1971).

El mexicano Martín Cholano, a la cabeza.

Ben Jalam Elami, árabe, 2°.

Tekojo Nakama, japonés, 3°.

Iván Treskke T. Cho, ruso, 4°.

Salomé Terán Parada, español, 5°.

El filipino Cag Ateaga, 6°.

Junto con la lista completa de los jueces.



Tagaroka Gando, Fuchika Katesale, T. Jodoke Ditto, Lapetaka Tezkarbo, Teyeno Tuoyo, Kekojida Mazaube y Teruje Tumono.

Otro tema son los medicamentos, hay para escoger:

Inyecciones.

Pispirina Intrapiernosa o Miptil Metil Entuanil.

Infusiones.

Té calentado, con ejote o Té recogido en el monte.

Jarabes.

Mocodilato de Bergamina o Aceite de Pípaló.

Soluciones.

Damenal (gotas para coger sueño) o Keronal (gotas para no dormir)

Ungüentos

Pomada Meojal o Pomada Melollo.

Suspensiones de Bengomentuano de Jincunijo

Para saludar al que va llegando:

-¿Cómo anillo por acá?

-¿Mande usted?

-Muérdemelo a decir.

O bien.

-¡Ese, Chaquetas! Hazme un favor.

-Sí, panzón.

-Sírvenme una torta de las que me has dado nalgotras ocasiones.

-¿Quieres una de chile en papas?

-¡Ay, cagambas!, mejor trabájame cuatro de milarguesa con remamadas de pitomate, guacamote y chile mascabel.

-¡Eh, chocante!, no necesitas tantas cortesías. Ya sabes que este gordo esclavo tuyo.

Para darle las gracias después de un eructó:

-¿Cómo te va a ti?

-Chile de Cacahuamilpa ponle a mis charales.

-¡Se oye mal, pero descansa el animal!

-¡Ya se te subió el fundillo a la jeta!

Aquí tenemos otro albur:

-Bueno, Charifas, ahí los huevos el juegos de la se mama te entra, o más sebudo el viernes, pero de todos mocos te echo un telefonazo.

-Cuando veas a la flaca me la paras y le haces una caricia de mi parte-

Sí, es prima mía.

-A propósito de enchiladas, ¿tus hermanas cómo están?

--Sopes, totopos, peneques...

-Les digo...

- Y quesadillas (algunas no precisamente de queso) de picadillo, huitlacoche, tinga, epazote, flores de calabaza, sesos, aguayón...

¿Aguayón?

-Pero no torneado

-¡San Buto te favorezca!

-Siéntese, no es a fuerza que coman parados.

Y sopa de tortilla, enfrijoladas, tlacoyos, tostadas, chalupas, pozole, atole, tamales...

-¡Me avientan!... de chile y de dulce. Corundas, chilatole, champurrado; tacos de moronga, chapulines, frijoles.

-Sírname tres de frijoles.

-¿Los ha cocido bien?

-Aquí les traigo unos pa' que los prueben... y de acociles, ojos, tripas, gusanos de maguey, etcétera.

-Le recomiendo uno de lengua de res, no agraviando a lo presente.

-Sí, dale uno a la Frank Sinatra.

-¿Cómo es?

-Con harta lengua y poco chile.

Otros diálogos.

-Échame otro con chispolitos.

-Zas!

-Pero de los blancos, pues a los cafés le saco porque me hacen daño.

-Te molesto con el chile; no le pusiste. ¿Crees que soy niño?

-¡Santiago perseguido por los mocosos, con los guardas atrás! ¡Qué descuidado soy!  
¿Quieres chile de Mordelia, Michoacán?

-Ese parece cagamele de tan dulce; mejor chile queretano.

#### 9.10. Idiotismos.

Otra rama de los albures son los idiotismos, son las palabras y frases propias de un país que van contra las reglas de la gramática. Nuestro pueblo tiene abundancia de ellos y es indispensable conocerlos para comprender albures, cuentos, dichos, dicharachos y conservaciones cotidianas del vulgo. La mayoría son vigentes a una o dos generaciones y algunos, por excepción, alcanzan tres o cuatro (Ocampo, 1844).

Cuando una cosa, como un plato, un salero o un espejo, resbala de las manos, exclaman las personas que están cerca del que cometió la torpeza: “Bajan”, del mismo modo que antes decían: “¡Peso!” Si lo que cae es una moneda, los testigos pronostican: “¡Águila!” o “¡Sol”!, según sus preferencias. Y cuando lo que mide el piso es un individuo, al sufrir tropiezo, entonces la gente indica: “¡Álzas que luego sirven!” o “¡Levántalas que en Monterrey las compran!” o bien “¡Álzas buey!”. Estas locuciones esta vez no se refieren a eso que usted piensa, sino simplemente a los pies. Ciertamente que las expresiones están en femenino; ello es porque a los pies el vulgo les llama patas, panteras y pezuñas (Pérez y Xaudaro, 1995).

Si una persona pide prestado algo, que puede ser tan insignificante y pequeño como una catrina de pulque, o una cosa de mayor dimensión, y el propietario se niega a facilitarla, éste lleva el riesgo de que le conteste el defraudado solicitante que entonces se la meta por donde no le dé el aire.

De los jotos mariposones o floripondios, individuos del género neutro o común de dos, se dice que le hacen al hígado dulce, se les bota la segunda, hace agua la canoa, les gusta la carne de puerco, les encanta el arroz con popote o que les midan el aceite. Sabemos que

acreditar de tales es el modo preferido de la envidiosa maledicencia popular para humillar y deslustrar a quienes sobresalen aunque sea un milímetro de la mediocridad. Por eso el ser de tal condición es estimado por muchos como cualidad, el hecho de ser del otro lado, del otro Laredo, huilo, campomochon, café con leche o salta p'atrás, como también se les llama, presupone elevada inteligencia o gran sensibilidad artística (Arreola, 1934).

Por ese mismo estilo quedaría el que escuchara sin la debida preparaci3n dos mexicanos que sostuvieran un duelo de albuces. M3s es oportuno se3alar que cuando los albureros son en extremo h3biles, entonces la conversaci3n parece normal y hasta recatada, pues hablan con absoluta naturalidad, a pesar de que la intenci3n de cada frase es otra, muy distinta (Jim3nez, 2005).

#### 9.11. Adivinanzas.

Ahora, las adivinanzas no han pasado de moda, pero su forma, ha evolucionado al parejo de las costumbres (Ramos, 1948). A 3ltimas fechas han alcanzado gran 3xito, diversos g3neros de rompecabezas que andan en labios de todas las clases sociales y cuya duraci3n es ef3mera: cinco o seis meses como m3ximo. En el a3o de 1930 tuvieron auge los colmos, en 1935 los parecidos, en 1942 los qu3 le dijo y el 1955 los telones. Vamos a ocuparnos de los cuatro g3neros de adivinanzas mencionados. Previamente explicaremos que ellas pasan siempre por el proceso siguiente: nacen m3s o menos puras, ingenuas y candorosas; a continuaci3n se reproducen por cientos; 3stas corresponden a la primera etapa. Luego experimentan una transformaci3n de madurez, pierden ingenuidad y se vuelven picarescas; segunda etapa. Despu3s florecen al introducirse en ellas la mordacidad; tercera etapa. Por fin declinan y la gente las olvida.

Estos acertijos los d3cimos tomando en cuenta la calidad de nuestros interlocutores, la confianza que nos establece l3mites o, avivamos o amortiguamos su color con objeto de no colocarnos fuera de sitio, ni parecer t3midos o demasiado desenvueltos, en un ambiente en

que la timidez toma apariencias de chocante hipocresía, y la excesiva desenvoltura es atrevimiento cuya grosería desconcierta y abochorna.

Los colmos surgieron en la época en que la radio tomaba gran incremento. Sea lo que fuere, esas adivinanzas alcanzaron enorme popularidad, a tal grado que constituían tema infalible de conversación en todo género de reuniones. He aquí algunos ejemplos de tales acertijos, correspondientes a la primera etapa de su evolución (Michel, 1973).

- ¿Cuál es el colmo de un forzado?
- Doblar la esquina de una calle.
  
- ¿El de un plomero?
- Tener un hijo soldado.

De la segunda etapa:

- ¿El de un torero?
- Sacarle un pase a un mal aire, con el capote rosado.
  
- ¿El de un juez del registro civil?
- Casar a un señor pequeño, de Chile, con una señora grande, de Honduras.

De la tercera etapa

- ¿El colmo de un agricultor?
- Sembrar alfalfa y recoger té.
  
- ¿El de un albañil?
- Hacer un techo de palos.

Al degenerar los colmos salieron a relucir algunos como éstos:

- ¿Ya te contaron el último?
- ¿Cuál?
- El último pliegue.

En seguida los acertijos llamados parecidos, que tuvieron auge en 1935, época en que la mujer empezaba en nuestro país a desempeñar trabajos y a ocupar cargos que antes eran privativos de los hombres. Éstos se burlaban de aquélla a través de chistes color rojo vivo. Los siguientes tienen ingenio elemental pues corresponden a la primera etapa de su evolución.

- ¿En qué se parece la viruta al timbre?
- En que a viruta es aserrín y el timbre hace ¡rin!
  
- ¿Un cohete a un panadero?
- En que el cohete hace ¡pin! Y el panadero hace pan.
  
- ¿Una camia a un Ford sin frenos?
- En que la camisa tiene alforzas y el Ford, ¡zas!

Ahora se presentan ejemplos de los que corrían de boca en boca, correspondientes a la segunda etapa; es una mayoría se relacionaban con el sexo débil, que no sale muy bien librado en las comparaciones:

- ¿En que se parecen las mujeres a las jaulas?
- En que guardan estupendamente los pájaros.
  
- ¿Al jitomate?
- En que le quitan fuerza al chile.

Interrumpamos las comparaciones para ofrecer disculpas a las damas, y de paso aclarar que aunque el pueblo llamaba parecidos a estas adivinanzas, algunas como las siguientes, deberían nombrarse diferencias;

- ¿En qué se parecen la mujer y el radio?
- En que éste se enchufa, se calienta y toca, y la mujer se toca, se calienta y enchufa.
  
- ¿A la ropa?
- En que la ropa se lava y después se tiende, y la mujer se tiende y después se lava.

- ¿Al pescado?
- En que el pescado se mueve para irse, y la mujer para venirse.

Sirva para amortiguar un poco el coraje de quienes piensan que sólo en México se gastan crudezas contra el sexo bello, mencionar que en la tierra de Quevedo y Jardiel Poncela hay adivinanzas a las nuestras:

- ¿En qué se parece la locomotora a la mujer?
- En que la locomotora pesca un niño y lo hace polvo, y la mujer pesca un polvo y lo hace niño.

A manera de información diremos que en España le llaman polvo a la semilla de la fecundidad humana y que, la Liga Mexicana de la Decencia presentó airadas protestas a través de la prensa, con el resultado que es de suponerse: mayor publicidad y difusión de esos chistes (Jiménez, 2005).

Como se dijo, los acertijos de la segunda etapa se relacionaban en su mayoría con la mujer; pues, algunos de los que no se entrometían con esa respetable mitad del género humano:

- ¿En que se parecen los frijoles a los enamorados?
- En que comienzan echando flores y terminan echando vaina.

Ahora a los de la tercera etapa, o sea la del florecimiento, cuando se vuelven mordaces, agresivos, con albur; etapa que muestra el espíritu diferencial del chiste mexicano, del chiste moderno:

- ¿En qué se parece un ferrocarril al limón?
- En que el ferrocarril tiene pito, y el limón, zumo.
- ¿Los submarinos a los encendedores?
- En que los submarinos llevan torpedos, y los encendedores, mechas en la punta.

Al degenerar este tipo de adivinanzas surgieron varias como las siguientes:

- ¿En qué se parece un elefante a un carbo?



- ¿Qué cosa es carbo?

- El camote.

Mientras que los telones aparecieron en plena época de la estupidez y la estulticia de los locutores de radio y televisión. De manera que esta clase de acertijos, se propagaron sin límites, habiendo alcanzado mayor difusión y popularidad que todos los anteriormente descritos. La censura sólo permitía que se transmitieran por los rompecabezas carentes de picardía. Sin embargo, todos los mexicanos traíamos en la punta de la lengua los mentados telones, y no había periódico o revista que dejara de publicar alguno de cuando en cuando; se hicieron ediciones de cuaderno de chistes cuyo contenido era exclusivamente de telones (Barra, 1934).

Primera etapa:

Sube el telón. Se ve el ancho mar en todo su esplendor, Baja el telón.

Sube el telón. Un señor lleva a cuestas un saco de yeso. Desciende el telón.

Sube el telón. El individuo vacía en el mar el contenido del costal. Baja el telón. ¿Titulo?

- La mar se yesa.

El siguiente es una de la segunda etapa, que andaba en boca de toda la gente:

1° acto. Sale a escena un ex gobernante cuyo nombre es obvio mencionar, acompañado de sus parientes.

2° acto. El mismo, con sus compadres y compañeros.

3° acto. Otra vez el propio mandatario, rodeado de sus colaboradores. ¿Nombre de la obra?

- Alí Babá y los cuarenta ladrones.

De la tercera etapa:

1° acto. Un señor calvo muestra rotas las suelas.

2° acto. El mismo, entrando en el taller de un zapatero remendón.

3° acto. Sale el calvo con los zapatos renovados. ¿Cuál es el nombre de la obra?

- El pelón con suelas.

1°. Se ve un campo sembrando de maíz.

2° Surge un pájaro.

3°. Éste enciende un cerillo y prende fuego al maizal. ¿Titulo?

- El pájaro quema-maíz.

Un taller de medias.

Cuatro empleadas trabajan.

Las cuatro discuten y se dicen obscenidades.

- Cuatro peladas medieras.

Anteriores a las cuatro variedades mencionadas son las de doble intención, cuya respuesta más asequible, o al menos la que más pronto viene a la mente; en cambio, el otro sentido de esas adivinanzas, el difícil de acertar, es de un candor rosa pálido.

Lo lleva el hombre por delante,

Lo saca con mucho recelo,

Se le para de vez en cuando,

Tiene cabeza y también pelo.

El reloj de bolsillo

Te extiando y te abro,

No cabe duda,

Y te hundo una cuarta

De carne cruda.

Una cuarta de largo,

El grueso que debe ser,

Muchos pelos de un lado,

Y usted la sabe mover.

Algunos nombres comunes son. Las muchachas Putierrez, o sea las expertas en artes culinarias, que nada tienen que ver con esto; aparte de Perico de los Palotes, o bien, otros más famosos: Lola Báez, Agapito Merloquez, Pilar Godoy, Zacarías Blanco, Sisebuto Melacanchas, Alejo Díaz, Gordo Peláez, Lola Meraz, El general Vélez Ovando, El coronel Chileogas, Capitán Santiago K. García, El teniente Aquiles paso Vara, El cabo Menduréz, El Sargento Bomito Entuano. Y doña Tecla Varela Vergara, Doña Dorotea Tornillo, Doña Rosa Mestas, Doña Manuela Haces Samano, Olga Daza del Hoyo, Erasma Madero Alegre, Don Lope Lares, El cardenal Gashdaz, El cura Melchor Izzo, Tincho, El fundidor, y Palancearte (Valdovinos, 1966).

Pasando y tomando los huevos y el chile, hay gran variedad de responder al albur. Sóplame un ojo, ¡Me torcí un pie!, ¡Chúpale por que se apaga!, ¡Me agarras desprevenido!, ¡San Buto te favorezca!, ¡Nunca hagas eso!, ¡Me ves amolado!, ¡Me la han vestido de negro y no es viuda!, ¡Hay que meter tela más larga!, ¡Más quedito!, ¡Me mortificas!, ¡Su motivo tendrá!, etcétera (Villegas, 1960).

Otras referencias acerca de la picardía mexicana y sobretodo del albur son las siguientes publicaciones: Grafitos de la picardía mexicana, Vocabulario prohibido de la picardía mexicana, Tumbaburro de la picardía mexicana, Dichos y refranes de la picardía mexicana, Cabarets de antes y de ahora en la Ciudad de México, Sitios de rompe y rasga en la Ciudad de México, Lugares de gozo, retozo, ahogo y desahogo en la Ciudad de México, Guía de pecadores y descarriados, Anecdotario de la picardía mexicana, El albur mexicano y Homenaje a José Guadalupe Posada.

## 10. EL FUTURO DE LA PSICOLOGÍA.

A pesar de que el curso del desarrollo científico es bastante difícil de predecir, es probable que surjan las siguientes tendencias en un futuro no muy distante.

La psicología será cada vez más especializada. En un campo en el que los profesionales deben ser expertos en temas tan diversos como las minucias de la transmisión de impulsos electroquímicos a través de terminales nerviosas y los patrones de comunicación de los empleados en las grandes empresas.

Evolucionarán nuevas perspectivas. En su calidad de ciencia en crecimiento y maduración, la psicología desarrollará nuevas perspectivas que reemplazarán a los enfoques actuales. Es más, los enfoques antiguos podrán fusionarse para dar origen a otros nuevos.

Las explicaciones del comportamiento considerarán al mismo tiempo los factores genéticos y ambientales, al igual que las influencias biológicas y sociales.

El tratamiento psicológico será cada vez más accesible y aceptable desde el punto de vista social conforme aumente el número de especialistas. Más psicólogos se concentrarán en la prevención de los trastornos psicológicos, en lugar de hacerlo sólo en el tratamiento. Aumentará la influencia de la psicología en temas de interés público. Cada uno de los grandes problemas de nuestro tiempo. La psicología tomará en cuenta la creciente diversidad de la población (Fieldman, 2003).

## 11. CONCLUSIONES.

El psicoanálisis con sus investigaciones ha llegado a un conocimiento de las características de lo psíquico inconsciente que hasta ahora eran insospechadas y ha descubierto algunas de las leyes que lo gobiernan. Pero nada de esto implica que la calidad de ser consciente haya perdido su importancia para nosotros. Continúa siendo la luz que ilumina nuestro camino y nos lleva a través de la oscuridad de la vida mental. Como consecuencia del carácter especial de nuestros descubrimientos, nuestro trabajo científico en la psicología consistirá en traducir los procesos inconscientes en procesos conscientes, llenando así las lagunas de la percepción consciente. Hablar de un hecho completamente consciente es cómo referirnos que todos los días el sol estará en el punto más alto a tal hora o que ninguna nube lo tapará porque los hechos climáticos lo impiden. Además los procesos inconscientes conservan lo que sabemos y conocemos, lo que somos, aquello que nos personaliza de otros o nos une a otros por las similitudes encontradas. El ser consciente dura tan solo unos instantes mientras percibimos lo que nos rodea, a la vez escogemos lo que nos parece, encontrando una asociación con nuestro material de base, el inconsciente.

Lo inconsciente existe por tanto de dos modos, que no hallamos todavía separados por los psicólogos. Uno y otro son inconscientes en el sentido de la psicología; pero en nuestra concepción, uno que llamamos Icc, es también insusceptible de conciencia, mientras que el otro, Prcc, recibió de nosotros ese nombre porque sus excitaciones pueden alcanzar la conciencia. El hecho de que las excitaciones, para poder llegar a la conciencia, tengan que recorrer una secuencia inmutable, un itinerario de instancias que pudimos vislumbrar a través de las alteraciones que les impone la censura, la resistencia y la represión de la vida cotidiana, incluso, como lo vimos durante este tesis, operan estos mismos procesos en la vida onírica (Freud 2005) Parece que el sueño y la neurosis han conservado de la antigüedad del alma más de lo que podríamos suponer, de suerte que el psicoanálisis puede reclamar para sí un alto rango entre las ciencias que se esfuerzan por reconstruir las fases más antiguas y oscuras de los comienzos de la humanidad. El inconsciente es un Saber que se nos revela sorpresivamente, trastocando toda lógica consciente. La conciencia es el ámbito psíquico en donde realizamos nuestras actividades conscientes, las que advertimos

al destinarles nuestra atención; es el aquí y ahora de nuestras sensaciones y pensamientos. El inconsciente, es un ámbito psíquico desconocido, pero siempre activo y operante, manifestándose en la conciencia mediante síntomas, sueños, lapsus, actos sintomáticos, olvidos, chistes, etc.

Es un hecho que la gente sigue cometiendo, a lo largo de su vida, los mismos errores y tomando las mismas decisiones erróneas que les provocan aflicción y dolor. Si la mayoría de la gente no aprende del pasado, es justamente porque tiene gran interés en sufrir. Por lo tanto, en la práctica analítica el gran rival es el goce. El campo del psicoanálisis no estaba ocupado en modo alguno solo por lenguaje. Lo real había pasado a tener un rol central bajo la forma del goce. Opera silenciosamente e invisiblemente para alcanzar sus metas destructivas. La vida humana tendría el claro propósito de regular el goce. Nacemos con el goce en el cuerpo, con una excitación o un bombardeo excesivos de estímulos de los que el organismo debe librarse. Al crecer, es drenado del cuerpo (Leader y Groves, 1995). Es expedito, expulsado porque resulta intolerable, a la vez doloroso. Mientras tanto, a lo largo de nuestras vidas vamos dejando y atrayendo nuevos objetos del primero, atrayéndonos de nuevo al goce para gozar y sufrir.

Cuando hablamos o escribimos, tratamos de hacerlo bajo cierta lógica inherente a la sintaxis del lenguaje, sin escapar a lo establecido moralmente. Nuestro decir es regulado por la lógica, la moral y aparentemente por la voluntad. Sin embargo, el sorpresivo lapsus linguae rompe dichas lógicas de lo que se está diciendo. Manifestándose como un elemento en apariencia ajeno, sin sentido. Raro, desconocido, y desconcertante a la vez, como si otro gobernara por un momento quienes somos, sorprendiéndonos cuando nos hacen notar el error cometido. El lenguaje como ya lo explicamos tiene una relación directa con el mundo inconsciente es su saber, utiliza los medios para exponerse en la realidad. Volviendo al chiste, el humor, la ocurrencia aguda, son juegos de palabras en donde un elemento está aludido en otro. Lo que no es dicho ha sido desplazado a otro elemento con el que guarda cierta similitud metafórica o metonímica.

Las enseñanzas del psicoanálisis están basadas en un número incalculable de observaciones y experiencia y sólo aquél que ha repetido estas observaciones en sí mismo y en los demás está en una posición de alcanzar un juicio personal sobre ellas. El autoanálisis que pocos

psicólogos (para evitar diferenciar de las terapias que existen o que están por nacer) se han dado la oportunidad de profundizar sobre su ser, ese pasado incierto porque la memoria está a favor de nuestra vida inconsciente traicionando nuestro recuerdo en uno falso. O bien reprimiendo y resistiendo esas barreras que día a día aparecen. Si, es una labor difícil y alarmante, aunque con sus recompensas al poder saber quiénes somos, es un precio que debemos de pagar por nuestro compromiso en la salud humana.

Retomando la técnica psicoanalítica, la conclusión de que el resultado final de la lucha emprendida depende de relaciones cuantitativas, del caudal de energía que podamos movilizar a nuestro favor en el paciente, comparado con la suma de las energías que desplieguen las instancias hostiles a nuestros esfuerzos. El futuro podrá enseñarnos a influir directamente, sobre las cantidades de energía y sobre su distribución en el aparato psíquico. Quizá surjan aún otras posibilidades terapéuticas todavía insospechadas; por ahora no disponemos de nada mejor que la técnica psicoanalítica, y por eso no se la debería menospreciar; pese a todas sus limitaciones. La cura es una demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento. Lo sorprendente es que haya respuesta, y que desde siempre la medicina haya dado en el blanco por las palabras. La cura por medio de la palabra, tranquiliza hablar es ex-plicar, ex-cribir, hacía afuera, hacia un otro que no somos nosotros por lo tanto atemoriza comunicarnos, ya que decimos más de lo que queremos, por eso nos cuesta mucho entender a otros y sobre todo a uno mismo. La lengua es la condición del sentido.

Conocemos de qué fuentes proviene el singular placer que el chiste nos proporciona. Sabemos que este placer posee dos fuentes esenciales: la técnica y las tendencias del chiste. La elaboración del chiste es, un excelente medio de extraer placer de los procedimientos psíquicos, mas no todos los hombres se hallan igualmente capacitados para servirse de él. No se halla a disposición de todo el mundo. Se nos muestra el chiste como una especial capacidad perteneciente a la categoría de las antiguas *potencias del alma*, pero casi por completo independiente de las restantes: inteligencia, fantasía, memoria, etc. Es una ventana del saber. Cuando un chiste nos hace reír no estamos en las mejores condiciones para investigar su técnica. La elaboración del chiste se sirve de desviaciones del

pensamiento normal, el desplazamiento y el contrasentido, como medio técnico para elaborar la expresión chistosa. La vida humana se divide en dos épocas. Durante la primera se desea que llegue la segunda y durante la segunda se desea que vuelva la primera. La experiencia consiste en experimentar aquello que no deseábamos haber experimentado.

El hombre moderno tiene la pretensión de pensar despierto. Pero este despierto pensamiento ha llevado por los corredores de una sinuosa pesadilla, en donde los espejos de la razón multiplican las cámaras de tortura. Al salir, descubriremos que habíamos soñado con los ojos abiertos y que los sueños de la razón son atroces. Quizá, entonces, empezaremos a soñar otra vez con los ojos cerrados. A la vez, estar despiertos con los ojos abiertos. Es momento de aceptar que existe más de lo que nuestros sentidos nos permiten conocer de la realidad, conocemos una pequeña parte, podemos extender nuestro alcance, aceptar lo novedoso, incluso nuestro pasado, sin que juzguemos con anterioridad, el temor debe ser controlado. La decisión depende del hombre. Depende de su capacidad para tomarse a sí mismo, a su vida y a su felicidad seriamente; de su buena voluntad para enfrentarse con su problema moral y el de su sociedad. Depende del valor que tenga para ser él mismo y del ser para sí mismo.

Las culturas llamadas primitivas han creado un sistema de metáforas y símbolos que, como ha mostrado Lévi-Strauss, constituyen un verdadero código de signos a unos tiempos sensibles e intelectuales: un lenguaje. La función del lenguaje es significar y comunicar los significados, pero los hombres modernos hemos reducido el signo a la mera significación intelectual y a la comunicación a la trasmisión de información. Hablar con el cuerpo y convertir al lenguaje en un cuerpo. Es por eso que nos encontramos tan alejados de nuestra experiencia porque intentamos darle nombre a otro, aterrizarlo en una realidad, enmascarar a nuestro cuerpo por medio de la palabra, esa época dorada de la picardía mexicana en que los significantes viajaban a través de palabras para aterrizar en una carcajada, cuando los albures en la cantina o en la escuela estaban presentes, para pasar un momento divertido al lado de los amigos. Si bien, los tiempos han cambiado, el México de hace 30 o 40 años está sedimentado en nuestros pies y junto con esto, han resurgido nuevas maneras coloquiales para expresarnos y otras, han sido enterradas por lo vulgar u ofensivo que puede ser, utilizamos palabras que resuenen armónicamente en nuestra época porque suponemos que



es lo mejor para progresar en nuestras ciencias. Sin embargo, a lo que nos puede llevar es a reprimir nuestros verdaderos deseos libidinales, a evitar expresar lo que sentimos, a embellecer nuestro lenguaje, a sentirnos ofendidos cuando alguien se burla de nosotros por un chiste fuerte, o porque empieza a alburearnos, por lo tanto buscamos protegernos a cualquier costo y empezamos a evadir a esas personas que consideraríamos groseras. Otra vía de absorción, transformación y sublimación: el tiempo cíclico. El psicoanálisis se propone dilucidar el incidente olvidado, de modo que la cura consiste, en una recuperación de la memoria. Una tregua con lo inconsciente.

## 12. BIBLIOGRAFÍA.

- Aguilar, J. R. (1941). Diccionario del caló mexicano. Los métodos criminales en México. Ediciones Luz: México.
- Alatorre, A. (1955). El idioma de los mexicanos, Universidad de México, tomo X, Nos. 2-3. México, octubre-noviembre.
- Appignanesi, R. y Zárate, O. (2002). Freud para principiantes. 1° ed. Ed. Era Naciente SRL: Buenos Aires.
- Arreola, J. M. (1934). Tres vocabularios dialectales del mexicano. Investigaciones lingüísticas, tomo II: México.
- Barra, V. P. (1934). Investigaciones en formas dialectales del mexicano. Investigaciones lingüísticas, tomo II: México.
- Benveniste, E. (1971). Problemas de lingüística general. 1° ed. Siglo XXI editores: México. Pp. 6-83.
- Bermúdez, M. E. (1955). La vida familiar del mexicano, Colección México y lo Mexicano. Antigua Librería Robredo: México.
- Borbolla, O. (2004). La risa en el abismo. 1° ed. Ed. Nueva imagen: México. Pp. 127-138.
- Braunstein N. (1975). Psicología, ideología y ciencia. 1° ed. Siglo XXI editores. México. Pp. 47-61.
- Carreño, A. M. (1916). El habla popular de México. Revista de la Facultad de Letras y Ciencias Sociales, tomo XXXIII. Universidad de La Habana: La Habana.
- Del Rio, C. G. (1941). El folklore en la propaganda comercial. Anuario de la Sociedad Folklórica de México, tomo II. Universidad Nacional Autónoma de México: México.

- Fernández de Lizardi, J. J. (2002). Los paseos de la verdad. Editorial Planeta. México.
- Fernández, B. A. (1942). Mexicanismos y dichos mexicanos. Todo. México, diversos números.
- Fieldman, R. S. (2003). Introducción a la psicología. 4° ed. Ed. Mc Graw Hill: México. Pp. 308-320.
- Freud, S. (1926). El análisis profano, Buenos Aires, Santiago Rueda, tomo II, p. 18, 1953.
- Freud, S. (1938). Die Verneinung, en alemán el original, Imago, 11 (3), 217-21, 1925. 3416-3417.
- Freud, S. (1995). Sobre la Verneinung, la Verleugnung y la Verwerfung y su relación con la Verdrängung [Clínica y Análisis grupal, 70, (vol. 17).377-387, Madrid.
- Freud, S. (1997). El yo y el ello. Tomo XIX. 7° Reimp. Ed. Amarrortu: Argentina. Pp. 1-49.
- Freud, S. (1997). Obras completas. Tomo VI. Psicopatología de la vida cotidiana. 5° reimp. Amarrortu editores: Argentina.
- Freud, S. (2001). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras (1932-1936). Obras completas. Tomo XXII. 6° Reimp. Amarrortu editores: Argentina. Pp. 53-74.
- Freud, S. (2003). Obras completas. Tomo XIV. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916). 10° Reimp. Amarrortu editores: Argentina. Pp. 99-193.
- Freud, S. (2003). Obras completas. Tomo XIV. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras (1914-1916). 10° Reimp. Amarrortu editores: Argentina. Pp. 201-240.

- Freud, S. (2004). Obras completas. Tomo VIII. El chiste y su relación con el inconsciente. 6° Reimp. Amarrortu editores: Argentina. Pp. 11-172.
- Freud, S. (2005). Obras completas. Tomo V. La interpretación de los sueños. (segunda parte). 10° Reimp. Ed. Amarrortu: Argentina.
- Freud, S. (1973). Tomo III. Biblioteca Nueva y Amorrortu Editores: Madrid.
- Fromm, E. (1953). Ética y psicoanálisis. Rev. Ramón de la Fuente. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gadamer, H. G. (2000). La dialéctica de Hegel. Cinco ensayos hermenéuticos. 5° ed. Ediciones Cátedra: Madrid.
- García de la hoz, A. (1983): Las implicaciones teóricas de la negación. Un estudio psicoanalítico. Revista. Clínica y Análisis Grupal, Vol. 6,33 285-314. Madrid.
- Garder, A. B. (1954). El habla popular y la conciencia colectiva (tesis). Universidad Nacional Autónoma, Facultad de Filosofía y Letras: México.
- Gonzales, P. F. (1959). El mexicano. Su dinámica psicosocial. Editorial Pax-México: México.
- Jiménez A. (2005). Nueva picardía mexicana. 49° ed. Editorial Diana: México.
- Jiménez, A. (2008). Picardía mexicana. ed. 143. Ed. Diana: México. Pp. 15-30.
- Laborde, H. (1922). Tabernarios. Imprenta Hispano-Mexicana: México.
- Lacan, J. (1977). Psicoanálisis radiofonía y televisión Editorial Anagrama: Barcelona.
- Lacan, J. (2003). Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963. México: Paidós.
- Leader, D. y Groves, J. (1995). Lacan para principiantes. 1° ed. Ed. Era Naciente SRL: Buenos Aires.

- Litoral, (2006). Ecole lacanienne de psychanalyse. Dirección: Beatriz Aguad Editorial Psicoanalítica de la Letra, A. C. Nogal N° 45, of. 107, Colonia Santa María de la Rivera Delegación Cuauhtémoc, C.P. 06400, México, D.F. Número 37.
- Michel, J. A. (1973). Versos picarescos mexicanos (picardía en verso). Costa-Amic Editor: México.
- Miller, J. A. (1981). El seminario de Jacques Lacan. Libro 20 aún 1972-1973. 1° ed. Ed. Paidós: España. Pp. 9-23, 37-49, 109-125.
- Miller, J. A. (1986). El piropo: Psicoanálisis y lenguaje Recorrido de Lacan. Ocho conferencias. 1° ed. Manantial: Buenos Aires. Pp. 25-160.
- Miller, J. A. (1986). Recorrido de Lacan. Ocho conferencias. La transferencia de Freud a Lacan. 1° ed. Manantial: Buenos Aires. Pp. 59-78.
- Montemayor, F. (1955). Ensayo de antropología criminal en el reclusorio de Perote, Ver. Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, tomo VI, 2° parte: 1952. México.
- Morales, H. (2011) Otra historia de la sexualidad. Ensayos de psicoanálisis. Ediciones de la noche: México. Pp.139-149.
- Ocampo, M. (1844). Idiotismos hispano-mexicanos, tomo III. Museo Mexicano: México.
- Parker, A. (1971). Los picaros en la literatura. La novela picaresca en España y Europa. (1599-1753). Editorial Gredos: España. Pp. 33-66.
- Paz, O. (1969). Conjunciones y disyunciones. Editorial Joaquín Mortiz: México.
- Paz, O. (1994). El laberinto de la soledad, Vuelta al laberinto de la soledad. Fondo de Cultura Económica: México. Pp. 25- 112.
- Paz, O. (2002). El laberinto de la soledad. 2° Reimp. Fondo de Cultura Económica: México.

- Peña, A. C. I (1964). Poesías picarescas. Mérida (Yucatán).
- Pérez Z. J. y Xaudaro, J. (1995). Viajes morrocotudos. 2° ed. Editorial Biblioteca Nueva: Madrid.
- Ramírez, S. (1959). El mexicano Psicología de sus motivaciones. Editorial Pax-México: México.
- Ramos, E. A. (1948). Semblanza mexicana. Editorial Bolívar: México.
- Ramos, S. (1951). El perfil del hombre y la cultura en México. Cia. Editorial Espasa Calpe-Argentina: Buenos Aires.
- Torres, T. (1943). El humorismo y la sátira. Editora Mexicana: México
- Uranga, E. (1949). Ramos y la psicología del mexicano. Novedades. México, 18 de septiembre.
- Valdovinos, G. J. (1966). Chismes calientes. Biblioteca de Estudios Literarios. Editorial Arana: México.
- Villegas, A. (1960). La filosofía de lo mexicano. Fondo de Cultura Económica: México.